

JANIS SANDGROUSE
DYLAN MARTINS

*Y...
¿Si me
amas?*



*Y...
¿Si me
amas?*

Primera edición.

Y... ¿Si me amas?

©Dylan Martins. Janis Sandgrouse

©Marzo, 2021.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)
[Capítulo 32](#)
[Capítulo 33](#)
[Capítulo 34](#)
[Capítulo 35](#)
[Capítulo 36](#)
[Capítulo 37](#)
[Capítulo 38](#)
[Capítulo 39](#)
[Capítulo 40](#)
[Epílogo](#)

Capítulo 1



Cerré la puerta de casa de mi hermano de un golpe, me había vuelto a tocar la moral, la estúpida de Alicia, su mujer.

Estaba muy cansada de que siempre anduviera metiéndose donde no la llamaban, y es que me tenía unos celos que no podía con ellos.

Llevaba casada con mi hermano Chus, tres años y, anteriormente, estuvieron por lo menos seis de noviazgo. La verdad es que al principio era una monería de chica, pero comenzó a cambiar y cuando se casó, ya se creía la mismísima Isabel Preysler, en fin... Arranqué el coche con un cabreo increíble.

Llegué a mi casa con una rabia que no podía, mi madre me lo notó nada más llegar.

—¿Qué te pasa, hija? —dijo cogiendo mi cara con sus manos y besando mi frente.

—Alicia, no puedo con ella.

—¿Otra vez?

—Sí, para no variar. Fui a verlos y les comenté que mañana por la noche tenía un evento muy importante. Y, ¿sabes qué me soltó?

—No, cariño —su cara era de completa preocupación.

—Que debería ir dedicándome a trabajar para lo que estudié, que esto no es muy decente... — solté el aire y negué mientras cogía una lata de refresco del frigo.

—No fue acertado ese comentario, pero hija, no le hagas caso, sabes que tu hermano está en medio y no nos podemos permitir una guerra.

—Mamá, no es que no fuera acertado, es que fue de muy mal gusto y siempre está con lo mismo. ¿Acaso me meto yo en su vida?

—No, hija, pero ya sabes cómo es ella.

—Ya, pero el día que me coja con una mala hostia de esas que me salen solas, se va a liar una muy gorda.

—No digas eso, cariño.

—Mamá, mi hermano está ciego y es tonto, pero yo no lo soy y no voy a seguir permitiendo que me trate como si fuese una mierda.

—Tranquilízate hija. ¿Me ayudas a preparar la mesa? Ya tengo la cena lista y papá esta terminándose de duchar.

—Claro, además me quiero acostar temprano, prefiero poner mi cabeza en modo desconexión, me dejó muy mal rollo en el cuerpo.

—Me duele mucho que pasen estas cosas, hija, ya sabes cómo somos papá y yo, intentamos mantener la calma y a la familia unida.

—Mamá, que sí, que te entiendo, pero esa mujer no es normal, es enfermera y se cree la directora del hospital. Me parece muy bien cómo ella vea la vida, pero a mí no me va a faltar el

respeto. Yo estudié, me saqué la carrera de veterinaria y gracias a mi trabajo de modelo de eventos, puedo reunir para tener pronto mi propia clínica, pero imaginando que no tuviera carrera, no cualquiera podría estar en la agencia a la que pertenezco y menos cubrir ese tipo de eventos. No es ninguna deshonra, todo lo contrario, muy orgullosa que estoy de ello, pero no puede estar siempre tirando por tierra lo que con tanto esfuerzo logré.

—Por supuesto, hija, ya sabes que confiamos en ti y sabemos que estás disfrutando por un tiempo con tu trabajo, ya tendrás tiempo para montar la clínica.

—Si me fuera a trabajar para una clínica veterinaria, tardaría años luz en reunir lo que necesito para montar la mía propia.

—Lo sé, cariño.

—Tiene unos celos horribles, eso es lo que le pasa, pero vamos, que cada vez paso más de ella. Al final terminaré ignorándola por completo, no se merece menos y es que, a pesar de todos los desplantes que siempre me hace, demasiado bien la sigo tratando.

—Espero que no tengáis que llegar a eso, por cierto, hija, ¿qué le dijiste cuando te hizo ese comentario?

—Me levanté, cogí mi bolso, la miré y le dije que era una lástima, porque jamás iba a ser feliz e iba a hacer un desgraciado a mi hermano, ese que por cierto estaba presente, pero no dijo ni mu, me fui dando un portazo.

—Ay, hija.

—No voy a ir más a verlos, si quieren verme que muevan el culo, paso ya de ellos dos, allá con sus vidas, no voy a aguantar más que cambien mi estado de ánimo. Encima que siempre ando preguntándoles cómo están y mandándoles mensajes.

—Bueno, vamos a cenar —dijo cuando entró mi padre.

—¿Qué te pasa, princesa? —me besó la mejilla.

—Nada, tranquilo.

—Esa cara la conozco y fuiste a casa de Chus. ¿Otra vez Alicia te dijo una de las suyas?

—Sí, pero vamos, paso de ella, se casó con mi hermano, no conmigo, así que, que la aguante él.

—No permitas que nada ni nadie, robe tu paz interior.

—Ya...

—Estamos muy orgullosos de ti, no se te olvide nunca —me dio un toque en la nariz.

—Lo sé, papá.

—Por cierto, en unos días es tu cumpleaños. ¿Qué quieres que te regalemos?

—Lo que queráis, siempre acertáis —sonreí.

—Veintiséis años y parece que fue ayer cuando te llevaba en mi vientre —murmuró mi madre, mirándome con una bonita sonrisa de lo más nostálgica.

Me fui a la habitación cuando terminamos de cenar, después de estar un rato charlando.

Me encantaba la relación que tenía y siempre había tenido con mis padres, eran unas personas en las que podía confiar y hablarles sin problemas.

Mi padre, Fernando, a sus sesenta años, seguía activo como inspector de la Policía Nacional de mi ciudad. Mi madre, Susana, era tres años menor que él y trabajaba de funcionaria de correos.

Por cierto, mi hermano Jesús, Chus como le decíamos desde pequeño, tenía treinta y un años, era tasador inmobiliario para un banco.

Y luego yo, estudié la carrera de veterinaria y soñaba con montar en un tiempo mi clínica, pero como me salió la oportunidad de trabajar de modelo publicitario mientras estudiaba, lo aproveché y fui alternando.

Con el tiempo y al hacer muchos spots, me llamó la mejor agencia nacional y desde entonces, cada fin de semana, trabajaba en mi ciudad o en las de alrededor, a veces incluso más lejos y me pagaban todo, traslado, hotel y hasta un plus por la distancia, con ello me daba lo suficiente para reunir y antes de los treinta cumplir mi sueño, montar mi propia clínica.

Mis padres querían darme el dinero para montarla, pero no lo permití nunca, quería ganármelo por mí misma, era mi objetivo y lo iba a cumplir, demasiado ya que me pagaron la carrera y cuando la terminé hace tres años, me regalaron mi coche, un precioso mini de color vainilla.

Y esa era mi historia, además de tener a las mejores amigas del mundo, Olivia y Andrea, mis loquitas, esas que vivían juntas y con las que yo me quedaba de vez en cuando. Las quería con locura.

Olivia era maquilladora para un salón de belleza de alto standing, como ella decía, tenía veinticuatro años y vivía con Andrea, que tenía mi misma edad y era influencer, era increíble lo que generaba con su contenido y la de seguidores que obtenía.

Vivían en un piso alquilado al otro lado de la ciudad, yo iba mucho a pasar la tarde con ellas o el fin de semana cuando trabajaba solo los viernes, entonces me iba del sábado al domingo y hasta aprovechábamos para tirarnos alguna que otra marcha.

Siempre me propusieron el irme a vivir con ellas, pero yo estaba muy bien en mi casa y así tampoco gastaba de más, para tener cuanto antes ahorrado lo que necesitaba para mi propósito.

Por otro lado, estaba mi ex, Alonso, ese que me dejó por otra unos meses atrás después de dos preciosos años de relación. También veterinario, tenía su propia clínica, era cinco años mayor que yo.

Y esa era mi vida, como la de cualquier otra chica llena de sueños e inquietudes, con una cuñada tocapelotas con la que esperaba no acabar tirándonos de los pelos...

Llevaba un rato en mi habitación cuando me llegó un mensaje de Olivia, bien sabía ella que el viernes podría tener un evento y solía dejarme un hueco en su trabajo para que fuera a prepararme, en vez de contestar, la llamé.

—Buenas noches, norueguita mía —reí, y es que mi amiga tenía la manía de llamarme así de vez en cuando.

Y no, no es porque yo fuera nórdica, ni tampoco alemana ni de ningún otro lugar en el que los rasgos más prominentes fueran cabello rubio y ojos claros, sino porque ese era mi aspecto físico, menos *typical spanish* no podía ser, la verdad.

Medía metro sesenta y cinco, tenía una bonita y cuidada melena rubia y los ojos azules. ¿A quién me parecía? A nadie de los tres miembros más directos de mi familia, más que nada, porque mi padre tenía el cabello negro, ahora contaba con algunas canitas que le favorecían, la verdad, ojos marrones y medía más de metro ochenta. Idéntico a él, había salido mi hermano. Mi madre era castaña y de ojos color miel, así que, ¿yo era adoptada?

Ni mucho menos, algún rasgo sí que tenía de mi madre, solo que, al parecer y según palabras de mi difunta abuela materna, yo era igualita que mi bisabuela. Ahí es nada.

Y era cierto, había visto fotos de ella cuando era joven y, si no fuera por la ropa de aquella época y del tono sepia o en blanco y negro, podría decirse que era yo. Sin duda, la bisabuela y yo, podríamos haber sido gemelas.

¿Lo más curioso? Que la pobre murió solo dos días antes de que yo naciera, a los noventa y seis años.

—Olivia, mira que eres, ¿eh?

—Mujer, no te enfades, si sabes que lo hago con cariño. Bueno qué, mañana te esperamos en el

salón ¿verdad?

—Sí, como siempre, sesión de peluquería y maquillaje.

—Perfecto, pues pásate cuando quieras, total, la jefa está más que acostumbrada a que altere sus agendas esos días.

—Hasta que se canse y te despida —reí.

—¿Qué dices? Despedirme a mí, vamos hombre, si solo contigo le dejamos unos buenos eurillos. A ver, que el salón es de alto standing, pero tener a una modelo como tú entre la clientela, le da un glamour y un caché que ya quisieran otros.

—Ya imagino. Bueno, voy a ver si descanso un poco que mañana será una noche larga.

—Venga, te veo mañana, amore mío. ¡Ah! Y no olvides mi smoothie de chocolate.

—La madre que te parió...

—En casa estará la mujer, déjala tranquila. Te *I love youuu*.

Y colgó antes de que pudiera decirle nada. Si es que tenía un morro algunas veces...

Eso sí, yo a ella también la quería, y mucho.

Eché un vistazo a mis redes, y acabé viendo la de mi ex. Menuda sonrisa de oreja a oreja tenía el señorito, con la nueva novia del brazo.

A ver, que si yo hacía caso de la palabras de mi sabia madre, si me había dejado era porque no estaba hecho para mí, pero vamos, que aun así dolía y más cuando fue de ese modo.

Luego estaba mi padre, que aseguraba que había sido mejor que aquel canalla me dejara después de solo dos años, y no que hubiéramos acabado casados y con el tiempo que se liara con otra.

Viéndolo así, sí, mucho mejor que me dejara después de tan poco tiempo.

Con el dolor que sentía, si era sincera, solo echaría de menos el ir a verlo a su clínica, pero porque me dejaba estar con los animalillos que tenía, que por él... ¡Anda y qué le dieran!

Vi las fotos de la agencia del último evento en el que trabajé, eran una pasada, y es que contaban con el mejor equipo de fotógrafos de la ciudad.

Todas y cada una de las chicas que trabajábamos ese día, salíamos radiantes, y la magnífica calidad de las instantáneas, daba la sensación de tener aquellas prendas delante de verdad, se veían perfectamente.

Un par de golpecitos en la puerta y mi madre abrió, asomándose.

—Ariadna, cariño, nosotros nos acostamos ya.

—Vale, mamá. Que descanséis.

—No te duermas muy tarde —sonrió y le mandé un beso.

—Tranquila, ahora me pongo un poquito de música para relajarme y en nada estoy ya con Morfeo.

—Que descanses, mi niña.

—Igualmente, mamá.

Me levanté para ponerme el pijama, fui a lavarme los dientes y el rostro, quitándome el maquillaje y haciendo mi limpieza facial diaria para luego aplicarme la crema de noche. Una, que tenía que cuidarse mucho, vivía de mi imagen, así que no podía descuidarla ni un momento.

Con mi pantalón corto y la camiseta de tirantes, bien fresquita pues el calor de este verano no era ni medio normal, cogí el móvil y los cascos inalámbricos y me recosté en la cama escuchando un poco de música, pero de esas melodías de piano que me ayudaban a dejar la mente en blanco por completo y desconectar de todo.

Poco más de media hora después estaba ya en ese estado en el que me costaba mantener los ojos

abiertos, así que dejé el móvil en la mesita, fui a beber un poco de agua y volví a la cama, conectando la alarma a la hora de siempre para levantarme y salir a hacer mis ejercicios diarios.

Sí, tenía unas rutinas de lunes a viernes que me mantenían en eso de, mente sana en cuerpo sano, eso era lo que decía mi amiga Andrea, aunque la verdad es que tenía un puntito de locura, pero sana, muy sana.

Acababa de cerrar los ojos cuando me saltó un aviso de la llegada de un e-mail, era mi jefa para recordarme lo del evento del día siguiente.

Contesté que no se preocupara, que allí me tendría puntual a la hora prevista, y, ahora sí, me tumbé mirando hacia la ventana para dormir, necesitaba descansar, no quería aparecer en el trabajo con las ojeras de un mapache.

Capítulo 2



Bip. Bip. Bip. Bip.

Paré la alarma, me desperté en la cama y me levanté para ponerme en marcha.

Viernes, al fin.

Enfundada en mi ropa deportiva y con la melena recogida en una coleta, salí de la habitación y fui a la cocina a prepararme un zumo de naranja y la botella de agua que me llevaría.

Mis padres no estaban en casa, salían siempre temprano para sus respectivos trabajos, así que no solíamos coincidir para desayunar, eso sí, las comidas y las cenas las hacíamos siempre juntos, o al menos eso intentábamos.

Una vez en la calle, puse el cronómetro del reloj a cero y fui a paso ligero hasta el parque que teníamos en la calle de atrás.

Allí, como cada mañana, hice los estiramientos oportunos y, con los cascos y esa música que me daba ánimo para no parar, empecé a correr.

Siempre coincidía con la misma gente, así que un saludo cordial de cabeza sin perder el ritmo y listo.

Paré en la fuente después de mis tres vueltecitas al parque, me bebí una buena cantidad de la botella para no deshidratarme y vuelta a la carrera, así hasta hacer mis cuarenta y cinco minutos de ejercicio diarios. Menos mal que ya estaba acostumbrada.

Regresé a casa y puse a hacerse el café mientras me daba una ducha de esas que reconforta y destensa el cuerpo.

Tras secarme y vestirme, cogí el secador para darle una pasada rápida a mi cabello y fui a desayunar.

Café, fruta, tostadas y ya estaba lista para afrontar el día.

Recogí mi habitación, puse una lavadora, hice una limpieza a la casa y hasta preparé un guiso de carne para la comida. Era temprano así que decidí salir a dar un paseo.

Cuánto no andaría, que acabé en la comisaría donde trabajaba mi padre y, claro, la hora que era pues... le llevé un café.

—¡Hombre! Pero está aquí la niña más guapa de la ciudad —dijo Gerardo, uno de los compañeros más antiguos de mi padre.

—Anda que no exageras, es mucho más guapa tu mujer —sonreí y le besé en la mejilla. Aquel hombre era como de la familia.

—Cuando tenía tu edad, sí, ahora ya es una gruñona.

—Menos mal que no te oye, porque te daría una colleja, Gerardito.

—Cómo me gusta que me llames así, hija, si es que me quitas treinta años de encima.

—¿Está mi padre?

—En su despacho, como siempre.

—Pues voy a llevarle un poco de este elixir —le hice un guiño mientras levantaba la bandeja con los dos cafés.

Por el pasillo me crucé con muchos de sus compañeros, así como de los hombres que estaban al mando de mi padre, y todos me saludaban con una inclinación de cabeza.

Yo es que era entrar ahí, y me sentía como la hija de un rey, de verdad que sí.

—Buenos días, señor inspector —dije tras dar dos golpecitos en la puerta y abrir sin esperar que me diera paso.

—Mi niña, ¿qué haces aquí?

—Pues que salí a pasear después de organizar la casa y mira, llegué aquí.

—Si es que escogiste mal la carrera, debías haber sido policía, como yo.

—Claro, claro. No lo fue Chus, y lo iba a ser yo.

—A tu hermano no le tira el cuerpo, pero a ti, sí.

—Mira, ahí te doy la razón, papá, pero porque me gusta ver a tus muchachos con el uniforme.

—Hija, no me cuentes esas intimidaciones —puso cara de horror, pero en el fondo le gustaba que tuviera esa confianza con él, siempre había sido así.

Con mi madre también la tenía, que, aunque tuvieran ya sus años, podía contarles cualquier cosa.

—Esta noche acabarás muy tarde, ¿verdad? —preguntó, tomándose el café.

—Ya sabes cómo son esos eventos, papá, una sabe a qué hora empieza, pero no a la que acaba.

—Pues vete a casa y descansa, nos vemos a la hora de comer.

—Ok. He hecho un guiso... que vas a querer repetir.

—No me cabe duda, tienes la misma mano para la cocina que tu madre.

—Disculpe, señor inspector —me giré al escuchar la voz de uno de los muchachos—. Hola, Ariadna.

—Hola, Fran. Ya me voy, todo tuyo el jefe. Adiós, papá.

Salí del despacho, me despedí de Genaro y volví a casa.

Preparé la mesa, guardé ropa y cuando llegaron mis padres comimos y tomamos café hasta que me marché al salón de belleza a ver a Olivia.

—¡Y aquí llega mi chica! —gritó ella nada más verme entrar—. Y me trae mi smoothie, si es que... ¿cómo no voy a quererte, mujer?

—Pelota, que eres una pelota.

—Anda, pasa al lavabo que enseguida te deja Celia esa melena como nueva.

Y sí, como siempre, Celia me lavó el pelo, con masajito incluido de esos que, si te descuidas, te acabas quedando dormida, me hizo un bonito recogido y pasé al puesto de Olivia.

—Pues vamos a ponerte bonita, como la mona Chita.

—Serás cabrona —reí.

—Bueno, ¿qué tal te trata la vida?

—Chica, que no me ves desde hace tres días.

—Vale, pues, ¿qué tal estos tres días? Qué petarda eres, madre mía.

—Hasta ayer, muy bien.

—No me digas más, Alicia.

—¿Cómo lo has adivinado? —Volteé los ojos.

—Es que esa mujer es la única capaz de cambiarte el estado de ánimo. Le tengo un asquito...

—Pues anda que yo. ¿Mi hermano se dará cuenta algún día que su adoraba princesa se convirtió en la bruja del cuento? Es que no la entiendo, de verdad. Esos aires de grandeza que tiene.

—No lo sé, y me fastidia, pues tu hermano es un hombre de lo más majo.

—Y tú pillada por él desde... ¿cuándo?

—Calla, anda, que en la vida me ha visto con otros ojos que no fueran los de la amiga de su hermanita, y encima que soy más pequeña que tú, pues ya te diré, soy una cría para él.

—Lo que eres es tonta, de verdad. ¿Cómo qué una cría? Tienes veinticuatro años, no catorce.

—Pues así es como sigue viéndome él, como aquella chiquilla de catorce años.

—Bueno, ya te buscaremos un hombre al que le gustes, con tus puntos de locura, ternura y mala leche.

—¿Mala leche? Todavía te vas al evento maquillada como el Joker, así que, no te pases.

—¿Ves? Si es que me gusta buscarte la lengua, y tú que saltas pues...

—Vale, dejemos de hablar de mí, y cuéntame qué dijo tu cuñada Alicia, la del país de las arpías.

Nos miramos y acabamos muertas de risa, y es que mi amiga era única para hacerte las rimas a su modo y cambiarle el nombre a los cuentos y películas.

Le conté lo que había dicho y vi cómo se le hinchaba la vena del cuello, la verdad es que desde que Alicia había dado ese cambio, no la aguantábamos ninguna de las tres, porque Andrea le tenía una manía también, que procurábamos no estar las cuatro juntas, más que nada por mis padres, pues no queríamos ponerlos en una situación incómoda.

—Es que es mala, con ganas, la muy puñetera.

—No me voy a meter en su vida, pero mira, si mi hermano dijera un día que se separa, coño, es que me haría la mujer más feliz del mundo. Joder, si hasta agradecería que le pusiera los cuernos como hizo Alonso conmigo, pero igual con lo tonto qué es, hasta se arrepiente y vuelve llorando con ella para que lo perdona.

—No te extrañe —dijo mi amiga.

—No la aguanto, Oli, de verdad que no. Es mayor que yo, me debería ver como a una hermana y, ¿qué hace? Tenerme celos, ¿por qué? Es que no lo entiendo. Trabajo para poder tener mi propio negocio sin depender de la ayuda de mis padres ni de la de mi hermano, aunque sé que no me fallarían y ahí estarían los tres. Para colmo, me deja mi ex por otra mientras que a ella el tonto de mi hermano la tiene en palmitas. ¿Por qué me tiene celos?

—Porque eres más simpática que ella, porque eres un amor de niña, porque toda tu familia te adora, porque tienes dos mejores amigas que te quieren con locura y, además de eso, porque te hiciste un nombre en el mundo del famoseo siendo modelo. ¿Te parece poco? Esa arpía está hasta el moño de currar día tras día para ganarse un sueldo, mientras tú trabajas unas horas al mes y ganas el triple, pero mira, que le den un poquito, que no todas valen para hacer lo que tú. Yo, mismamente, si me subiera en los taconazos que luces y además tuviera que andar como si fuera en zapatillas, me habría roto una pierna por veinte sitios el primer día.

—Anda, boba, que, si yo pude, tú también.

—Nada, nada, eso os lo dejo a ti a nuestra Andreita. Pues ya estás guapa a rabiar, hija mía.

Me miré en el espejo y me encantaba el efecto ahumado en los ojos, resaltando el azul de mis iris.

—Toma, este pintalabios es el que tienes que darte —dijo dándome una barra que guardé en el bolso.

Pagué, me despedí de las chicas y volví a casa dando un paseo. Andrea me llamó para decirme que me divirtiera en el evento esa noche.

Llegué a casa y al verme, mis padres sonrieron, les encantaba ver cómo me dejaban las chicas

del salón de Olivia.

Tomamos café y unos pasteles que llevé, para merendar con ellos, y los dejé poco después para ir a mi cuarto, apenas quedaban unas horitas para que empezara mi jornada de trabajo.

Capítulo 3



Me puse el primer vestido que luciría esa noche, tenía que hacer cinco cambios, la ropa me solía llegar dos días antes, esas que, por cierto, luego eran para mí, así que imaginad mi armario...

Mi trabajo consistía en hacer un primer pase alrededor del jardín o complejo dónde se hiciera el evento, al rato, con otro modelito y así hasta cinco.

Mis eventos eran como pases de modelos, pero en medio de una celebración donde las personas están charlando mientras toman algo y le pasan bandejas de canapés, una fiesta preparada por alguna firma de ropa de las que yo era imagen, al igual que otras chicas.

—Y aquí llega la hija más guapa del mundo —dijo mi padre, cuando entré en el salón para despedirme.

—Joder, papá, si es que cuando voy a trabajar, lo hago con un subidón. Me das unos chutes de ánimo que no veas.

—La que es guapa, es guapa —contestó mi madre.

—Claro, porque vengo de una larga saga de mujeres guapas y de bandera —reí.

—¡Pues claro qué sí! Ya viste las fotos de tu bisabuela Azucena —así se llamaba la mujer a la que me parecía como si de gemelas se tratase—. Porque en su época no se llevaba lo de ser modelo que, de haber podido, estoy segura que habría triunfado tanto como tú.

—Haz caso a tu madre, que tu abuela Gloria, era igual que ella —la señaló con un movimiento de cabeza—, de joven también era una belleza.

—Lo que yo decía, vengo de una larga saga de mujeres de bandera.

—La de pretendientes que tuvo tu bisabuela.

—Y se quedó con Basilio, el sobrino del cura —contestó mi padre.

—Bien guapo mi abuelo —mi madre frunció el ceño.

—Bueno, me voy que al final no llego.

—Ten cuidado, hija, y, sobre todo, pásalo bien.

—Descuida, mamá. Os quiero.

Besos y abrazos y ahí que fui a trabajar esa noche de viernes.

Salí de casa con mi maletita de mano en plan, azafata de vuelos, así es como yo iba a los eventos.

Un coche me esperaba en la puerta, eso sí, me ponían los traslados de forma cómoda, la empresa nos cuidaba mucho.

Llegué a los jardines de aquel evento y una azafata del mismo, me acompañó hasta la zona donde teníamos el sitio para cambiarnos y dejar las maletas, siempre de forma independiente.

Eran las nueve menos diez de la noche y en diez minutos se abría el desfile conmigo.

Me miré en el espejo varias veces y salí hasta la zona donde comenzaría a desfilarme, me coloqué

al lado del chico que pondría la música, un joven que siempre cubría los eventos.

—Hola, Samuel —besé su mejilla.

—Hola, preciosa. ¿Lista?

—Claro —sonreí soltando el aire, y es que los nervios siempre estaban ahí.

Y comenzó esa primera canción de “El guardaespaldas” de Whitney Houston “I will always love you”.

En esta ocasión era un evento romántico y ahí salí yo, andando al ritmo lento de esa canción y metiéndome por completo en el papel.

El recorrido era alrededor de una piscina en forma de lago, la noche estaba preciosa, llena de velas por todo el jardín, un ambiente de lo más distinguido e invitados que miraban aplaudiendo mi salida.

Y fue en ese momento en el que paré para hacer un movimiento de cadera, quedando con la pierna delante, cuando levanté mi mirada y me encontré con los ojos y el rostro más bonito que jamás pude imaginar.

En mi vida había experimentado el escalofrío y los nervios que sentí en ese momento, ante esa mirada. Tuve que apartar la vista para evitar quedarme ahí, sin reaccionar.

Seguí desfilando mientras la canción sonaba con esa fuerza e intensidad y me cruzaba con mi siguiente compañera.

Fui directa a cambiarme, esta vez era una ronda de tres vestidos y, unas horas después, de dos.

—Ariadna, lo has hecho genial. Tienes a los asistentes encantados —me dijo una de las organizadoras.

—Gracias —sonreí.

Volví a salir entre los nervios que me había producido ese desconocido, su mirada se había quedado grabada en mi mente.

Esta vez llevaba un vestido de noche, el cuerpo en tono rosa pastel y la parte de la caída de la falda que llevaba un poco de cola, en rosa más intenso, era precioso.

La canción esta vez era la de la película “Ghost”

Comencé el recorrido y me sentía con una sonrisa floja que no podía quitar de mi rostro, es más, lo debía transmitir por la sonrisa que iba sacando de cada uno de los asistentes y fue cuando volví a hacer esa parada, en el mismo sitio, ante él, cuando nuestras miradas se volvieron a cruzar y se le escapó una sonrisa que hizo que la mía se pronunciara mucho más.

Aquellos ojos grises, pero que podrían confundirse con el verde, eran de lo más impactantes.

De cabello castaño, alto, metro ochenta y cinco al menos, con un traje que llevaba y que le sentaba como un guante.

Me giré para seguir el recorrido final y sentí esos nervios que jamás había sentido, eran diferente a cualquier otra sensación que hubiera experimentado.

Me cambié de ropa para la última aparición de esta ronda, esta vez llevaba un vestido corto, dorado, con un solo tirante en un hombro, era espectacular, elegante y sensual.

—Espectacular, Ariadna —me dijo Samuel, cuando pasé junto a él—. Los tienes en el bote.

—Anda, tonto. Es por tu música.

—Claro, por mi música...

Me hizo sonreír y me preparé para continuar con el evento.

Salí esta vez con la canción de la película “Oficial y Caballero”, la noche cada vez se veía más bonita, eso, o que yo estaba tonta perdida por esos ojos que habían desatado este nerviosismo en mi cuerpo.

Desfilé imaginando que era ahora, cuando tenía que brillar más que nunca y lo hice. No sé qué se transformó en mi rostro que no dejaban de aplaudir y escuché algún que otro bravo entre los asistentes, y llegué de nuevo a él. Esta vez arqueó la ceja con una media sonrisa de lo más seductora, lo miré con seguridad mientras hacía el movimiento del giro.

Terminé y me quedé con ese vestido el par de horas que estaría por allí, antes de hacer los dos últimos paseillos, como yo decía.

Fui por una copa de vino blanco, no solía beber mucho, pero eso del vino lo llevaba de herencia en la sangre, mis padres los fines de semana solían disfrutar de ello a la hora de la comida.

—Dicen que hoy brilló una estrella de la pasarela —murmuró una voz masculina detrás de mí.

Me giré y quedé paralizada al toparme con aquellos ojos que habían causado un escalofrío en mí.

—Hola —sonreí ruborizándome.

—Me llamo Alexis —extendió su mano.

—Ariadna —sonreí con una cara de boba, que se me debía notar a kilómetros.

—Tienes un talento impresionante, te felicito.

—Gracias —sonreí queriendo que la tierra me tragara, me costaba mantenerle la mirada— ¿Te gusta la moda? —pregunté para que no hubiera ese silencio que me ponía de lo más nerviosa.

—Bueno, digamos que no entiendo mucho —arqueó la ceja y le hizo un gesto al camarero para que le pusiera una copa como la mía—, pero como suelo ser invitado a muchos de ellos, al final como que vas descubriendo quién brilla por encima de todas.

—¿Me lo tomo cómo un alago? —apreté los dientes.

—Y bien merecido —chocó su copa con la mía antes de dar un trago—. Por cierto, es raro que no te haya visto en otros eventos.

—Bueno, esta firma la suelo cubrir yo, además de muchas otras.

—Tendré que seguirte más de cerca, eres todo un espectáculo sobre la pasarela.

—Gracias —volví a ruborizarme, además, ese tono de voz, madre mía...

—Soy representante de artistas y muy cabezón, no suelo llevar a cualquiera, tienen primero que impresionarme para yo vender su trabajo.

—Vaya, es bueno saberlo por si algún día me hago famosa —bromeé.

—Dame tu teléfono y me encargaré que brilles en una de las más importantes.

Se lo di, lo anotó en su móvil y volvió a guardarlo en el bolsillo de su camisa, nunca se sabía si era la oportunidad que todas queremos que nos llegue en alguna ocasión.

Nos quedamos charlando un buen rato, había asistido al evento solo, pero tenía muchos amigos aquí. Tenía treinta y siete años y era hijo de uno de los presentadores de informativos más conocido del país, el periodista Osvaldo y, para rematar, su madre, Rosana, que había sido una de las modelos más afamadas de las pasarelas. ¡Para mear y no echar ni gota! Encima su hermana era Jaca, una reconocida periodista casada con otro de su profesión, Eduardo.

Vamos que yo televisivamente conocía a toda su familia menos a él, que, como me dijo, siempre quiso estar detrás de los focos, pero vinculado a ese mundo de cierto modo.

—Toda una familia del celuloide, sin lugar a dudas.

—Eso parece —sonrió.

—Normal que seas representante, te tira ese mundillo.

—Bueno, la verdad es que empecé llevando a un amigo, él me recomendó a un conocido y hasta hoy.

—Lo que viene siendo el boca a boca, eso está bien.

—¿Llevas mucho dedicándote a esto?

—Unos añitos, y no me puedo quejar. Estoy en esta agencia porque les gusté cuando me vieron y... aquí colgaré los tacones —reí.

Bebí de mi copa y seguimos disfrutando de la compañía el uno del otro, así como de ese ambiente relajado que nos rodeaba.

Sin duda, la noche acompañaba a que estuviéramos ahí en ese recinto al aire libre y con la música de fondo, era una velada de lo más bonita.

Se me pasó el tiempo volando entre charlas que no dejaban de causarme esa sonrisa constante, hasta que tuve que ir a cambiarme para volver a salir a la pasarela.

—¿Tienes que seguir, o has acabado? —preguntó, dejando su copa en la mesa.

—¡Oh, no! Todavía me quedan dos pases más, y luego a casita a descansar.

—La noche es joven, y con lo bonitos que son esos vestidos, es una lástima que no los luzcas más tiempo.

—Bueno, soy una chica responsable. Vengo, hago mi trabajo y vuelvo a casa, donde me esperan cada noche.

—Humm, ¿un novio? ¿Marido, tal vez?

—¡Huy! —Miré el reloj— Me toca el siguiente cambio —sonreí y me giré.

Él soltó una carcajada, y es que había esquivado muy, pero que muy bien, aquella pregunta.

¿Me acababa de hacer la interesante? Pues no sabría decir, la verdad, pero vamos, la charla había sido más que suficiente por el momento.

Y una vez más salí con uno de esos preciosos diseños. Esta vez con un vestido de gasa rojo y largo, tirantes finos y un lazo rojo y fino rodeando la cintura.

¿La canción? “The time of my life” ...

Sí, con esa tenía que desfilas, de lo más bonita y rítmica, pero me encantaba, sabía darle el punto para hacerlo de forma sincronizada y alegre.

Y ahí me paré, ante él, que me aplaudía emocionado con ese brillo en los ojos y la sonrisa más bonita de todo el evento.

Le mantuve la mirada unos segundos, creo que el público notó la complicidad que había en ese momento.

Me giré sonriente para ir a terminar el paseílo y volver a cambiarme.

¡Me encantó ese momento!

Volví a cambiarme, esta vez un mono corto de tirantes, en negro, de lo más elegante, con un cinturón de brillo a juego con las sandalias de tacón.

Y cerramos con un tema de lo más animado “Say a Little Prayer” la canción de la película, “La boda de mi mejor amigo”.

Los aplausos fueron monumentales y cuando llegué a él, me hizo una reverencia que me hizo sonreír más de lo permitido, pero es que el momento lo requería, había sido toda una escalada de momentos que iba a recordar el resto de mi vida.

—Perfecta, Ariadna, has estado increíble —dijo Mónica, una de mis compañeras mientras me abrazaba.

Por suerte me llevaba bien con las demás chicas, no había ningún mal rollo ni tiranteces entre nosotras, ni nada por el estilo, por lo que al menos cuando iba a un evento a trabajar, podía estar tranquila que ninguna de las chicas me intentaría hacer una jugarreta.

—Vaya chico guapo con el que hablabas antes —dijo Maca, otra de las chicas.

—Es verdad, menudo bombón. Aprovecha que estás soltera y dale una probadita, “mija” — comentó Luz, una simpatiquísima cubana con la que había coincidido en varios eventos.

—Ni probadita, ni nada. Solo hemos tomado una copa y charlado, nada más.

—Mujer, que a nadie le amarga un dulce —contestó Mónica.

—Lo sé, pero lo acabo de conocer.

—“Mija”, que no te estamos diciendo que te acuestes hoy con él, pruébalo, pero más adelante.

—Mejor me voy que...

—Cobardica —Maca me sacó la lengua y acabamos riendo las cuatro.

Me quedé como estaba vestida, recogí mis cosas para salir hacia mi casa y ahí estaba él, esperando.

—¿Te vas ya?

—Sí, ya terminó mi trabajo —sonreí encogiéndome de hombros.

—¿Qué te parece si vamos a tomar algo a La Roncera?

—No he ido jamás —sonreí.

—No te lo puedes perder —me hizo un gesto para que lo siguiera y avisé a la azafata de que no iba a necesitar traslado.

Sí, me iba con aquel desconocido. ¡Para matarme! Pero, ¿cómo podía resistirme a tal invitación?

Además, él lo había dicho, la noche era joven y ese modelito era precioso como para no seguir luciéndolo un ratito más. ¿A quién hacía daño? A nadie, ya que estaba soltera. Vamos, que al final hacía caso a las chicas y me iba con el bombón a terminar la noche del viernes, era una locura.

Cuando le contara esto a Olivia y Andrea... iban a alucinar.

Capítulo 4



Cogió mi maleta y la metió en su coche, luego me abrió la puerta del copiloto para que me montase, atento y caballeroso, me gustaba esa forma que tenía de tratarme.

El coche era nuevo, un flamante Mercedes blanco al que solo le faltaba hablar.

Durante el camino no podía dejar de pensar en lo que estaba haciendo, me tenía que haber vuelto loca para irme así, sin más, con un completo desconocido, pero bueno, no creo que fuera un psicópata ni nada de eso. La reputación de su familia era intachable, así que podía estar tranquila.

La verdad es que, ahora que sabía quiénes eran sus padres, sí que le sacaba un cierto parecido a Osvaldo, sobre todo, la forma de los ojos, así como en el mentón.

La verdad es que Alexis, el miembro más desconocido de la familia más televisiva del país, era un hombre encantador, además de guapo.

Llegamos a La Roncera, estacionó el coche y entramos para luego salir a aquella terraza que tenía con las mejores vistas a la montaña, era una pasada, además el ambiente estaba de lo más animado.

Nos sentamos en unos pufs que había alrededor de una mesa libre, aquello era comodísimo y la noche estaba perfecta.

Nos pusimos a charlar y le conté lo de mi sueño de montar la clínica veterinaria, me encantaba su forma de escucharme, de hablarme, era un chico con una personalidad arrolladora y galante como pocos quedaban, a lo que había que añadir su simpatía, esa era innata y nada forzada.

—Así que te gustan los animales.

—Me encantan. De pequeña tuve algunas tortugas, mi abuela tenía periquitos y nos pasábamos el día canturreando con ellos.

—¿En serio?

—¡Sí! No son como los loros, ¿vale? Pero, te aseguro que, cuando mi abuela imitaba el modo de piar de sus periquitos, ellos le contestaban.

—Vaya, es sorprendente.

—Creo que en eso me parezco a ella, le gustaban mucho los animales. Tenía un perro, un pastor alemán la mar de tranquilo y cariñoso, que era algo así como mi niñera —reí, al recordarlo—. Se llamaba Mico.

—¿Mico? —sonrió, algo normal ya que los pastores alemanes de pequeños no tienen nada.

—Sí —reí—. Verás, mi abuelo lo encontró cuando era apenas un cachorro, lo llevó a casa y al verlo mi abuela preguntó “Y este mico, ¿quién es?” El perrillo, al escuchar la voz, meneó la colita, ladró y se fue a sus brazos, vamos que le gustó la abuela, y al final se quedó con ese nombre. Mi hermano tenía unos tres años y Mico, lo cuidaba un montón. Después llegué yo y me convertí en la consentida de Mico. No había quien me tosiera estando él cerca. El pobre murió ya de viejito y la abuela no quiso más perros. Mico se llevó gran parte de nuestros corazones.

—No me extraña, los animales soy muy cariñoso con las personas a las que consideran familia.

—Cierto, y la verdad es que me encantaría adoptar algún animal, de hecho, suelo ir a menudo a un refugio donde hay muchos perros abandonados o que han sido maltratados, o rescatados de la calle.

—Eso dice mucho de ti.

Sonreí mientras cogía mi copa y daba un trago.

Realmente hablamos de todo, hasta de mis dos mejores amigas y la pánfila de mi cuñada Alicia, poco más y le cuento el día que hice la Primera Comuni3n. Hasta de mi ex le hablé y es que me sentía cómoda, a lo que había que añadir que esas copas de vino ya hacían que mi lengua se desatara por completo.

—Y, ¿cómo es que no te decantaste por la televisión, como tu padre y tu hermana?

—No me gusta mucho, la verdad. No me veía en televisión dando las noticias, pero tampoco en un periódico o revista. No sé, creo que, para poder hablar ante una cámara, sabiendo que te están viendo miles de personas, me daba un poco pánico.

—¿Qué dices? ¿Pánico? No te creo —reí.

—Es cierto, no me veo como mi padre, por ejemplo. Esa templanza con la que te cuenta las noticias. Y mi hermana, con lo empática que es, no sé cómo puede controlar sus emociones y no llorar con algunas de las noticias que pasan por sus manos.

—Vale, televisión descartada. Y, ¿modelo, como tu madre?

—Menos —rio—, en una pasarela sí que no me vería en la vida y no digamos posando para las fotos. Me las hago con mis padres y casi que voy obligado.

—Huy, huy, eso no puede ser. ¿No tienes redes sociales?

—Obvio que sí, mujer, pero no subo demasiadas fotos. Vamos, que mi vida privada es mía, y punto redondo.

—Lo entiendo, debe ser incómodo estar en el punto de mira de los periodistas. A ver, que yo no soy tan famosa como tu madre, así que ella debió pasarlo un poquito mal con tantos paparazzi detrás.

—Te puedo asegurar que, muchos de mis representados, lo pasan mal. Eso de salir de incógnito, no es ninguna leyenda urbana. Más de uno ha salido así de casa para ir al super y que no los reconocieran.

—¡Uf! No me extraña, si cuando salen en la televisión siguiendo a los famosos me agobio de verlos. Yo sería capaz de ir como Antonio Recio, con una pistolita de esas de descargas para quitármelos de encima.

—Mujer, qué cosas tienes —dijo después de un buen rato de risas.

Me sentía muy cómoda con Alexis, esa era la verdad, y estaba siendo yo misma, dejando salir esa loquita que tan bien conocían mis amigas y mi familia.

Eso sí, su mirada me ponía nerviosa y no podía remediarlo. Evitaba mirarlo a los ojos muchas veces y él, sin pensarlo, cogía mi barbilla para levantarme la cara, encima me lo hacía pasar peor, me daba una vergüenza tremenda.

Era obvio que había una diferencia de once años en los que él, ya era capaz de controlar muchas cosas que yo era incapaz y que me ponía nerviosa, vamos que tenía mucho más recorrido y viendo su físico, debía de tener mil historias a su espalda.

—Así que vives en el edificio más bonito de la ciudad —murmuré alucinando cuando me dijo de dónde era.

—Bueno, sobre gustos no hay nada escrito —arqueó su ceja.

—Todo el mundo habla de él, además, ahí viven los pijos —me reí.

—¿Qué es para ti ser pijo? —hizo un carraspeo y puso la cara de esperar una respuesta concisa.

—Pues tú, no más hay que verte —me eché a reír.

—Yo...

—Sí, tú. Coche de alta gama —empecé a enumerar—, un ático en el edificio más impresionante, una camisa de una firma de las más caras, un reloj que...

—Para, eso no me convence —me señaló con un dedo de la mano que sujetaba su copa, mientras reía.

—¿No? —solté una carcajada, poniéndome la mano en el pecho.

—No, por esa regla de tres, cualquier persona es pija, un narcotraficante, una persona gótica con buen nivel adquisitivo...

—Bueno, no lo son todos que tienen dinero, pero sí los que son como tú, además al pijo se les ve a leguas por su forma de actuar y ser.

—Ahora me llamas actor —se echó a reír cogiendo mi cara y besándome la coronilla.

—¡No, tonto! Además, tú me has entendido.

—Sí, sí que te entendí, pero es una palabra que no concuerda muchas veces, una definición que no llega nunca a una justa interpretación.

—Vamos, que hay muchos que se creen o aparentan ser pijos y no lo son —volteé los ojos.

—Eso mismo —sonreía con su copa en la mano, y apoyada entre sus piernas que estaban cruzadas.

—¿Y cómo alguien como tú no está casado o tiene hijos?

—¿Y por qué debería de estarlo o tenerlos? —Arqueó la ceja en modo amenazante, pero bromeando, obvio, esa sonrisilla...

—No sé, por tu edad.

—¿Qué le pasa a mi edad? —sonrió, arqueando la ceja de nuevo.

—Nada, nada, que veo que te voy a tocar la fibra.

—Para nada, considero que los años que tengo son los que he vivido y disfrutado.

—Por supuesto.

—¿Entonces?

—Nada, nada —me reí echándome hacia atrás cuando nos trajeron otras dos copas.

Y así fueron pasando los minutos, entre copa y copa, charlando y con la sensación de que le conocía desde hacía tiempo.

No parecía para nada un desconocido al que era la primera vez que lo veía.

Estaba a gusto con él, al menos mostraba cierto interés por lo que le contaba y, aunque dicen que las comparaciones son odiosas, debo reconocer que lo comparé con Alonso, en más de una ocasión.

Cuando hablaba con mi ex apenas le interesaba lo que le contaba, era como si hablara con un mueble. Si hasta los animales que pasaban por su clínica mostraban más interés cuando les hablaba. Incluso los perros de la asociación a la que iba.

—¿Qué tal está resultando esta noche? —me preguntó después de que el camarero nos dejara una nueva copa.

—La verdad, debo reconocer, que muy entretenida.

—O sea, que no te arrepientes de haber aceptado venir conmigo.

—No —sonreí.

—Me alegro, porque yo también lo estoy pasando bien.

En ese momento sonó una bachata y Alexis arqueó la ceja, se puso en pie y, sin cortarse un pelo, me cogió la mano para levantarme y me llevó a bailar con él.

Madre mía, qué manera de moverse. Cómo movía las caderas, con un brazo alrededor de mi cintura, mientras con el otro me sostenía la mano. ¿Y el modo en que colaba la pierna entre las mías? Por el amor de Dios, este hombre se movía como un auténtico bailarín.

Y ahí seguía su mirada, y yo nerviosa perdida, que, como siguiera así, iba a acabar más roja que un tomate. Bueno, seguramente ya lo estaría, pero... en fin.

—Se te da bien —dije cuando nos sentamos.

—A ti también —me hizo un guiño.

Nos tomamos la última copa y me llevó a casa.

Sacó mi maleta del coche, la cogí y cuando llegamos a la puerta, volví a sentir ese nerviosismo y el escalofrío recorriéndome, cuando sus ojos se fijaron en los míos.

—Lo he pasado muy bien, de verdad —sonreí.

—Yo también. Gracias por esta noche.

—Una bonita noche, diría yo.

—¿Mejor que haberte venido a casa? —Arqueó la ceja.

—Sí, bastante mejor.

—Me alegro. Que descanses, Ariadna —se inclinó y me besó en la mejilla.

—Igualmente, Alexis.

Se fue y ahí me quedé mirando cómo se alejaba, pero con una sonrisa de bobita, que no podía borrar de mi cara.

Entré en casa sin hacer el menor ruido, no quería que mis padres se despertaran, pues eran cerca de las dos de la madrugada.

Tras ponerme el pijama y quitarme el maquillaje, me metí en la cama. Pensé en Alexis, en la noche que habíamos pasado y... suspiré.

Sí, suspiré. Me salió un suspiro de esos que sueltas cuando alguien te gusta y le recuerdas.

Vamos, que el señor Alexis, representante de artistas, me había gustado y mucho.

Cuando se lo contara a las chicas... acabarían alucinando.

Capítulo 5



En cuanto me desperté ese sábado por la mañana, les mandé un mensaje a las chicas para ver si me aceptaban en su casa como invitada a comer.

Andrea: *Solo si traes pasteles.*

Olivia: *Y smoothies de chocolate.*

Ariadna: *Oli, los smoothies estarán derretidos para cuando vayamos a tomarlos.*

Olivia: *Ya lo sé, era broma. Bueno, que sí, que te vengas a comer que hoy doña Andrea, va a hacer pasta boloñesa. Para una vez que se salta la dieta...*

Hija de su madre, cómo le gustaba a Olivia buscarle la lengua a nuestra influencer favorita.

Andrea: *Ari, ¿puedes, por favor, decirle a Oli, que se ha quedado sin comer? Bueno, no soy tan mala, le dejo un platito de espinacas.*

Olivia: *¿Espinacas? Un mojón. Te veo en casa Ari, que entro a currar.*

Ariadna: *¿Salimos esta noche?*

Olivia: *¡Sí! ¡Fiesta!*

Andrea: *Mírala, se apunta a un bombardeo.*

Olivia: *Tú no, ¿verdad? Listo, ya tenemos plan. Nos vemos, petardas.*

Me despedí de ellas y fui a la cocina, dónde ya estaban mis padres sirviendo el desayuno.

—Buenos días, cariño.

—Buenos días, mamá, papá.

—¿Qué tal evento de anoche? —preguntó mi padre.

—Muy bien, como siempre.

—No te oí llegar.

—Es que me quedé tomando algo con mis compañeras —vale, tenía mucha confianza con ellos, pero no iba a contarles que me había ido de copas con un desconocido, que mi padre era inspector de policía y lo mismo le daba por investigar a ver si Alexis tenía antecedentes.

—Ah, eso está muy bien.

—Voy a ir a comer a casa de las niñas —dije, pues así llamaban mis padres a Olivia y Andrea —, saldremos esta noche, así que me llevaré ropa para cambiarme allí.

—Muy bien, hija, pero ten cuidado. Y no bebáis mucho.

—Tranquila, mamá.

Desayunamos y, a eso de las diez y media, se presentó mi hermano en casa. Mi cuñada estaba trabajando y venía a no sé qué, la verdad, pero bueno, tampoco me molesté en preguntarle.

—¿Qué tal anoche, hermanita?

—¡Ah! Pero, ¿te interesa mi trabajo? —Me crucé de brazos.

—Sabes que sí, soy tu hermano mayor, me preocupo por ti.

—Ayer no lo parecía. Tu mujer estaba atacándome y tú, callado como un muerto.

—Ariadna, hija, tengamos la mañana tranquila —me pidió mi madre.

—Es que no puedo, de verdad que no. ¿Cuándo piensas abrir los ojos, Chus? ¿No te das cuenta que es una bruja?

—Es mi mujer, no hables así de ella —me miró, enfadado.

—Desde luego, qué ciego estás. No sé qué tiene para que estés como un perrillo detrás de ella. ¿Es una Diosa del sexo, o algo así?

—¡Ariadna! —gritó mi padre.

—Lo siento. Mejor me voy a preparar la bolsa para irme a casa de las chicas.

—¿Esa es tu vida, Ariadna? —escuché a mi hermano cuando iba por el pasillo—. De lunes a jueves, ejercicio por la mañana y vagar todo el día. Viernes, a trabajar de noche, y los sábados de copas con las otras dos, que tampoco van a madurar mucho.

—¿Qué acabas de decir de mí, y de mis amigas? —me enfrenté a él.

—Que no avanzas, Ari, no haces nada por tener el futuro que querías.

—Mira, gilipollas —lo señalé con el dedo—. De lunes a jueves salgo a hacer ejercicio, sí, pero el resto del día no vagueo, como dices, ayudo en casa y no se me caen los anillos. Los viernes, trabajo para ganarme la vida y poner mi negocio, no quiero que me regalen nada, como la perra de tu mujer, que le pagaron la carrera sus padres y entró de enfermera en ese hospital por los contactos de tu suegro. Y los sábados, salgo con mis amigas porque me da la gana, porque puedo y porque no le debo nada a nadie. No soy una amargada como tú, que vives amargado desde que Alicia pasó de ser tu inocente princesa, a la bruja mala del cuento.

—Ariadna, te estás pasando... —me dijo apretando los dientes.

—Si tuvieras ojos en la cara, te habrías dado cuenta hace años de que hay mujeres en el mundo que te harían mucho más feliz que esa con la que decidiste casarte.

—Hija, por favor —miré a mi madre, que me suplicaba hasta con la mirada, y por ella, solo por ella, me callé y no dije ni una palabra más.

Me giré dejando a mi hermano allí. Lo que me faltaba, que él también me atacara del modo en el que lo hizo su mujercita.

Lo quería, pero es que a veces le daría con toda la mano abierta para que espabilara, que buena falta le hacía.

Tenía tal mala leche en el cuerpo, que metí las cosas en la bolsa con rabia, me vestí con lo primero que cogí del armario y salí de casa de mis padres despidiéndome de ellos desde la puerta. No quería ni ver a mi hermano, ni estar allí más tiempo. Y, ¿dónde fui? Al refugio a ver a los perrillos.

En cuanto me vieron se lanzaron a mí, como si fuera una más de ello. Cómo me querían aquellos peludos, y lo que me calmaba estar con ellos.

Me hice varias fotos que subí a mis redes, les di de comer, les peiné y hasta nos dimos una buena carrerita por la zona de campo que tenían en la finca.

Mariana y su marido, Jorge, estaban encantados de verme por allí, igual que los chicos y chicas que trabajan en aquel lugar de manera desinteresada, diariamente.

Me despedí de ellos y fui hasta el barrio donde vivían mis amigas, pasé por la pastelería de la esquina de su calle y subí a verlas.

—Aquí está la modelo del momento, señoras y señores —dijo Andrea, abriendo la puerta—. Y, para variar, llega a mi casa oliendo a perrete. Ya he visto las fotos, esos animales te adoran —me dio un abrazo y un beso en la mejilla.

—Y yo a ellos, cuando necesito tranquilidad, voy a verlos.

—¿Qué te ha pasado?

—Chus, eso me ha pasado.

—No me digas más, anoche me contó Oli lo de tu cuñada. Qué mala es, de verdad, cualquier día se envenena, como se muerda la lengua.

—Pues mi hermano no se queda atrás.

Le conté lo que había pasado en casa y negó mientras me ponía un batido de frutas casero, le encantaba prepararlos.

—No le hagas caso, algún día abrirá los ojos y se dará cuenta de que se casó con la madrastra de Cenicienta.

—Huy, esa mujer a su lado hasta me parece buena. Aunque, espera, que no descarto que cualquier día le diga a mi hermano que quiere una mujer para limpiarle la casa y le dé por llevarme a mí. Ya me veo de rodillas sacando brillo a los suelos de su palacio.

—¿Palacio? Viven en un modesto chalé, no en la Zarzuela —rio ella.

—Pues por eso, pero como se creé la Preysler, pues...

Llegó Olivia, pusimos la mesa entre las tres y mientras comíamos, les puse al día de mi noche del viernes.

—¡Has ligado, Ari! —gritó Olivia, de lo más entusiasmada cuando acabé de contarles todo.

—No, mujer, que, si vuelvo a saber algo de él, será por temas de trabajo.

—Claro, y yo me voy a casar con Harry de Inglaterra —dijo Andrea.

—Ese, ya está casado con una ex actriz —arqueé la ceja.

—Pues por eso lo decía. Anda que...

—Madre mía, el hijo de Osvaldo, el presentador. Ahí es nada. A ver, ¿tenemos fotos del susodicho? —preguntó Olivia.

—Pues no, no me hice fotos con él —levanté las manos.

—Esta es tonta —contestó, mirando a Andrea, que encima asentía.

Olivia cogió su móvil y buscó hasta que dio con una foto en la que se veía a toda la familia.

—¡Madre mía de mi vida! Acabo de mojar las bragas.

—¡Olivia! —Le di un leve golpe en el brazo.

—No la riñas, que para una vez que no exagera. Joder, cómo está Alexis. ¿No tiene más hermanos, solo a Jaca? —preguntó Andrea.

—Pues no, solo a ella.

—Qué lástima. Oye, si no lo quieres para ti...

—Eh, que lo vi yo primero. Y sí, está bueno no, lo siguiente.

—Buenísimo. Con este no me cansaba de que me diera lo mío ni una noche. Bueno, quien dice noche... dice también de día.

—Olivia, te noto un poco falta de...

—¿Un poco, nada más? Cómo se nota que no vives con ella —se quejó Andrea.

—Y, aparte de guapo, que ya se ve en la foto —dijo Olivia—, ¿cómo es Alexis?

—Pues... es atento, se le ve una buena persona, y me escuchaba cuando le hablaba. Es simpático, agradable, sonrío y me contagia, y el modo en que me mira...

—Oli, trae la fregona que tenemos más babas de esta mujer en el suelo, que si hubiera pasado una familia de caracoles.

—Exagerada, no hay babas —dije mirando el suelo.

—Anda, pásate un pañuelito que se te cae, hija mía.

Acabamos las tres muertas de risa, tomamos café y los pasteles, vimos una peli y después

empezamos a prepararnos para salir.

Entramos a la ducha por turnos, yo fui la primera, y cuando las chicas vieron lo que iba a ponerme...

—Pues yo también me voy a poner ese modelazo, vamos —dijo Olivia.

—Anda, y yo. Esta noche salimos vestidas para matar —soltó Andrea.

—Hala, allá van las tres Marías —reí.

—Venga, a vestirse que os maquillo.

Eso hicimos, nos pusimos los leggings y unas camisetas negras, taconazos rojos, Olivia nos maquilló con los labios del mismo tono que los zapatos y así eran también los bolsos.

Al look a lo, Olivia Newton-John en la película Grease, le añadimos las tres el peinado y los pendientes de aro que lucía en el final de la película. Vamos, que íbamos las tres divinas aquella noche. Solo nos faltaba el cigarrillo.

Y entonces empezó a sonar la musiquilla de la canción, miré a Olivia y ahí estaba ella, moviendo las caderas.

—*I got chills they'r multiplyin'. And I'm losin' control.*

Comenzó a cantar, mientras Andrea y yo, nos partíamos de risa viendo cómo se movía.

Acabamos uniéndonos a ella, coreando aquel famoso “You’re the one that I want” y bailando como la joven Sandy, frente al macarrilla de Danny Zuko.

—Y ahora, foto para las redes, mis niñas —dijo Andrea, cogiéndonos a ambas por banda.

La subió con el siguiente mensaje:

“*Preparadas para irnos de marcha a Bali Beach Club*”

Pues sí, estábamos más que listas para salir aquella noche.

Se me pasó mi ex por la cabeza, a ver si veía la foto y la sonrisa que lucía yo en ese momento, y no solo porque me acompañaban mis amigas, o porque iba más que dispuesta a pasarlo fenomenal con ellas, sino porque me sentía feliz, esa era la razón.

Iba a disfrutar al máximo de mis amigas, de mis días con ellas, de esas salidas alocadas en las que acabábamos la noche con dolor de pies de tanto bailar, pero, sobre todo, no iba a dejar que mi ex, ni mi cuñada, ni mi hermano, ni nadie, me viera triste ni un solo día.

Es que me negaba a ello, vamos y, a quien le molestara verme sonriente y resplandeciente de felicidad, que se tapara los ojos, porque yo iba a seguir brillando, eso lo tenía más claro que el agua.

—¿Estamos listas? —pregunté, cogiendo mi bolso.

—Más que listas, así que, que se prepare el mundo que salen estos tres bombones.

—Modesto, baja, que sube Olivia —dijo Andrea, haciéndonos reír a las tres.

Esas eran mis amigas, y no las cambiaba por nada del mundo. Las quería así, con su sana locura, su manera de ser y de vivir la vida. Eran mi otra mitad en el mundo.

Capítulo 6



Y el taxi llegó a la puerta a recogernos para llevarnos al pulmón de la fiesta...

Esa noche nos tocaba ir a al Bali Beach Club, un sitio de marcha a pie de playa, vamos que la pista de madera y todo lo demás estaba en la arena.

Nos bajamos del coche y Olivia se encargó de pagar al taxista mientras nosotras, nos colocábamos bien los leggins, había que entrar como los Ángeles de Charlie.

Aquello era una pasada, todo lleno de antorchas y velas grandes, era un chiringuito precioso, además de estilo balinés.

Nos sentamos en un uno de los sofás que había sobre la arena y con una mesa de madera delante, eran de lo más cómodos, nos quitamos los tacones y pusimos los pies encima, aquello era vida.

No solía beber nada más que vino, pero como que me animé esa noche y me pedí un mojito, como las niñas.

—Me encanta esta canción —dijo Olivia, levantando la mano y moviéndose sentada. Sonaba “Tu vida en la mía”, de Marc Anthony.

—A ti todo lo que sea bachata y salsa te gusta —respondió Andrea, riendo y moviéndose también.

—Como a ustedes —le contestó haciendo un contoneo de hombros.

El mojito estaba que se bebía solo, vamos, que lo bebí casi de un asalto y me pedí otro.

Nos tiramos otra foto y para el Instagram, anda que no, que se viera el glamur que llevábamos esa noche.

—Ahora solo falta que aparezcan por ahí tres pedazos de tíos que nos dejen a las tres en bragas de manera fulminante...

—¡Olivia! —Le di un codazo escupiendo el trago que tenía en la boca.

—A no, a ella mejor que se aparezca el tío ese, ¿cómo era? —Hizo unos palillos con sus dedos, intentando recordar.

—Alexis, hija, Alexis —le dijo Andrea, mientras reía.

—Jo, mi Alexis, que corta se me hizo la noche —puse cara de tristeza.

—Y, ¿por qué no le pediste el teléfono cuando él te lo pidió a ti?

—¿Para qué? ¿Te piensas que le iba a escribir para decirle que me hubiera quedado en pelotas ante él y le hubiese dejado que me diera la gran noche como la canción?

—No mujer, para preguntarle cómo estaba, si tenía fiebre o si quería que le dieras el biberón, no te jode —soltó Olivia, causándonos una carcajada.

En ese momento sonó la canción “Vivir mi vida” también de Marc Anthony y nos pusimos de pie en el sofá, a bailar. La noche era nuestra y había que vivirla.

Y en ese momento, mientras mis amigas pensaban que un chico se paraba ante nosotros sonriente

por lo bien que lo estábamos haciendo, yo me quedé en shock. Era el mismísimo Alexis.

Me puse las manos en la cara avergonzada y, a través de mis dedos, vi como él sonreía y mis amigas le decían que se subiera al sofá a bailar.

Él, esperó que yo me bajara para saludarlo, pero estaba paralizada.

—Chicas, es el chico que os conté ayer que me acercó a mi casa —dije disimulando.

—¡¡¡Alexis!!! —gritaron a unísono, cómo si lo conocieran de toda la vida.

Y fue en ese momento que se bajaron a abrazarlo como si lo conocieran desde siempre las muy descaradas, pero él, estaba muerto de risa.

—Creo que a tus amigas les hizo más ilusión verme que a ti —dijo con las dos agarradas a su cuello, comiéndoselo a besos.

—Ni que lo digas —dije tragando saliva y sin bajarme del sofá.

—Niña, ven a abrazarlo que es lo mejor que vamos a poder tocar esta noche —dijo Olivia, sin soltarse del cuello mientras Andrea, se sentaba muerta de risa mirándome y haciéndome señas.

Me bajé negando y ya se soltó mi amiga y le di dos besos, él me los dio con mucho cariño, sujetándome por la cintura, casi me derrito.

—Siéntate, guapo, que al menos tengamos a alguien que nos alegre la vista —dijo Olivia y la miré a punto de matarla, no se callaba ni debajo del agua.

Se sentó junto a mí y al otro lado del sofá, frente a nosotros, las dos chicas.

—Y, ¿cómo tú por aquí?

—Hija, vino a buscarte —se metió Andrea, causándonos una risa.

—Eso os pasa por ponerlo todo en las redes, es fácil localizaros —murmuró él. Ahí mi antena de encendió y lo entendí todo.

—¡Qué mono! —exclamó Olivia, poniéndose las manos en la cara.

—Tú te callas ya —le advertí con el dedo, riendo.

—Bueno, bueno —simuló con sus dedos ponerse una cremallera en la boca, en plan de broma.

—Así que me buscaste en las redes —murmuré mirándolo y arqueando la ceja.

—Caí en la tentación —arqueó la ceja.

En ese momento mis amigas, en plan bromistas, se levantaron lentamente y comenzaron a irse, despidiéndose con la manita.

—No, por favor —dijo él, sonriendo.

—Nos la cuidas, ¿eh? —respondió en plan graciosa Andrea, mientras se marchaban las dos.

—Por supuesto —contestó sonriendo y yo estaba que me temblaban hasta las piernas.

Se giró mirándome y nos quedamos sentados de lado sonrientes, bueno él con esa sonrisa pícaro y yo con la de no saber que decir.

—Estás muy guapa —murmuró mirándome de esa manera que me hacía recorrer un cosquilleo por el estómago.

—No me mires así —me mordí el labio, frunciendo la cara.

—¿Por? —Apretó mi mano en un gesto de que estuviera tranquila, pero con esa sonrisa que ya para mí, la iba a bautizar como, la arrolladora.

—Me pones nerviosa —desvié mi mirada con gesto tímido.

—¿Te pareció bien que apareciera?

—Claro —sonreí.

—Me alegro entonces. Estaba tranquilo tomando una tapa en un bar de abajo de mi casa, vi de repente el post diciendo que veníais hacia aquí, se me encendió una luz y me dije que faltaba yo —levantó la ceja y volvió a sonreír.

—No te esperaba por nada del mundo.

—Lo imagino, pero oye, tus amigas bien contentas que se pusieron, porque hasta gritaron mi nombre —hizo un gesto de pensativo.

—Es que les dije que me llevaste a casa, que eras un chico muy amable que conocí en el evento.

—¿Solo eso? —carraspeó con esa sonrisilla.

—Claro —aguanté la risa ante la cara de incredulidad que puso, vamos que tonto no era.

—Algo más, seguro, esas sonrisas y esos gestos que te hacían... —Arqueaba la ceja buscándome la lengua.

—Lo reconozco, les conté que me acosté contigo —le saqué la lengua.

—¿Me drogaste y no me enteré? Espero que no me hayas hecho eso, al menos que lo disfrute —bromeó.

—¡No, joder! Para, que me estás poniendo nerviosa.

—¿Cómo de nerviosa? —Me metió el dedo en el costado haciéndome cosquillas.

—¡Para! —Le aguanté el brazo para que parara y me abrazó.

Un abrazo de esos entre risas, momento que aprovechó para darme un beso en la mejilla antes de soltarme. Madre mía, ese olor me había dejado más babeante aún, no podía controlar todas esas cosas que Alexis me hacía sentir y se me debía de notar muchísimo.

—De verdad te digo que fue un placer conocerte, me has caído muy bien.

—Tú a mí, también —contesté cuando levantó la mano para pedirle al camarero un mojito para mí y una copa para él.

—Tienes un perfil de Facebook de lo más divertido, hoy me pasé la tarde mirándolo, vamos que no me quedó un post por ver en tus últimos cinco años.

En ese momento me di cuenta que había visto hasta mi relación con mi ex con el que subía muchos estados ¡Qué vergüenza!

—¿Todo, todo?

—Se te veía muy feliz con él.

—Aquello es pasado.

—Lo es, pero se te veía feliz —sonrió arqueando la ceja.

—Qué pesado eres —protesté riendo.

—Es verdad que se te veía más niña.

—Bueno la foto más lejana con él, sería de hace dos años y medio, tampoco es que haya cambiado tanto.

—Se nota el cambio, en la mirada, en todo.

—¿Me has estado analizando?

—Un poquito —me hizo un guiño y dio un trago a su copa—. Por cierto, tienes unos posts buenísimos con las chicas, me reí con muchos de ellos.

—Estamos un poquito locas, pero un poquito de nada —reí.

—Y las tres encima del techo de tu coche haciendo el gesto de los monos, ver, oír y callar.

—Joder, no se te pasó ni una —aluciné con eso.

—Por supuesto que no, hasta más tarde repetí en ver algunas y justo en ese momento fue cuando pusisteis lo de que ibais al Bali Beach Club, me lo pusisteis muy fácil.

—Pero vamos, tenías mi teléfono... —Hice una mueca.

—Tienes razón, pero bueno, ¿no fue mejor la sorpresa?

—Fue impactante, te lo digo ahora que los mojitos me ayudan, me dejaste loca, si en ese momento me pinchaban no me lo creía.

—Eso me da por pensar que...

—No pienses tú tanto.

—¿No?

—No, que te temo.

—No creo que haya hecho nada por lo que tengas que temerme, además, siendo la hija del inspector me pensaría mucho hacer algo que no debiera.

—Qué exagerado eres —me reí.

Estuvimos charlando toda la noche y, cuando digo toda la noche, es porque vimos el amanecer, además, ese lugar era un veinticuatro horas, así que comenzaron a servir churros con chocolate y eso hicimos, tomarlos.

Se me había pasado la noche volando, fue increíble como el tiempo pareció que nos hizo una de las tuyas.

Me llevó hasta la puerta de casa de mi amiga donde nos despedimos con dos besos casi en la comisura de los labios, pero nada más, esa sonrisa era lo peor que llevaba, me daban ganas de comerla enterita, pero no, no sería yo quién diera el primer paso.

Capítulo 7



No tenía las llaves del piso de las chicas, tampoco sabía si estarían despiertas o no, así que me daba hasta apuro llamarlas o tocar el timbre, pero eso hice.

—¡Hombre! Aquí tenemos a la desaparecida —dijo Olivia, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Aún estás despierta? —le pregunté.

—¡Estamos! —escuché gritar a Andrea.

Fuimos a la cocina y ahí estaba ella, con la cafetera en la mano y tres tazas.

—Y yo pensando que cuando vinieras, traerías churros, porras, chocolate, unos donuts... no sé, algo —arqueó la ceja mientras servía el café.

—Lo siento, no caí y eso que me ha invitado a churros.

—La madre que te... Bueno, mira, da igual. Siéntate, y cuéntanos todo, pero todo, lo que hiciste anoche con ese pedazo de hombre.

—Yo no sé si quiero saberlo, que esta nos va a decir que Alexis, hecha unos polvos más mágicos que los del Copperfield, y nos morimos de envidia —contestó Olivia.

—Pues no, no os voy a decir eso, porque no sé cómo hecha los polvos.

—¿No te has acostado con él? —fue la pregunta que me hicieron a dúo.

—Qué sois ¿Las Grecas? —reí.

—A ver, que yo me entere —dijo Olivia, sentándose a mi lado—. Os dejamos solos, así como quien no quiere la cosa, para no molestar. Desaparecemos “toooda” la noche, y tú, ¿no te lo tiras?

—Pues no. Ni siquiera nos enrollamos. Eso sí, he pasado la noche más subida de toda mi vida.

—Vamos, que está la niña más caliente que el palo del churrero donde ha desayunado —soltó Andrea.

—Vale, no habéis tenido tema, pero habréis quedado en algo, digo yo.

—En nada —di un sorbo a mi café.

—¿En nada? Esta niña es tonta —se quejó Olivia.

—Algo te habrá dicho, ¿no?

—Nada, Andrea, no me ha dicho nada. Ni que me llamará, o que me escribirá. Nada. ¿Es que no entendéis mi español?

—Te habrá dado su teléfono, por lo menos.

—Pues...

—Tampoco se lo ha pedido hoy. Andrea, ¿qué hacemos con esta loca?

—Ta no tiene remedio. La hemos perdido.

—Sois un poquito exageradas, y cabritas.

—O sea, que el tío aparece ayer, por sorpresa, justo donde estabas tú, solo —recalcó Olivia—, y a ti no se te ocurre pedirle el teléfono. Desde luego, lo tuyo no tiene nombre.

—¿Y qué hago? ¿Me corto las venas?

—No, que no son horas de ver sangre —contestó Andrea.

—¿Por qué estáis despiertas, si puede saberse?

—¿Tal vez porque te estábamos esperando?

—Pues hala, a dormir todo el mundo —me terminé el café de un trago y me fui a la habitación que tenían libre en el piso, esa que siempre decían que era para mí, ya que los fines de semana que podía los pasaba con ellas.

Me puse el pijama, me desmaquillé y dejé caer mi cuerpo en la cama para dormir unas horas, no sin antes pensar en que Olivia, tenía razón.

¿Cómo coño no le había pedido el teléfono a Alexis? Si es que estaba tonta.

Y más cuando había pasado una buenísima segunda noche con él.

En fin, que no estaba yo muy lúcida que se dijera, pero ya me llamaría él, si quería algo más de mí, ¿no? O, al menos, eso esperaba.

Me desperté a eso de las dos, le mandé un mensaje a mi madre para decirle que no iba a comer a casa, que me quedaba con las niñas a pasar el día y me contestó que me esperaban para cenar.

Sí, a la cena tenía que llegar.

—Qué bien huele —dije entrando en la cocina, donde ya estaban Olivia y Andrea.

—Paella, recién hecha, del bar de la esquina.

—Por Dios, me encanta —reí.

—Y pan de pueblo, que la Manoli nos cuida que da gusto —dijo Olivia.

—Esa mujer tiene el cielo ganado. Tenemos que ponerle un monumento —contestó Andrea.

—Desde luego, como si fuera vuestra madre.

Nos sentamos a la mesa y pusimos la televisión de fondo, aunque poco caso le hacíamos, ya que la conversación se centró en las fotos que había estado subiendo Andrea la noche anterior. La de las tres antes de salir de casa tenía un montón de visitas.

Yo estuve pendiente del teléfono todo el tiempo, por si me llegaba algún mensaje de Alexis, pero no entró ninguno.

Sí, me llegó uno de mi hermano, que quería hablar conmigo para disculparse por lo que me había dicho el sábado. Un mojón iba a hablar yo con él, y menos en domingo, que estaba descansando.

—Es que esa arpía le tiene comida la cabeza de una manera... —dijo Olivia, cuando se lo dije a las chicas.

—Pues conmigo que no lo pague, que lo único que hice fue ser sincera. ¿No ve que solo quiero lo mejor para él?

—Mujer, si es que hasta que no se dé cuenta por sí solo de lo mala que es su mujercita...

—Andrea, que no lo va a ver en la vida —me quejé.

—Y esta mujer enamorada de él, hasta el tuétano —señaló a Olivia.

—¡Oye! De pobre mujer nada —se quejó—, que, si no supo ver que no era solo la amiga de su hermana, por ahí le pueden dar.

—Claro, que si llega un día en que te diga que le molas mazo, así, en plan Camilo Sexto, no se te cae la braga, ¿verdad?

—Pues no, porque yo no espero nada de eso. Estoy convencida de que conoceré a un buen chico antes de que acabe el año.

—Y yo también, nos buscamos un par de polis —dijo Andrea.

—Eso lo solucionamos rápido, yo hago casting entre los muchachos de mi padre.

—Huy, huy. Me pido a Fran —Andrea subió y bajó las cejas varias veces.

—Está casado, mujer de Dios —volteé los ojos.

—Mierda, es verdad. A ver... ¿Quién más hay soltero?

—Pues unos cuantos. Mira, un día de estos, tomamos café las tres juntas y vamos a ver a mi padre, así como quien no quiere la cosa, que, aparte de que le hará ilusión ver a sus niñas, nos damos una alegría para la vista con esos uniformes.

—Vale, ve agendando un día para tus amigas, que nos vamos de excursión a la comisaría —contestó Andrea, señalando mi móvil.

—¿Ahora somos colegialas? De excursión, dice. ¿Nos llevamos una mochilita? ¿Nos ponemos faldita de cuadros y dos coletas?

—Pues estaríamos monísimas así vestidas, Oli —respondió Andrea.

—Sí, para unos carnavales. Anda, déjate de excursiones, que yo trabajo en un local, no en mi casa, o en la calle, como otras —protestó.

—Hija, que tienes una hora para desayunar. No te quejes y calla, que nos vamos a la comisaría a ver al inspector más sexy de la ciudad.

—Andrea, que estás hablando de mi padre.

—Ya lo sé, ¿y? ¿No puedo decir que es sexy? Hija, que tiene sesenta años y alguna cana, pero está muy bien para su edad. Ya quisieran muchos. Si parece un actor de Hollywood.

—Sí, sí, igualito que Bruce Willis, mi padre —puse los ojos en blanco.

—Tu padre tiene más pelo.

—No puedo con vosotras —reí.

Tomamos café, vimos una peli comiendo chucherías y a las ocho me despedí de ellas para volver a casa.

Justo cuando yo entraba, salían mi hermano y su mujercita.

—Hola, hermanita —sonrió Chus, acercándose para darme un abrazo.

—Hola —le esquivé, pasé de largo y escuché a la bruja de Alicia decir que vaya modales tenía yo.

No me di la vuelta para decirle cuatro cosas, porque no quería discutir con esa mujer delante de mis padres, bastante tenían los pobres, la verdad.

Puse la ropa que me había llevado a casa de las chicas a lavar, fui a la habitación a cambiarme de ropa y cuando volví a la cocina mi madre me dio un abrazo.

—Tu hermano dice que no le has contestado al mensaje que te mandó. Tienes que hablar con él.

—Cuando se le quite de la cabeza esa tontería que le ha metido su mujer.

—Hija...

—Mamá, no quiero hablar de ellos, ¿vale? Estoy en casa con vosotros, quiero cenar en familia y acostarme. Mañana será otro día, ¿sí?

Mi madre asintió, puse la mesa y cenamos los tres viendo una película que estrenaban en televisión.

Nada más acabar, les di las buenas noches y me acosté.

Sin noticias de Alexis, que no me había enviado ni un mensaje, ni tampoco me había llamado, en todo el día.

Capítulo 8



Me estaba tomando un café en la cocina intentando volver a la vida, cuando me entró un mensaje que no esperaba, ya que era de Alexis, sí, por la foto que me saltó de su WhatsApp sabía que era él y a mí me entró de todo.

Alexis: *¿Cómo está la chica más bonita del mundo?*

Sonreí, no podía ser más mono, la verdad que no y ahora sí que guardaba su número por si se me borraba el mensaje, pues con mi suerte, me veía jalándome de los pelos.

Ariadna: *La más bonita del mundo no sé, pero estoy intentando volver a la vida con un café en mano.*

Esperé impaciente a que me contestara.

Alexis: *Me preguntaba si te apetecería pasar el fin de semana que viene conmigo, por supuesto, cuento con que el viernes tienes un evento al que por cierto me he encargado de que me inviten, pero luego podríamos hacer algo e irnos a algún sitio ¿Qué te parece?*

Pues me parecía la mejor propuesta del mundo, menos mal que no me veía, de lo contrario, sería una vergüenza que comprobara como aplaudía y hasta bailaba flamenco con un “ole” para mí misma.

Ariadna: *¿Dónde se supone que nos vamos?*

Alexis: *A un lugar que te va a encantar...*

Hala, me acababa de dar largas para no decirme a dónde, pero bueno, algo me hacía fiarme de él y me apetecía mucho conocerlo más, me encantaba ese hombre.

Me fui a correr un rato con los cascos escuchando música, no dejaba de pensar en Alexis y es que no dejaba de sorprenderme y si lo hacía, sería porque algo le debía de gustar.

No paraba de darle vueltas a eso de que se había encargado de que lo invitaran, el solo hecho de que se hubiera preocupado en que lo hicieran ya me parecía de lo más bonito, al menos había pensado en mí.

Y pasar el fin de semana con él... ¡Joder que emoción!

A mis padres no les iba a hacer mucha gracia, pero como en todo iban a confiar en mí, además, les bromearía diciendo que, si desaparecía o algo, solo tendrían que ir a buscar a la cadena televisiva, al padre de Alexis, o sea, al periodista Osvaldo y cogerlo por los huevos para que lo llevara hasta el hijo.

Nada, tonterías que una pensaba. ¿Por qué me iba a hacer algo? Bueno sí, que me lo hiciera, pero algo bueno y dándole alegría a mi cuerpo, como la canción de “Macarena”

Regresé a mi casa a ducharme y me puse a preparar una pasta a la carbonara, mientras escuchaba música y bailaba a ritmo de Marc Anthony. ¡Cómo me gustaba ese hombre!

En ese momento recibí una llamada de Alonso, mi ex, me quedé a cuadros sin entender nada.

—¿Qué quieres?

—Hola, Ariadna, necesito hablar contigo.

—¿De?

—Bueno, me gustaría quedar.

—Alonso no hay nada que tengamos que hablar, no entiendo tu llamada.

—Yo... estoy muy arrepentido.

—¿Ya te dejó la otra? —pregunté con un cabreo monumental.

—Llevo mucho tiempo pasándolo mal, me equivoque...

—Pues ahora apechugas con lo que hiciste, no voy a quedar y créeme que me da igual si estás arrepentido o no, no quiero que te acerques a mí, haberte pensado el daño que me hiciste.

—Sabes que fuimos muy felices.

—Sí, hasta que tú lo estropeaste todo dejándome por otra, y no solo eso, sino que llevabas engañándome un tiempo.

—Fui un canalla, yo te amaba.

—No, no me amabas, si lo hubieras hecho no me habrías engañado, eso no es amor, lo tuyo es puro egoísmo y no, no voy a quedar contigo, no eres ni la sombra ya de lo que un día sentí por ti.

—Ariadna...

—Alonso, te deseo que sea feliz.

Colgué la llamada, vamos, esto era de locos, ahora se arrepentía ¡Qué le jodieran! Cuando me lo hizo pasar mal no le importó y ahora me venía con que me amaba, no, no me amaba, nadie que ama es capaz de hacer algo así en la vida, es imposible.

Cuando llegaron mis padres a la hora de la comida se lo conté, se quedaron como yo, sin dar crédito de ello.

Aproveché para contarles lo del fin de semana con Alexis, mi padre no tardó en pedirme su teléfono por si pasaba algo, desde luego ya sabía yo que lo primero que iba a pensar era en ello, pero se lo di, sin problemas qué se lo di.

Después de comer cogí mi coche y me fui a casa de las chicas, Olivia llegaría más tarde, pero Andrea, sí que estaba y necesitaba un poco de charla.

—No me lo creo, primero lo del fin de semana con el bombón de Alexis y luego va y aparece el tercero en discordia pensando que lo ibas a perdonar y ya está. Pobre hombre, más tonto y no nace.

—Sí, no sé cuál de las dos cosas me dejó más impactada —me reí—, pero es que Alonso ya no me produce nada, ni asco, ya me es indiferente, como si nada tuviera que ver con mi vida, así que le den, que después de lo que me hizo no quiero ni verlo, no se lo merece, ahora que se joda y bien jodido —dije preparando un café para las dos. Mi amiga ni hizo el intento de prepararlo, estaba sentada en su cocina en shock por lo que yo le había contado.

Después de tomarnos el café salimos al supermercado, ella tenía que hacer una compra para la semana y la acompañé mientras charlábamos sobre ello, ya cuando regresamos estaba Olivia, a la que puse al día y al igual que Andrea, no se lo podía creer.

—Ahora que se joda ese desgraciado, vamos que le den bien dado —dijo en tono de enfado y es que mis amigas sufrieron mucho cuando me dejó y encima ni se inmutó cuando me dijo que llevaba tiempo con otra.

Me despedí de ellas y fui a mi casa a cenar con mis padres, así que estuve un rato charlando con ellos y luego me metí en mi habitación, me tentaban las ganas de mandarle un mensaje a Alexis, pero, por otro lado, no era capaz de hacerlo, como que prefería que fuese él, quien lo hiciera.

Capítulo 9



De nuevo martes, mis padres ya se habían ido a trabajar y yo, con mi botellita de agua en la mano, salía a mi rutina de ejercicios.

Música, el aire que se respiraba en el parque, la misma gente... y mis vueltas diarias para mantenerme en forma.

Volví a casa, me di una ducha y preparé una tortilla para comer, que acompañaríamos con una ensalada de pasta.

Le mandé un mensaje a las chicas a ver si querían desayunar conmigo, ambas dijeron que sí, y menos mal puesto que Olivia, ya había hablado con su jefe para hacerle saber que desayunaría fuera todos los días.

Nos encontramos en la cafetería cerca de la comisaría, y es que, ya que íbamos a vernos, pues le hacíamos una visita a mi padre.

—Buenos días —dije cuando las vi en la mesa, esperándome.

—Buenos días. ¿Qué tal lo llevas? —preguntó Andrea.

—Bien, no he tenido noticias de Alonso, y espero que así siga siendo, la verdad.

—Es que me parece increíble, pero bueno, nosotras vamos a centrarnos en Alexis, que es el que nos interesa.

—Eso —corroboró Olivia—. Ese hombre sí que merece la pena.

—Pues, a ver, que estoy nerviosa perdida. ¿Cómo me voy a ir yo un fin de semana con él?

—Pues yendo, hija mía. De verdad...

—Ya, ya, pero, es que no sé ni dónde me va a llevar.

—Chica, pues a la aventura, que esos son los viajes que molan —dijo Olivia.

—Vale, a la aventura —me encogí de hombros.

Seguimos desayunando y acabamos cogiendo un café para mi padre, la verdad es que cuando nos viera iba a alucinar un poco, si es que se nos iba la cabeza a las tres que daba gusto.

—Ariadna, qué bueno verte —sonreí al ver a Gerardo.

—¡Ay, mi Gerardito! —Lo abracé y él, soltó una carcajada.

—Gerardito dice... —murmuró Andrea.

—Así me llama esta chiquilla, ¿qué os parece? —les preguntó.

—Está loca, pero es que ya no nos la devuelven —Olivia se encogió de hombros.

—Tu padre está en el despacho, se alegrará de verte.

—Pues ahí que vamos, que hoy somos tres para darle guerra —guiñé el ojo.

Llamé a la puerta de mi padre y, al abrir, me quedé más cortada que todas las cosas.

—Lo siento, papá, esperaré fuera.

—Vale, cariño —sonrió.

—¿Por qué no entramos? —preguntó Olivia.

—Está reunido con un tío trajeado —murmuré.

Nos sentamos a esperar y, cinco minutos después, se abrió la puerta y ahí estaban mi padre y su visita.

—Hija, ven —me acerqué sonriendo—. Ariadna, este es Sergio, el nuevo subinspector de la comisaría.

—¡Ah! Encantada —le estreché la mano.

—Además, es sobrino de Gerardo.

—¡Gerardito! —escuché que gritaron las dos locas detrás de mí, y Sergio sonrió.

—Chicas, por Dios.

—Perdona —contestó Olivia.

—Así que vas a trabajar con mi padre.

—Eso parece. Y vosotras, ¿quiénes sois? —les preguntó Sergio a mis amigas.

—Olivia y Andrea, las mejores amigas de Ari. Encantadas de conocerte —contestó Olivia, porque Andrea, se había quedado más callada y quieta que un gato de escayola.

—¿Os veré mucho por aquí?

—Puede, nos gusta traerle café a su padre.

Sergio se acercó a Andrea y, con una sonrisa, le preguntó si estaba bien.

—¿Eh? Sí, sí. Yo... Sí, estoy bien.

—Bueno, pues ya nos veremos. Encantado de conoceros, chicas.

Le vimos marcharse y cuando Andrea nos miró, tanto Olivia como yo, arqueamos la ceja.

A nuestra amiga le había gustado aquel poli, y no era de extrañar, porque se le veía muy guapete. Cabello castaño, ojos verdes, un poco más alto que mi padre, así que estaría en casi el metro noventa, y lucía el traje de una manera que... Madre mía.

—¿Ese café es para mí?

—Sí, papá. Veníamos a verte un rato, pero nos tenemos que ir enseguida, a Olivia, se le acaba su hora del desayuno.

—Me alegro de veros, niñas. Estáis tan guapas como siempre.

—Tú sí que estás guapo, inspector —soltó Olivia.

—Andrea. ¿De verdad que estás bien, hija?

—Sí, Fernando, no te preocupes —contestó con una sonrisa.

—Le ha gustado Sergio, no hay más que ver la cara de boba que tiene.

—¡Olivia! No me ha gustado, si casi no le he visto.

—Huy, que no dice. ¡Qué valor! ¿De qué color eran los ojos?

—Verdes.

—Y no le ha visto —murmuré.

—Pues es un buen muchacho —escuché decir a mi padre—. Perdió a sus padres hace un par de años y ahora ha decidido pedir el traslado aquí, la única familia que le queda son Gerardo y su mujer.

—¿Está casado? —pregunté, y mi padre rio mientras negaba.

—No, tampoco tiene novia, y tiene treinta y siete años.

—Perfecto para nuestra Andreita —contestó Olivia, la otra estaba callada, mirando a las musarañas, como si no estuviera con nosotros—. Mira, ni “mu” dice, sí que le ha gustado, sí.

Charlamos un rato con mi padre y cuando nos despedimos, ahí venía Sergio sonriendo.

—¿Ya nos dejáis? Una pena, es bueno tener estas visitas por aquí.

—Ah, tranquilo, que vendremos más a menudo. Que tengáis buen día.

Salimos de la comisaría y Andrea seguía como en su mundo, vamos, que por mucho que dijera que no, ese hombre le había hecho tilín, tolón y las campanadas completas de Fin de Año.

Me despedí de las chicas, quedando en vernos al día siguiente de nuevo, y regresé a casa.

Cuando llegaron mis padres ya lo tenía todo listo para comer, así que nos pusimos a ello.

Estábamos acabando cuando me llegó un mensaje de Alicia, quería hablar conmigo y me pedía si podíamos vernos, pero como no me apetecía, la llamé en cuanto nos sentamos mis padres y yo a tomar el café.

—Dime, Alicia.

—A ver, quería verte, no que me llamas.

—Ya, pues lo siento, pero no voy a salir, tengo cosas que hacer —y en ese momento puse el móvil en altavoz, quería que mis padres fueran testigos de lo que tuviera que decirme semejante idiota, porque el tonito con el que me estaba hablando, ya me había puesto mala.

—¿Cosas que hacer? No me hagas reír, que no haces nada más que chuparles la sangre a tus padres.

—¿Perdona? —pregunté, y vi las caras de mis progenitores, vamos que estaban alucinando.

—Mira, da igual, tus padres no me importan —mi madre se quedó alucinando, vamos—. No voy a permitir que me hagas desplantes delante de tu hermano, es mi marido y no pienso consentir que le pongas en mi contra. ¿Quién eres tú para decirle que habría muchas mujeres que podrían hacerle feliz? No vuelvas a meterle tonterías en la cabeza.

—¡Las mismas qué no voy a consentir que le metas tú! —grité, dando un golpe en la mesa— Soy una mujer que trabaja para ganarse el dinero y poder montar su propio negocio, no me han regalado nada ni le estoy sacando el dinero a mis padres. ¿Sabes que me lo podían haber dado todo hecho, igual que a ti? Pero no quise, yo no soy una jodida enchufada como tú.

—Yo al menos tengo un hombre que no sale a buscar fuera lo que necesita. ¿Puedes decir tú lo mismo? ¡Ah, no! Tu novio te dejó por otra, y, además, creo que era bastante más madura que tú.

—¡Vete a la mierda! Y deja de meterle a mi hermano mentiras en la cabeza, o te juro que lo pagarás muy caro.

Colgué, con una rabia que me reconcomía por dentro.

—Vaya con Alicia... —dijo mi padre.

—Pues, así, siempre. No la aguanto más, y, o Chus pone remedio, o a mí me pierde para siempre.

—¿Qué le ha pasado a esa chiquilla? Con lo buena que fue siempre.

—Mamá, nos estaba mostrando una cara que no era, de eso no me cabe duda.

—Hija...

—Me voy a la habitación, necesito olvidarme de esa mujer.

El resto del día lo pasé en la cama, tumbada escuchando música, mandando mensajes a las chicas que me decían que pasara de mi cuñada, y mirando en las redes de las tres.

Me reí al recordar lo que me dijo Alexis, que había estado revisando todas mis fotos.

Cené poco y rápido y me acosté temprano, el miércoles esperaba ver la vida de otra manera.

Y sí, claro que la veía de otra manera aquella mañana de miércoles, y es que nada más volver de mis ejercicios mañaneros, recibí un mensaje de Alexis, dándome los buenos días.

Aquello ya me tuvo animada mientras recogía mi habitación, ponía ropa a lavar, guardaba otra y preparaba la comida.

No salí con las chicas, Olivia dijo que tenía mucho trabajo y Andrea salía a una sesión de fotos con una marca que la había avisado la noche anterior.

Pues nada, me bajé al super para hacer una compra y tener lo necesario para la comida del día siguiente.

Cuando volví me encontré a Chus en la puerta de casa.

—¿Qué haces aquí?

—Quería hablar contigo.

—Podrías haberme llamado.

—Ya, pero quería verte. ¿No puedo querer ver a mi hermana? Te echo de menos —dijo entrando con las bolsas que me había quitado.

—¿Quieres un café?

—Vale.

Se lo serví y guardé la compra, se quedó callado moviendo el café y, cuando acabé de colocarlo todo, me apoyé en la encimera cruzada de brazos.

—No sé qué le pasa a Alicia, pero ha cambiado.

—¡Hombre! Ya te has dado cuenta. Menos mal.

—Ari, por favor —me miró con una cara de pena, que me estaba dando hasta lástima verlo así.

—¿Qué te pasa?

—No sé qué nos pasa a nosotros como pareja. Ella no era así, jamás me dijo nada malo de ti, y ahora... Lleva unos años que no para de menospreciarte, y me mata, porque sois mis chicas, mi familia. A ti te quiero con locura, y a ella...

—A ella, ¿qué? —pregunté, después de un buen rato en el que estuvo callado.

—Que no la reconozco, Ari. Mi novia no era así, cambió poco después de casarnos.

—Yo siempre he dicho, y no me cansaré de hacerlo, que me tiene envidia y no sé el motivo.

—No debería, tiene todo cuanto quiere.

—Pues parece ser que no es suficiente. Mira, Chus, no quiero que vuelva a insultarme, ni a menospreciarme, así que no voy a ir a vuestra casa. Y, por favor, no me hables de ella.

—Está bien, pero, Ari, no quiero perder a mi hermana, ¿vale?

—Tranquilo, nos veremos a escondidas, como dos amantes —reí, nos abrazamos y ya se quedó en casa para comer, pues mis padres no tardarían en aparecer por la puerta.

Me pasé toda la tarde charlando con las chicas por videollamada, otras que tampoco entendían a mi hermano, pero es que hacía tiempo que él, había dejado de contarnos lo que le preocupaba, tanto a mis padres como a mí, y todo por culpa de Alicia.

Fue irse a vivir juntos como marido y mujer, y se perdió la esencia que tenía ese hombre.

Después de cenar con mis padres, me metí en la cama pensando en Alexis, estaba a unos días de irme con él, a pasar el fin de semana. Aquello era una locura, de verdad que sí, pero me sentía tan a gusto con él, que por eso me lanzaba a la aventura, como decían Olivia y Andrea.

Revisé las redes y acabé en la de Alonso, a ver por qué narices había ido yo a dar a ella y, para mi sorpresa, había quitado todas las fotos en las que estaba con su nueva novia.

Pues sí que le había dado fuerte, sí, porque, si había roto con ella definitivamente, borró todo rastro de su relación.

Me daba igual, ya no tenía nada que ver conmigo, así que le podían dar mucho por saco. Vamos, con lo feliz que estaba yo ahora, que salía con mis niñas y nos reíamos de todo. Antes también, pero como que era más libre desde que me había dejado el que decía que siempre me querría.

Sí, sí.

Capítulo 10



Iba de regreso a casa después de mis carreritas por el parque, cuando noté que me cogían por el brazo.

—¡Alonso! ¿Se puede saber qué haces aquí? Joder, qué susto —dije, tras quitarme los cascos, con la mano en el pecho.

—Te llevo llamando un rato y no me hacías caso.

—Voy escuchando música, joder.

—Ya veo. Tenemos que hablar.

—No, ya te dije que no hay nada que hablar. Vete, déjame vivir mi vida, bien claro me dijiste que te ibas con otra, ahora no vengas a buscarme.

—¡Joder, Ari! Me equivoqué, ¿vale?

—Haberlo pensado antes de meterte en la cama con otra.

Seguí mi camino a casa y ahí lo dejé, lo que me faltaba, que viniera a darme dolores de cabeza otra vez.

Una ducha, un buen desayuno, una paellita para comer, y saliendo a ver a mis niñas a la cafetería.

—Vais a alucinar —dije, sentándome en la mesa con ellas.

—¿Qué ha pasado?

—Alonso, que me ha abordado en la calle.

—Ese hombre es tonto. A ver, digo yo una cosa, ¿no será que le ha mandado la otra a tomar viento fresco y por eso vuelve a por ti? —dijo Andrea.

—Bien poco me importa, mira lo que te digo, de verdad.

—Bueno, pues nada, olvidemos a Alonsito, y hablemos de Alexis.

—Te queda nada para irte dos días con él. ¿Ya sabes dónde te lleva?

—Pues no, la verdad, pero bueno, a ver si mañana me dice algo.

—Vaya, no esperaba encontraros aquí —nos giramos las tres al escuchar esa voz, y ahí estaba Sergio.

—¡Hombre! El subinspector más guapo de la comisaría —dijo Olivia.

—Gracias —sonrió.

—¿Un café? —pregunté.

—Una oferta tentadora, pero vine a por uno para llevar, tengo bastante papeleo con el que ponerme al día.

—Claro, es lo que tiene llegar a un puesto de nuevas. ¿Mi padre está en su despacho?

—Sí, por allí andaba un poquito cabreado con algunos agentes.

—Pues nada, le pedimos un café doble. ¿Vienes, Oli?

Mi amiga me miró sin entender nada, hasta que arqueé la ceja y señalé a Sergio, que andaba

mirando mucho a Andrea, que se hacía la sueca trasteando en el móvil.

—Sí, así me pillo un bollo. Hoy necesito más azúcar que nunca.

Los dejamos a solas y desde dentro vimos cómo hablaban.

—Al subinspector parece que le gusta nuestra Andreita —murmuró Olivia.

—Eso parece, y es mutuo, que a la niña se le han subido los colores.

—Vamos a salir, que está buscándonos como un pollo sin cabeza.

Sergio nos acompañó a la comisaría y nos despedimos en la entrada, dónde Gerardo, mi Gerardito del alma, nos saludó con una sonrisa de oreja a oreja.

Entramos en el despacho de mi padre y sonrió al vernos a las tres, y es que a esas dos loquitas mías las tenía como unas hijas más.

Le conté lo de Alonso y se quedó pensativo, sin entender tampoco a qué venía que ahora me anduviera buscando para pedirme perdón y que volviéramos. Claro, clarinete lo llevaba, no pensaba regresar con él, jamás de los jamases.

Seguimos charlando con él y, cuando iba a despedirme, se puso en pie y me dijo que volvía conmigo a casa.

Dejamos a Olivia en el salón y a Andrea en casa y después nos fuimos a la nuestra.

—¿Has comprado pan, cariño? —preguntó cuando aparqué.

—No, pensaba cogerlo ahora.

—Ya lo llevo yo, espérame en casa —me besó la frente y fue a la panadería.

Cuando entré en casa empezó a sonar mi móvil, lo saqué y vi que era mi hermano.

—Dime.

—Hola, hermanita. ¿Hay comida para uno más?

—Claro, hice paella.

—Vale, pues cuenta conmigo, que como con vosotros.

—Ok. ¿Estás bien?

—Sí, tranquila. Te veo en un rato.

Fue colgar, y entrar mi padre, le dije que Chus vendría a comer y asintió, pero algo debía estar pensando porque puso una cara de lo más extraña.

Mi madre y mi hermano llegaron al mismo tiempo, la mesa estaba lista y tardamos poco en sentarnos a comer.

No fue hasta que estuvimos con los cafés, que mi hermano habló de lo que le pasaba.

—Creo que voy a darme un tiempo con Alicia.

—¿Qué has dicho? —Alucinada, así me había quedado.

—No es la chica de la que me enamoré, Ari. No sé qué pasa, qué nos pasa, pero ella no era así. Nunca tuvo malas palabras para ti.

—¿Y por eso vas a pedirle que os deis un tiempo?

—No, no es solo por eso, es... por todo. Últimamente discutimos mucho, y siempre por algo que no tiene nada que ver con nosotros.

—¿Y dónde vas a ir, hijo? —preguntó mi madre.

—Me iré a un hotel unos días, o me alquilo algo.

—Genial, le dejas a ella la casa —murmuré.

—Vente aquí, esta es tu casa —le dijo mi padre.

—No quiero ser una molestia, papá.

—¿Molestia? Mi hermano es tonto, ¿verdad? Mira, ¿Alicia está en casa ahora?

—No, tiene guardia todo el día.

—Pues ale, tú y yo vamos a por algunas de tus cosas antes de que te arrepientas.

—No le he dicho nada a ella.

—Déjale una nota, total, gritarte lo puede hacer por teléfono.

Reímos y sí, fuimos los dos en su coche a por algo de ropa que metimos en un par de maletas, lo del trabajo y algunas cosas más.

Cuando le dejó la nota en la mesa y la leí, le dije que añadiera un “sácate el palo del culo, bruja”, pero me dijo que eso sonaba más a mí, que, a él, y era cierto.

—¿Vamos a ver a las chicas? Les hará ilusión que les hagas una visita —dije antes de llegar al desvío para ir a casa de nuestros padres.

—Venga, pero les llevamos unos pasteles o algo.

—Te van a comer a besos, como entres con dulces en la mano.

—Entonces, dos bandejas de pasteles —soltó una carcajada, hacía tanto que no estaba así de a gusto con mi hermano, que me alegré de tenerlo de vuelta, aunque fuera solo un poquito.

En cuanto nos vieron a los dos en la puerta, Olivia se quedó alucinada. Esa chiquilla estaba colada por mi hermano y él, o era ciego, o idiota perdido.

Nos pusieron café y ahí que nos quedamos charlando y merendando hasta casi la hora de cenar, que nos despedimos de ellas y regresamos a casa con nuestros padres.

Aquel día había sido raro, mi hermano estaba de lo más pensativo y, que fuera capaz de dar el paso para alejarse de su mujer, era algo que ninguno habíamos esperado.

Viernes, y apenas a unas horas de que Alexis y yo pasáramos el fin de semana juntos.

—¿Sales a correr? —me preguntó Chus.

—Sí.

—Pues voy contigo.

Y sí, vino conmigo a hacer mis seis vueltas al parque, después desayunamos juntos y se fue a trabajar mientras yo me encargaba de la casa, como siempre.

Alexis me mandó un mensaje diciéndome que me recogía para ir juntos al evento, le dije que estaría esperándole y nos despedimos hasta la noche.

Mis padres y mi hermano llegaron puntuales, comimos y tras tomar el café, me fui al salón donde ya estaba Olivia esperándome.

—Aquí tienes tu smoothie de chocolate —dije, sonriendo.

—¡Ay, mi niña! Si es que vales tu peso en oro. Te quiero yo más...

—Anda, ve pensando cómo me maquillas, que, aparte del evento, voy a ver a Alexis.

—¡Es verdad! Venga, ve a que te arreglen la melena, ahora te veo.

Una hora después fue cuando me senté con Olivia, poniéndome en sus manos, para que me dejara guapa y radiante. Tenía que brillar desfilando, como decía Alexis.

—Bueno, ¿qué te pareció ayer ver a mi hermano?

—Muy bien, me alegré de que pasara la tarde con nosotras, pero, no estaba bien, ¿verdad?

—No os dije nada, porque como él no sacó el tema... Se va a dar un tiempo con Alicia.

—¡Qué dices!

—Lo que oyes.

—Madre mía, pues tiene que estar contenta.

—Le dejó una nota, no sé si lo habrá llamado ya o no.

—Pues vaya plan. Y, ¿dónde se ha quedado?

—Está en casa, con nosotros.

—Pues muy bien que hace. Así tu madre sigue manteniendo a sus polluelos en casa.

Reímos y siguió maquillándose, hasta que escuché mi nombre. Me giré y era mi cuñada.

—Bueno, la que faltaba —murmuró Olivia.

—¿Qué haces aquí, Alicia? Si no tienes cita, no te atienden.

—No he venido a que me atiendan, sabía que estarías aquí. Escúchame bien, no sé con qué cuento le habrás ido ahora a tu hermano, pero más vale que le digas que vuelva a casa. ¿Quién crees que eres para meterte en nuestras vidas?

—Para empezar, yo no le he dicho nada. Para seguir, nunca me he metido en vuestras vidas. Y, para terminar, si mi hermano se ha ido de casa sus razones tendrá. Creo que te dejó una nota, ¿no?

—Eres una niña consentida y sin respeto alguno por los demás.

—Bueno, bueno... Lo que me faltaba, que me vengas tú a mí a dar clases de moral ahora. Mira, sal de aquí, que no quiero ni verte ni oírte más.

—Dile a tu hermano que vuelva a casa, o se va a arrepentir. Le hundo a la vida, y a ti también.

—¡Se acabó! —Me puse en pie— ¿Quién te crees que eres para amenazarnos? Cómo ibas a hundirnos tú la vida, ¿eh? Vete de aquí ahora mismo, o te pongo una denuncia por acoso.

—Habla con tu hermano, porque si se le ocurre divorciarse de mí, le va a costar muy caro.

Y se fue, después de soltar sapos y culebras por la boca, salió de allí sin mirar atrás.

—Joder, qué genio tiene tu cuñada —dijo la jefa de Olivia.

—Lo siento, de verdad que sí —me disculpé.

—Tranquila, si hasta me he entretenido y todo, solo me faltaban las palomitas —reímos todas.

Olivia terminó de prepararme y dejarme divina, me despedí de ella y volví a casa, donde me encontré a mi hermano hablando a gritos por teléfono.

Sí, Alicia lo había llamado.

En cuanto acabó de hablar y le conté que se había presentado en el salón para recriminarme que había sido yo quien le comió la cabeza con a saber qué idioteces, me dijo que no me preocupara.

—Pero es que ha dicho que, si se te ocurre divorciarte, lo pagarías caro.

—No hagas caso de lo que diga, ¿vale? Esta noche tienes un evento, ¿verdad?

—Sí —sonreí, porque me gustaba que se interesara por mi trabajo.

—¿Necesitas que te lleve?

—No, tranquilo, me recogen.

—Vale, pues... A comerte la pasarela, preciosa —Chus me dio un abrazo y sentí un nudo en la garganta, tenía ganas de llorar, me había emocionado—. Eres muy buena en lo que haces, que nadie te diga lo contrario. Y, que sepas, que estoy muy orgulloso de que trabajes para poner tu propio negocio, de verdad que sí.

—Chus...

—No, ¿eh? No llores, a ver si me voy a enfadar. Además, se te estropearía el maquillaje, y capaz es Olivia de venir y darme una colleja por hacerte llorar, con el trabajo que le habrá costado dejarte así de radiante. Anda, ve a prepararte, cariño.

Me besó en la frente y fui a mi habitación, desde luego, tener ahí a mi hermano era lo que tantas veces había querido, pero tenerlo de ese modo, tal y como era antes de que la arpiá de su mujer cambiara.

Me puse algo de música mientras me organizaba y preparaba todo, deseando que llegara la hora de ver a Alexis, contando los minutos que faltaban aún para eso.

¿Dónde tendría pensado llevarme a pasar el fin de semana? Porque ni siquiera me había dado una pista.

Bueno, fuera donde fuera, estaría con él, y eso era lo que realmente importaba.

Capítulo 11



En la puerta de mi casa estaba Alexis esperándome para llevarme al evento tal y como habíamos acordado.

Me encantaba su sonrisa, esa con la que me recibió y metió mis cosas en su coche, esa con la que sentí un cosquilleo recorrer mi estómago.

—Y bien, ¿preparada para volver a brillar en la pasarela?

—Preparada para trabajar —me reí.

—No, esa no es la actitud —se rio mientras arrancaba el coche.

—Bueno, es un trabajo, pero lo daré todo.

—¿Cuántos cambios tienes hoy?

—Dos, hoy desfilamos muchas chicas y solo de una tanda.

—Lástima, con lo que me gusta verte —sonreía mientras conducía.

Llegamos al evento y Alexis, fue a saludar a unos amigos mientras yo me preparaba, este era de bañadores, así que tenía que cambiarme.

Estaba de lo más nerviosa en ese momento, se me había metido un pellizco en el estómago y no sabía ni cómo sacarlo, mira que inspiré y espiré veces, pero ni por esa.

Me puse un vestido encima y me fui al lado de Samuel, el chico de la música.

—Hola —sonreí—. ¿Con qué tema salimos hoy?

—Pues hoy con música latina —sonrió—. Te toca abrir con Maluma y su tema “Hawái”

—Lo haré a modo Tik Tok, con la de videos que vi... —bromeé.

—Mira no estaría mal —esbozó una risa.

—Y salgo despedida de por vida —volteé los ojos mientras me hacía señas de que comenzábamos en nada.

Me quité el vestido y me persigné, cosa que me miró con los ojos abiertos de no entender que me pasaba, le hice un gesto de negación rápido como que no se preocupara, que eran cosas mías.

Y en ese momento comenzó la canción y aparecí ante la atenta mirada de todos los allí presentes.

Llevaba unos taconazos impresionantes, pero bueno, yo los dominaba bien, así que ahí que fui con la cabeza bien alta y ese contoneo de caderas, mientras comenzaban los aplausos y hasta vitoreo por parte del público que se veía emocionado, sobre todo a ellos, de ver la poca ropa con la que desfilábamos.

Llegué ante Alexis, que sujetaba una copa y con la otra mano parecía que me estaba grabando un video mientras sonreía y me hacía un guiño, era tremendo, pero me encantaba que estuviera disfrutando de ese momento conmigo.

Terminé ese primer pase y fui a cambiarme rápidamente, en el siguiente salía con un bikini así que me lo puse y volví a esperar mi turno mientras me quedaba al lado de Samuel, como siempre

solía hacer.

Con las demás compañeras me llevaba bien, pero iba todo el mundo a su bola, en ese sentido había mucha frialdad, algo que siempre me llamó mucho la atención.

Salí con un tema que me encantaba “Flor pálida” de Marc Anthony, así que ahí fui de nuevo a comerme la pasarela como me dijo Alexis.

De nuevo al llegar a su altura volvía a grabarme con el móvil y cuando paré ante él, le hice un guiño a su teléfono con una sonrisa, ahí lo llevaba. Si se trataba de coquetear, yo estaba en el momento perfecto.

Terminé y me cambié, salí con la maleta y nos fuimos del evento, no tenía que hacer acto de presencia y mi trabajo esa noche había terminado.

—Has estado espectacular y la ropa de baño te queda impresionante —me dio un beso en la mejilla antes de arrancar el coche.

—Eso es con los ojos que me miras.

—Yo y todos los que estaban allí presentes —hizo un carraspeo.

—¿Se puede saber ya dónde vamos?

—Claro. Al ático más bonito de toda la ciudad.

—¡A tu casa! —me eché a reír.

—¿Qué te parece?

—Que me has engañado.

—¿Yo? —Se hizo el indignado con ese gesto bromista.

—Claro, me dijiste de irnos por ahí.

—Y por ahí nos vamos —sonreía—. Además, vas a disfrutar de la terraza con las vistas más espectaculares.

—Espero, espero —me reí.

Llegamos al edificio donde metió el coche en el aparcamiento de este, desde allí mismo cogimos el ascensor para ir a la última planta, esa en la que me quedé alucinando al descubrir que solo había dos viviendas y una era la suya.

—No me lo puedo creer —dije cuando entré y la amplitud que se veía solo en el recibidor era asombrosa.

Y el salón, madre mía, con esa terraza que cuando salí no me podía creer el jardín botánico que tenía montado en ella y es que estaba lleno de palmeras, hamacas y un jacuzzi, además de una mesa con seis sillones que se veían de lo más cómodos y una zona de minibar. Joder, estaba que no podía cerrar la boca.

Y la cocina... Aquello era impresionante, como su dormitorio al que no le faltaba detalle, ni el baño. También tenía dos dormitorios más y otro baño.

La casa era una monería, se veía que le iba bien la vida a ese hombre y todo eso era prueba de ello.

Me cambié en el baño, me puse cómoda, él también, dejé mis cosas en el salón y salimos a la terraza, sirvió dos copas de vino y puso unas patatas chips y algo de frutos secos.

Nos sentamos en un balancín que tenía, delante puso una mesa que había en un rincón y allí nos sentamos de lo más cómodos.

—Bueno, dime. ¿Cómo es que accediste a venirte conmigo? —Puso su mano en mi rodilla y la apretó en un gesto de cariño, pero a mí se me pusieron a revolotear todas las mariposas de mi estómago.

—Pues porque estoy loca —me eché a reír.

—No, mujer, pero bueno, me esperaba un no por respuesta.

—¿En serio?

—Totalmente —acarició mi mejilla mientras sonreía.

Y fue en ese momento en el que me hizo un gesto para que me levantara y me sentó de lado sobre sus piernas, lo abracé riendo, me había puesto de lo más ruborizada.

—Dame un beso —dijo sonriendo.

—No, me lo das tú si quieres.

—¿Y eso? —Arqueó la ceja y le giré la cara para que no me mirara.

—¿Por qué no quieres que te mire? —volvió a hacerlo riendo.

—Me da mucha vergüenza, me impones mucho.

—Venga, estoy esperando.

—Pues menos mal que estás sentado —reí.

—Te cuento tres para que me des el beso o te levanto y te llevo a mi cama ahora mismo y te atienes a las consecuencias.

—Eso no vale —me reí y me acerqué a sus labios para besarlos.

Y nos miramos sonriendo.

—¿Tanto te costó?

—Calla, no me digas nada.

—Dame otro.

—¿Te vas a pasar toda la noche pidiéndome besos?

—No lo sé —me miraba con esa intensidad que conseguía acelerar mi respiración.

Esas manos rodeándome por la cintura y mis caderas, por favor, estaba derritiéndome como un flan.

Los besos ya comenzaron a salir solos, entre juegos de miradas y sonrisas, me sentía como una niña pequeña llena de felicidad con Alexis, y es que sabía cómo conseguir que mis mariposas anduvieran medio desquiciadas.

Después de un par de copas me cogió en brazos y me llevó a su habitación, mientras yo gritaba que iba a llamar a la policía.

—Hazlo —dijo tumbándome sobre su cama y poniéndose encima de mí.

—Bueno, ya por la mañana, ahora no quiero —bromeé.

Y ahí fue cuando me besó de forma más pasional, donde nuestros fluidos salivares se mezclaron para dar paso a eso que nos encendió, poco a poco y con lo cual, se fue despojando de mi ropa, dejándome desnuda ante el rubor que sentía y como no, lo mucho que me imponía ese hombre.

Me tapó con las sábanas, después de él desnudarse y yo poder comprobar aquel cuerpo tan definido y cuidado. Era impresionante, además de que no tenía grasa por ningún lado, se notaba que también se cuidaba.

Volvíamos a besarnos desnudos, a la vez que sus manos iban acariciando cada recodo de mi piel, en esos precalentamientos que él se tomaba con calma y a mí me estaban encendiendo por completo.

Sus manos comenzaron a estimular mi zona, mientras su lengua recorría todo mi cuerpo. Me temblaban las piernas con aquella excitación que me había entrado y que no podía controlar, quería más, necesitaba llegar al orgasmo o iba a desfallecer.

Llegué y no tardó en penetrarme, sentí que todo volvía a lo de antes, excitada por completo y sin aliento, con la respiración entrecortada y los latidos a mil.

Si bien es cierto que notaba que estaba teniendo mucho tacto conmigo, me besaba, sonreía a

pesar de que su rostro no podía disimular eso que estaba sintiendo y que lo tenía de lo más excitado.

Cuando terminamos de hacerlo se quedó un rato dentro de mí, mientras nos besábamos, luego fuimos al baño donde nos dimos una ducha y, cómo no, terminamos haciéndolo de nuevo.

No me dejó vestirme, nos acostamos desnudos y me cobijó en su pecho.

—Mañana sí nos vamos... —dijo dejándome sin entender nada.

—¿Cómo qué nos vamos?

—No te mentí al decirte de irnos por ahí, quiero que veas y disfrutes de algo que desconoces.

—No te entiendo, háblame en español.

—Hasta mañana no lo sabrás —me besó la frente y apagó la luz.

—¿Me vas a dejar con la intriga?

—Por supuesto...

—Eso no vale —protesté.

—Claro que sí —me abrazó un poco más si podía. Madre mía, estaba flotando ante esos brazos y ese olor que era el mejor de los aromas para el olfato.

Y así fue como no sé en qué momento me quedé dormida con ese hombre que había conseguido que me abriera a él, como nunca antes lo había hecho de forma tan precipitada, pero es que me encantaba, realmente me causaba todo aquello que necesitaba para dejarme llevar.

Capítulo 12



Me desperté y lo escuché hablando por el móvil, me vestí y salí al salón donde estaba con un café y me hizo un guiño.

Salí a la terraza y no tardó en aparecer con dos cafés, tostadas y esa sonrisa que me desarmaba por completo.

—¿Cómo has dormido? —me dio un beso y se sentó a mi lado.

—Genial, la verdad es que bien.

—Yo llevo dos horas despierto, comenzaron a llegar mensajes de un trabajo de uno de los representados y lo tuve que cerrar.

—Lo siento.

—Para nada, es mi trabajo y que no falte.

—En eso tienes razón.

—¿Preparada para un fin de semana de lo más diferente?

—Qué me vas a llevar, ¿a la feria? —bromeé.

—Bueno, una atracción puede ser.

—Pero no vas a soltar prenda.

—Así es.

—Pues perfecto, no se diga más, que la suerte me acompañe —reí.

Desayunamos y nos fuimos de la casa, me sorprendió que llevaba bolsas de comida, parecía que había ido al supermercado, iba de lo más cargado.

Nos montamos en su coche y salimos de la ciudad, una hora después llegamos a un muelle lleno de embarcaciones y lo miré incrédula, pedazo de embarcación en la que nos metimos.

—¿Es tuya? —pregunté alucinando.

—De mis padres, pero es como si fuera mío —me hizo un guiño.

Estaba asombrada, era espectacular, no le faltaba detalle. Había una mesa impresionante con un sillón que cogía todo el alrededor de ella en la parte exterior y el interior otra pasada, cocina, salón, dormitorio y baño ¡La leche!

En mi vida me había subido a uno.

En ese momento me llamó mi madre para preguntarme como estaba, cuando le dije que estaba en un barco se asustó por completo, pero la tranquilicé ante la mirada de Alexis, que guardaba las cosas sonriendo.

Tras la llamada comenzamos a navegar hasta llegar a una zona de costa sola y calmada, era un lugar a donde la gente no podía llegar a pie, así que allí no había ni un alma, solos nosotros en medio del mar.

Entró a la cocina y salió con un poco de jamón y queso cortado, además de patatas chips. Abrió una botella de vino y sirvió dos copas mientras yo lo miraba enfadada porque no me dejaba

ayudarlo en nada.

—¿Me vas a tener aquí dos días sin hacer nada?

—Ni de broma, ya verás todo lo que harás —dijo de forma pícaro.

—Por esa cara veo que me vas a tener todo el fin de semana a cuatro patas —me reí.

—Yo no dije eso, pero oye, tampoco me importaría —me metió un trozo de jamón en la boca.

—Imagino que no —reí sujetando el trozo que se me iba cayendo.

Un poco después nos tiramos al agua para darnos un baño, estaba congelada a pesar del calor que hacía y no tardó en venir a abrazarme.

—Yo me quiero ir ya para arriba —dije temblando entre sus brazos.

—Si nadas un poco se te pasa.

—Y si tomo el sol también —sonreí entre esos besos que me iba propinando.

—Venga, nada un poco, se está genial.

—Nada tú, yo me voy al barco —dije soltándome y nadando hacia las escaleras.

—¡Cobarde! —gritó mientras yo subía.

Me giré una vez arriba y me quité la parte de arriba del bikini, enseñándosela en mi mano y comenzó a nadar hacia el barco a la velocidad de la luz, a la misma en la que yo me la volví a poner y corrí hacia el sillón donde me eché una copa de vino.

—Me has engañado y eso tendrá sus consecuencias.

—Claro que sí, castigada sin salir del barco hasta mañana —me metí una patata en la boca.

—Y desnuda también...

—¡No! —me reí.

—¿Qué no?

—No, Alexis, no.

—¿Qué te juegas que te desnudas antes de medio minuto?

—¿Medio? —me eché a reír nerviosa.

—O te lo quitas o ahora mismo te cojo en brazos, te llevo a la cama y te ato.

—Y llamo a mi padre y te cagas —solté a carcajadas.

—Te quedan veinte segundos...

—No me voy a desnudar.

—Te voy a atar...

—¡Alexis!

—Diez segundos.

—Te pienso abrir la botella en la cabeza.

—Pues peores serán las consecuencias.

—A mí no me amenes —agarré la botella y me cogió en brazos con tal fuerza, que casi me levanta en volandas.

Yo iba diciéndole de todo con la botella en la mano, obvio que no se la iba a partir en la cabeza, pero ahí que la llevaba mientras le soltaba todo lo imaginable.

Agarró unas cuerdas del cajón de un lado del exterior del barco, me llevó hasta el interior y me sentó en la cama.

—¡¡¡Ni se te ocurra?!!!

—¿No? Ya lo verás.

Lo mejor de todo es que fue a la cocina dejándome encerrada ahí y volvió con unos paños.

—Dame una muñeca.

—Mira que, si eres un psicópata de esos, ni de coña te la doy —reía a carcajadas.

—Todo es probable, lo mismo tú eres narcotraficante y no lo sé.

—Será por la vida de lujo que llevo —reí con más fuerza provocándole una carcajada—, pero vamos, que, puestos a analizar, sabrá Dios si tú lo eres.

—Todo puedes ser —me agarró una mano, le puso el paño y encima la cuerda que ató a la mesita de noche.

—La otra no, ¿eh? Además, estoy en alta mar. ¿A dónde me voy a escapar?

—¿Has probado el succionador de clítoris? —dijo cogiendo mi otra mano y haciendo lo mismo y lo peor que de la risa floja que tenía no me podía poner a intentar resistirme.

—No, pero me han hablado muy bien de él —dije observando mi posición que quedaba sentada sobre la pared de la cama y con las manos en cruz, vamos para verme.

Se levantó y cogió algo de su bolsa, casi me desmayo al ver el succionador en sus manos.

—¿Por las buenas o por las malas? —preguntó con esa sonrisilla que me ponía más nerviosa aún.

—Siempre por las malas —me eché a reír.

—Vale —lo dejó a un lado de la mesita de noche y jaló de mí para bajarme el bikini y lo sacó de forma fulminante.

—¡Alexis! Te juro que no te has llevado una patada de milagro.

—Yo una patada y tú un orgasmo, nada equitativo —se puso en medio de mí, sentado sobre sus piernas.

—No me vayas a poner eso.

—Si yo fuera tú, me relaja. Túmbate y pónmelo fácil.

—Necesito vino.

—Está bien —cogió la botella que yo había bajado y la puso en mis labios para darme de beber.

—¡Hijo de puta! —me salió del alma.

—¿Ya?

—No, quiero más.

Me dio otro trago y la puso sobre la mesita.

—O me lo pones fácil, o te lo pongo peor —sonrió poniéndome más nerviosa aún.

—No quiero probar eso, te lo digo muy en serio —cerré las piernas por encima de él, que estaba en medio.

—Vale, pues me voy y aquí te quedas atada, estaré arriba tomando una copa de vino. Cuando quieras, me llamas.

—Sal por la puerta, déjame aquí atada y te juro que comienzo a chillar y... Ah no, que nadie me escucha —me eché a reír, causando una carcajada en él.

—Lo tienes muy mal —hizo un gesto de ladeo, mientras aguantaba la risa, me encantaba porque tenía un humor buenísimo y todo lo hacía desde la broma, pero lo hacía.

—¿Podemos empezar de nuevo? —Puse cara de niña buena.

—¿Y qué me das a cambio?

—Muchos besitos y atenciones —me reí.

—Voy a soltarte con una condición, como arriba me la vuelvas a jugar te agarro y pruebas esto —señaló el succionador, se levantó, sacó una caja del armario y me lo enseñó— y esto, pero no tendrás forma de escaparte —la leche, ahora un vibrador, no me había visto en esta en mi vida.

—Capaz de haberlos usados con otra y yo coja algo raro.

—Todo está precintado, así que...

—¿Lo has comprado para mí? —Me hice la indignada.
—Para ti solita —me hizo un guiño.
—Venga acepto, suéltame.
—Te quiero desnuda arriba.
—No, en bikini que me puede entrar algo por ahí y coger una infección.
—No me engañas.
—Venga, de verdad que acataré todo —puse cara de pena.
—No te creo, desnuda y no hay negociación.
—Joder que desnuda es que me siento fatal.
—Pues no será porque no tienes un cuerpo espectacular —dijo soltándose y me tiró sobre la cama.
—¿Me has perdonado entonces? —Hice ojitos y me besó riendo.
—No, te dejo en prevención, a la más mínima...
—¡No lo digas! —Le puse mi mano sobre su boca y me la mordió sin apretar.
—Anda, vamos para arriba que voy a cocinar una paella —hizo un carraspeo.
—¡Ole esa paella! —Cogí la braguita del bikini, subí corriendo y me la puse.
—Te la estás buscando —dijo apareciendo con la paellera y todos los ingredientes en ella para prepararla.
—No, amor mío —dije acercándome a él y dándole un beso en la mejilla —. Joder hasta una vitro portátil, por favor, qué glamur.
—Anda baja, coge una botella de vino y sirve dos copas, haz algo que me tienes contento hoy —dijo riendo.
—Ahora mismo, jefe —me fui muerta de risa.
Subí con la botella y mientras él iba haciendo el fondo de la paella, yo me puse a abrirla, bueno, realmente lo que hice fue intentar abrirla, pero poco, nada, y ahí estaba Alexis, muerto de risa y yo peleando con el maldito tapón de corcho.
—Anda, dame —dijo acercándose y cogiéndola.
—Es que viene mal puesto, te lo digo yo —nada, fue decirlo y ya la tenía abierta y sin hacer fuerza ¡La madre que lo parió!
Sirvió las dos copas con esa media sonrisa y me hizo un guiño.
—Ya te vale, chulillo —me reí.
—¿A qué vuelves a dónde no debiste salir?
—¡Ole lo más bonito del mundo! —grité levantando un poco las manos en plan exagerada.
—Te la estás buscando... —respondió afirmando lentamente con esa sonrisilla que hacía que se me cayera la baba, la braga y la vida.
—Hagamos un trato —me acerqué a él, con la copa en la mano y andando en plan modelo, cosa que le hizo mucha gracia.
—Dime que trato, que tienes mucho peligro —me agarró por la cintura y me pegó a él.
—Yo, ¿peligro? —Me señalé haciéndome la indignada y me besó la frente.
—Tú —dio una palmada a mi nalga—. Venga, dime.
—Pues ya no hay trato —me encogí de hombro.
—Te estás ganando todas las papeletas —se reía, mordisqueando mi labio y se puso a remover el fondillo de la paella, que aquello estaba cogiendo un colorcito y olor que, ¡madre mía el plato que me iba a comer!
Me encantaba, era algo que notaba en todo momento, me gustaba todo de él, no le sacaba ni un

fallo, además, esos gestos que hacía hablando con su cara tan sensuales, ¡madre mía! Me tenía en una nube y lo peor de todo es que no éramos nada, no había compromiso, pero yo esperaba que fuera el comienzo de algo muy bonito.

La paella fue cogiendo una pinta increíble, nosotros ni hablábamos, nuestras miradas lo hacían y nos sacaba la mejor de nuestras sonrisas.

Teníamos tal complicidad, que parecía que nos conociéramos de toda la vida, como con mis amigas, que nos entendíamos sin hablar, era increíble.

Nos sentamos a comer y, joder, ya me terminó de enamorar. ¡Como le había salido!

—Me muero, acabo de enamorarme de ti —dije gimiendo con aquel arroz en mi boca.

—¿Ya? ¿Tan fácil? —sonrió arqueando la ceja.

—Así es —dije, cogiendo más.

—Verás cuando esta noche te haga la cena...

—Eso fue con segundas —lo señalé con el tenedor y con gesto de enfado.

—No, para nada —se reía—. Tengo ahí para hacer esta noche una cena espectacular.

—Más que esta paella, lo dudo —volví a gemir al meterme más en la boca.

—Muchísimo más —me señaló para que probara unas croquetas que había hecho el día anterior y que trajo en un táper.

—Joder, esto está... Ummm, delicioso —gemí ocasionándole una gran sonrisa—. Cásate conmigo, por favor —dije poniendo cara de súplica.

—Me tendrás que convencer un poco más para eso, que te lo estás currando bien poco —carraspeó.

—Uy, lo que me ha dicho —me puse la mano en la frente metiéndome en mi papel—. Encima que me vengo contigo el fin de semana y apenas te conozco.

—¿Apenas? Te la estás buscando —se reía.

—Dos desfiles y una marcha... —le saqué la lengua y seguí comiendo.

—Bueno, pero no es el tiempo es la intensidad.

—Sí, intenso eres un huevo y parte del otro, pero la realidad, es la realidad.

Me miraba con esos gestos y es que babeaba constantemente.

Tras esa jugosa comida nos fuimos a descansar a la cama, bueno, ya sé que lo de descansar no colaba, que a eso solamente no íbamos a ir.

Y no tardó ni dos segundos en cogerme y ponerme encima de él, entre sus piernas y agarrándome por las nalgas, noté su miembro de forma inminente.

—Creo que se te está hinchando —apreté los dientes.

—Pues alguien tendrá la culpa —me miraba de forma penetrante, sin perder esa sonrisa contenida.

—Ya lo pagué yo —me eché a reír sobre su pecho mientras acariciaba mi cabeza.

—¿Y quién si no? —Me abrazó fuerte—. Me encanta tu forma de ser, Ariadna, en las pasarelas tan firme, decidida, tan mujer y en la vida con ese lado juvenil, lleno de vida, inocencia...

—Habló el macho Alfa —reí en su pecho.

—Ya no te digo más nada —me echó en la cama, dejándome bocarriba y desprendiéndose de mi bikini.

Sacó una crema de su mesita y se la extendió en sus manos, las puso en mis pechos mientras miraba como mi cuerpo reaccionaba y el aire se me escapaba de los labios.

Fue bajando hasta mi zona íntima, dónde la acarició con lentitud y me penetró con los dedos, volví a soltar el aire y empecé a mover mis caderas, esas que paró en seco con su otra mano.

Puso su cara entre mis piernas y comenzó a absorber, mordisquear y lamer, mientras se ayudaba con sus manos, o me sujetaba para que no me moviera mientras me agarraba a las sábanas, aguantando esa excitación tan grande que tenía.

Llegué a un orgasmo entre chillidos de jadeos que se debieron escuchar hasta en la costa.

Me giró poniéndome a cuatro patas y me penetró, aún no había recuperado el aire, cuando ya estaba recibiendo esas estocadas que me volvían a poner de lo más subida.

Cuando terminé, caí bocabajo sin moverme, me mordió el culo y fue al baño.

Regresó y se tumbó a mi lado, abrazándome, así nos quedamos un rato dormidos.

Cuando me levanté me di cuenta de que eran casi las nueve de la noche, no estaba a mi lado, me duché y me puse una braguita con una camiseta larga. Subí y me encontré con una mariscada en la mesa y estaba haciendo unos gambones a la plancha.

—Joder, ¿todo esto trajiste? —dije cogiendo un langostino y metiéndomelo en la boca antes de ir a darle un beso.

—Por supuesto —me dio una palmada en el culo, pegándose a él—. ¿Has descansado?

—Mucho, se duerme genial en el barco.

—Me alegro muchísimo —volvió a besarme.

Cenamos con esa luz de la luna que alumbraba el mar y la verdad es que era una preciosidad, con esa música de fondo, un rebujo de muchos autores y canciones.

Tras la cena nos tomamos unas copas charlando y tonteando, me encantaba estar con él, entre sus piernas sentada, disfrutando de sus mimos y la manera de buscarme que tenía, era tan especial que me hacía vivir esto con mucha magia.

Nos fuimos a dormir y vuelta a hacerlo, esta vez me subí encima de él, dirigida por sus manos, esas que marcaban el ritmo y que hicieron que cayera ante él, sin fuerzas.

Capítulo 13



Desperté en medio de una excitación increíble, sus manos jugueteaban con mi clítoris y me penetraban a la vez.

—Buenos días —dije casi sin respiración.

—Buenos días, preciosa.

Y así fue uno de los despertares dónde terminé gritando en un gran orgasmo y luego lo hicimos de mil maneras. Me encanta ese hombre...

Subimos a desayunar con esos primeros rayos de sol, la verdad es que era uno de los amaneceres más bonito que había visto, en el mar, con un hombre como Alexis y con mi corazón latiendo por minutos.

Alexis era muy bromista, tenía una ironía que no paraba de conseguir que esbozara una sonrisa tras otra y lo que más pena me daba, es que ya se nos agotaba el tiempo y ese día, regresaría a mi casa. Joder, con lo bien que estaba aquí desconectada del mundo y viviendo una historia de lo más bonita.

Después del largo y relajado desayuno nos tiramos al agua, esta vez no la notaba tan fría como el día anterior y disfruté de un baño en el que no nos faltaron los abrazos, juegos y alguna que otra escena de lo más sensual.

Subimos al barco y nos pusimos a tomar una copa de vino con un queso que estaba riquísimo, ese hombre había llevado de todo, la verdad es que no le faltaba detalle ante nada.

Así estuvimos entre besos y charlas hasta que se puso a preparar la comida, madre mía, ese hombre tenía el cielo ganado, esta vez me sorprendió con una pasta con gambas y unos bocados de langostino. La verdad es que hasta el momento no le había sacado ni un fallo, creo que no lo tenía, parecía algo celestial y no de este planeta, un ángel que había caído en mis manos.

Por otro lado, me daba cosita que hoy nos volviéramos a separar, eso me causaba una tristeza tremenda, pero obvio que no le dije nada, yo solo me dejaba llevar por las pautas que él marcaba.

Tras la comida nos echamos un rato y de nuevo más sexo cargado de frenesí y es que así, me tiraría días y días con él. La verdad es que no hubo un momento en el que sintiera aburrimiento, todo lo contrario.

Y como no, en ese momento y sin darme cuenta, me colocó el succionador en mi clítoris y...

—Ufff —me salió ese soplo de aire al notar aquello que no me imaginaba que tuviera tal poder de placer.

—No me cierres las piernas —carraspeó, mientras notaba que me metía ese miembro en modo vibrador por mis partes.

—Eso no entra —dije casi sin aire.

—Sí entra —se le escapó una risita—, agárrate bien a las sábanas y no me cierres.

Y eso hice, agarrarme con fuerza mientras lo introducía y lo llevaba hasta el final a la vez que el

succionador me ponía mucho más excitada.

Grité de placer cuando aquel aparato comenzó a andar, madre mía, me retorció entre las sábanas y más, al notar su dedo en la entrada de mi culo con una especie de crema.

—Ni se te ocurra meterlo —dije entre jadeos.

—Tranquila que solo es para estimularte más —murmuró, mirándome de forma descarada.

Y fue cuando me corrí a chillidos y desgarrada de placer.

Me quitó el aparato y lo puso todo sobre la mesita de noche, me hizo poner de pie y echó mi cuerpo sobre la cama, bocabajo, con los pies en el suelo y levantó mis caderas para penetrarme, me temblaban las piernas.

Tras eso, nos echamos a descansar un rato, abrazados, mientras me besaba y mimaba haciéndome sentir de lo más especial.

Cuando nos despertamos comenzamos a navegar hasta el muelle dónde terminaba nuestra estancia en aquel nidito de amor en el que tan bien me lo había pasado.

Me llevó hasta la puerta de mi casa y me dio un beso en la mejilla, con esa sonrisa de dejarme con la incógnita de cuando nos volveríamos a ver.

—Me lo he pasado genial, gracias Alexis.

—Yo también, ha sido un placer salir a navegar contigo —me hizo un guiño y me apretó la rodilla.

—Nos vemos —sonreí bajándome.

—Claro...

Entré en casa y mis padres sonrieron al verme, estaban preparando la cena, así que les dije que iba a ducharme.

Cuando volví a bajar para cenar los puse al día de mi fin de semana y es que con ellos tenía una complicidad muy grande. Vale, no entré en detalles, ellos tontos no eran, pero no hacía falta, aunque sí que les conté el resto.

Nos pasamos la cena bromeando, mi padre solo decía que fuera con precaución, que apenas lo conocía y que no me dejara llevar por el corazón, que tuviera los pies en la tierra y, poco a poco, vería si era para mí o no.

Me metí en la habitación y me quedé asombrada al recibir un mensaje de mi ex, de nuevo dando la brasa. Le dije que, por favor, no me molestara más y que lo nuestro acabó, como él decidió, ni más ni menos.

Puse un poco de música en los cascos y revisé las redes, aproveché para subir algunas fotos que me había hecho en el barco, salía yo sola y eran preciosas, no tardaron en llegar los likes ¿La estaría viendo Alexis?

Me hacía muchas preguntas, era muy pronto para sacar conclusiones de lo nuestro, pero la verdad es que yo lo había vivido como si hubiera sido más prolongado en el tiempo.

La diferencia de edad me gustaba, ya que lo veía como un modo de protegerme y guiarme, no sé si me explico, pero me hacía tener una sensación que hasta ahora nunca había experimentado, mucho más hombre de lo que nunca había sentido a mi lado.

Además, su forma de tratarme, de hacerlo, de bromear, de cuidarme, cocinar, estar pendiente a que no faltara detalle, todo eso había sido la suma de algo que había vivido con la mejor de mis sonrisas.

Todo parecía un cuento de hadas, todo, desde el primer momento en que nuestras miradas se cruzaron ese día en el que yo me paré ante él, en ese primer desfile de la noche.

Capítulo 14



Después de un fin de semana realmente sorprendente, volvía a mi rutina.

Lunes, y tocaba empezar la semana.

—Buenos días, hermanita —Chus, me pasó el brazo por los hombros mientras me daba un beso en la mejilla.

—Buenos días. ¿Cómo estás?

—Bien, esperándote para ir a correr.

—¿Qué dices? Yo pensé que solo había sido cosa de un día.

—Pues no, voy a salir mientras esté aquí, me siento bien para estar un poco más relajado el resto del día.

—Me alegro. Oye, ¿qué tal con Alicia? —pregunté, mientras servía zumo para los dos y preparaba las botellas de agua.

—Se ha pasado el fin de semana mandándome mensajes, y como no le contestaba, me llamaba, pero no le hice caso. Le dejé claro el otro día que necesitaba tiempo.

—Bueno, pues a ver si se da por enterada.

Salimos y empezamos con los calentamientos hasta que llegamos al parque, donde fuimos, poco a poco, con nuestras carreritas. Más tarde, regresamos a casa.

Mientras él se duchaba y arreglaba para ir a trabajar, yo preparé el desayuno para los dos, lo tomamos juntos y una vez me quedé sola, me duché y me organicé con las cosas de la casa.

Se me pasó la mañana volando entre eso y la compra semanal, cuando quise darme cuenta ya estaban mis padres en casa para comer, mi hermano me mandó un mensaje para decirme que comía con un compañero.

Mis padres no dejaban de hablar de mi cuñada, y es que les había llamado también a ellos para preguntarles por Chus, pero mis padres la cortaron cuando empezó a decirles que su hijo se había vuelto en contra de ella. Ellos le dieron que, si su hijo había tomado una decisión, había sido por su propia cuenta y riesgo, así que a ellos no los metiera en sus cosas de matrimonio.

Me tomé el café con ellos y no dejé de mirar el WhatsApp en todo el tiempo, no tenía un mensaje de Alexis, tampoco me había llamado.

Fui a mi habitación a escuchar algo de música y relajarme, no quería comerme la cabeza, pero es que no dejaba de coger el maldito móvil y mirar, esperando un mensaje.

Escribí a las chicas a ver si estaban en casa y allí que me fui con ellas.

—Traigo chuches —dije, enseñando la bolsa de gominolas que había comprado en la tienda de la esquina.

—Pasa, anda, que traes una cara...

Olivia cerró la puerta cuando entré y fuimos al salón, donde estaba Andrea, terminando de subir algunas fotos en su Instagram.

—Aquí la amiga viene con una bomba de azúcar.

—¡Hostias! ¿Qué te pasa? —preguntó Andrea, dejando el portátil en la mesa.

—Que me voy a volver loca —me dejé caer en el sofá.

—¿Más? —preguntaron las muy puñeteras al unísono.

—Muy gracias.

—Hija, cuéntanos qué te pasa, o locas nos volveremos nosotras.

Les conté el fin de semana que había tenido con Alexis, y se quedaron de lo más sorprendidas, no era para menos porque anda que el barco en el que me llevó... tela.

—Y hoy no me ha escrito en todo el día.

—Mujer, estará ocupado —Olivia, me pasó la mano por la espalda.

—¿Por qué no le escribes tú?

—No, no. Yo no le escribo, me espero y ya.

—Claro, y hasta entonces, veo que te saldrán canas del estrés.

—Andrea, no exageres anda —me quejé.

—No, si no exagero, pero mira cómo estás, con una bolsa de gominolas.

—Es para las tres.

—Pues ale, vamos a hacer palomitas, sacamos refrescos y vemos una peli —Olivia fue a la cocina y volvió poco después con una bandeja.

Andrea puso una película y ahí pasamos la tarde y la noche, al final cenamos pizza mientras veíamos un par de películas más.

Cuando volví a casa, mis padres estaban acostados, pero no mi hermano, que seguía despierto viendo la televisión en el salón.

—¿Te has despejado? —preguntó abrazándome cuando me senté a su lado.

—Fui a casa de las niñas.

—Lo sé, mamá me lo dijo. Y también que te veía un poco decaída.

—No es nada.

Y ahí me quedé hasta que empecé a quedarme dormida, me despedí de mi hermano y fui a meterme en la cama.

Seguía sin saber nada de Alexis, y empezaba a sentirme mal, como si me hubiera utilizado solo para acostarse conmigo.

Preferí no pensar en eso, no debería ser alarmista, así que cerré los ojos para dormirme.

Pero el martes fue igual, no supe nada de él, y aquello me mosqueaba.

Las chicas no dejaban de decirme que le escribiera, pero no, no iba a hacerlo, no pensaba hacerlo, faltaría más.

¿No estaba tan interesado en mí? Pues que lo demostrara, que parecía que solo quería meterme en su cama y ya está.

Yo estaba agobiada, nerviosa, cabreada y cada vez que me sonaba el tono de mensajes en el móvil, pensaba que era él, y me daba una buena leche de realidad al ver que no le importaba una mierda.

Dejé lista la comida para mis padres y una nota diciéndoles que no comería con ellos, me fui directa a casa de mis chicas, necesitaba estar con ellas.

—Tú tienes cara de, “mi novio no me llama”.

—Hola a ti también, Andrea —entré en su piso y ella soltó una carcajada.

—Hija, sí que lo estás pasando mal, y todo por no escribirle tú.

—Es que no le voy a escribir.

—Claro, es mejor sufrir porque no se pone en contacto contigo. A ver, mujer de Dios, ¿y si le ha pasado algo? Qué sé yo, un accidente o algo.

—Me habría llamado.

—Sí, sí, igual está escayolado en plan momia faraónica, y te va a llamar —volteó los ojos.

—Me habrían avisado del hospital.

—¡Claro! Porque estás entre sus contactos de emergencia, ¿verdad?

—No.

—Escríbele, o te juro que lo hago yo.

—No, no voy a escribirle.

—Pues nada, esperaremos a que Alexis lo haga. Vienes a comer, ¿verdad?

—Sí.

—Hala, te ha tocado pelar patatas.

Cuando llegó Olivia, ya teníamos la comida en la mesa, al verme la cara supo que seguía igual que el día anterior, y no se le ocurrió otra cosa que decirme que nos íbamos a ir las tres esa tarde al centro comercial.

—Me apetece comprarme algún trapito —dijo, sonriendo.

—Eso, y lo lucimos el jueves por la noche tomando algo —añadió Andrea.

—Yo es que no tengo ganas de salir.

—Ya empieza como cuando la dejó Alonso.

—Olivia, no estoy igual.

—Ah, ¿no? A ver... Tienes cara de acelga, estás ojerosa, no quieres salir, hasta los ojos te brillan porque estás todo el rato aguantando las lágrimas.

—¡Joder! —grité, y acabé llorando.

Y así estuve un buen rato, soltando sapos y culebras porque me encontraba mal por culpa de Alexis.

Es que no me podía creer que me hubiera follado a su antojo y ahora pasara de mí.

No le tenía por un hombre de esa calaña.

Después de comer fuimos al centro comercial, las chicas se compraron unos modelitos divinos que decían que se pondrían el jueves, vamos que al final me iban a llevar con ellas a tomar algo.

Las dejé en casa y me fui a la mía, cené y me metí en la cama.

Mi madre seguía preocupada y yo capeaba el temporal como podía, diciéndole que solo era un poco cansancio.

—A robar vas a ir tú a la cárcel, hija —contestó saliendo de mi habitación.

Y vuelta a llorar, así me pasé un buen rato mientras tenía cada vez más claro que Alexis, solo había querido pasar un rato conmigo y nada más.

No le interesaba para nada.

Intenté quedarme dormida y no había manera, vueltas y más vueltas di en la cama hasta que al final, no sé en qué momento, me venció el sueño.

Capítulo 15



Era miércoles, había salido a correr por la mañana, a tomar café con las chicas en la cafetería cerca de la comisaría y visitamos a mi padre, incluso le llevamos un café a Sergio, el subinspector por el que Andrea estaba coladita, por mucho que lo negara.

Comí con ellas en el centro comercial, tomamos café y acabamos yendo a su casa a tener una sesión de belleza.

Vamos, que nos hicimos manicura y pedicura mientras veíamos películas y comíamos dulces.

Pero seguía sin saber nada de Alexis, y era el tercer día seguido.

—Tengo una cosa clara, si él no llama ni escribe, yo tampoco, así que, ya lo hará, y cuando lo haga, puede que sea tarde.

—Ari, no te adelantes que te veo venir...

—Andrea, no me adelanto, solo digo lo que hay.

Y lo que había es que no tenía noticias de aquel hombre con el que había pasado un buen fin de semana y que me había hecho sentir la mujer más especial del mundo, pero bueno, si él lo quería así, pues así sería.

Me despedí de las chicas asegurándoles que al día siguiente saldríamos a tomar algo, aunque al ser jueves volveríamos temprano a casa, ya que Olivia, tenía que madrugar para ir a trabajar.

Llegué justo para poner la mesa y cenar con mis padres y mi hermano, otro que seguía en casa, en su parón de la relación matrimonial.

Estábamos a punto de cenar, cuando sonó el timbre.

—¿Dónde está Jesús? —era la voz de Alicia.

—¿Qué haces aquí? —preguntó mi hermano, y en ese momento mi madre vino al salón.

—Se va a liar, mamá —dije, intentando ir, pero no me dejó.

—Deja que hablen, hija.

Hablar, lo que se dice hablar, no es que hablaran, porque desde que se encerraron en la habitación de mi hermano, tan solo se escuchaban los gritos de ella, y casi ni la entendíamos.

Yo estaba nerviosa, quería saber qué pasaba y mi madre no me dejaba ir a ver si estaba todo bien.

Una hora después, la escuché claramente desde el pasillo ir hacia la puerta.

—¡Te vas a arrepentir! Si me mandas los papeles del divorcio, te arrepentirás el resto de tu vida.

—No me arrepentiré de nada, llevo mucho tiempo aguantando tus desplantes, los desprecios a mi hermana, incluso a mis padres, y me callé porque te quería, pero se acabó, tendrás noticias de mi abogado.

Si me pinchaban en ese momento, no me salía ni gotita de sangre.

El portazo que se escuchó desde el salón, se sintió en casi toda la casa, lo raro es que no se

hubiera desencajado la puerta.

—Chus...

—Ari, déjalo, ¿vale?

Ni cenó, se encerró en la habitación y no le vimos más en toda la noche.

Me acosté pensando en Alexis, mirando su WhatsApp y no veía la última conexión. ¿Me habría bloqueado?

No sabía nada de él y, tres días así, la verdad es que era para mosquearse.

—Buenos días, hermana querida —Chus, me dio un beso nada más verme ese jueves por la mañana.

—¿Vienes a correr?

—Sí, me gusta esto de salir con mi hermana a hacer algo juntos.

—Pues venga, que hoy te he hecho una carrera a ver quién llega antes a la fuente.

Pasamos una hora haciendo ejercicio, y es que al no estar sola pues había aumentado mi tiempo de rutinas.

Regresamos para desayunar, él se fue al trabajo y yo estuve buscando qué modelito ponerme esa noche para salir con las chicas, tenía claro que iba a comerme la noche.

Bueno, solo una parte, pues me recogería pronto.

Les dejé la comida lista y salí con la bolsa para quedarme en casa de mis amigas. Nos vimos en la cafetería y fuimos a visitar a mi padre.

—Buenos días, Gerardo.

—Hola, Ariadna. Cada día estás más guapa, hija.

—Muchas gracias. ¿Papá y Sergio, están en su despacho?

—Sí, allí tienes a esos dos adictos al trabajo. Este sobrino mío, así no encuentra una novia.

—Tranquilo, que igual se la encuentro yo —le hice un guiño y él me sonrió.

Por suerte ambos despachos estaban uno al lado del otro, así que siempre sabían cuándo llegábamos.

—Aquí están las chicas del café —dije, abriendo las dos puertas a la vez, y ambos me miraron y soltaron una carcajada.

—Vais a mal acostumbrar a ese hombre, y el día que no le traéis café, se me muere de pena —dijo mi padre viniendo a por el suyo.

—Inspector, no exagere.

—No, si no exagero, pero te recuerdo que te veo todos los días pulular por estos pasillos a ver si vienen mis niñas.

—Tranquilo, subinspector, que le traeremos café cuando vengamos a ver a mi padre.

Ví que Sergio se acercaba mucho más a Andrea, mientras ella seguía más cortada que todas las cosas.

Nos quedamos un buen rato charlando con ellos, hasta que Olivia, tuvo que regresar al trabajo.

—Nos vemos mañana, papá —dije dándole un beso en la mejilla cuando nos despedimos.

—¿No vendrás a casa?

—No, como con las niñas y, como esta noche vamos a salir a cenar fuera y tomar algo, pues ya me quedo a dormir en su casa.

—Vale, divertíos y tened cuidado.

—Sí, papá —coreamos las tres haciendo que tanto mi padre como Sergio, soltaran una carcajada.

Y mientras Olivia volvía al salón, Andrea y yo, paramos a comprar la comida, no teníamos

ganas de cocinar.

—Sergio te hace ojitos —le dije cuando íbamos de camino para casa.

—¿Qué dices? Tú ves mal, ¿eh?

—No, hija, no, veo divinamente. Anda, confiesa, te gusta el subinspector, a que sí.

—No diré nada, si no es en presencia de mi abogada.

—¿Tienes de eso?

—Claro, Olivia.

Me reí, porque desde luego que, si nuestra Oli hubiera estudiado derecho, sería una abogada de aúpa.

Llegamos a casa y preparamos todo esperando a la tercera en discordia, coloqué la ropa de mi bolsa en la habitación y me quedé mirando el móvil.

—Sigues sin saber nada de Alexis, ¿verdad?

—Nada, y no sé qué pensar. Bueno, sí, que me folló y punto.

—¿Por qué eres tan cabezota y no le has escrito tú?

—Porque me gustaría que fuera él quien lo hiciera, no creo que sea malo, ¿no?

Empecé a llorar como una tonta, me sentía ya tan mal y tan cabreada, que quería dejar de pensar en él, pero era inevitable

Cuando llegó Olivia, comimos y tomamos café mientras veíamos una película, después empezamos a prepararnos para salir esa noche.

—Chica, esta noche ligas —le dije a Olivia al verla.

Se había puesto un vestido blanco de lo más sesentero, con lunares azul marino y tacones a juego, además, en la cintura llevaba un cinturón del mismo color.

—Una pena que no me vaya a ver tu hermano —se encogió de hombros.

—¡Anda qué no! Venid aquí las dos.

Nos hicimos una foto y la subí a mis redes, etiquetándolas, con un mensaje muy de nosotras.

“Sonríe, sé libre y disfruta de la vida”

Andrea se había puesto un vestido negro entallado y unas sandalias de tacón rojas, a juego con el bolso.

Yo me decanté por el mono que llevé como último look la noche que conocí a Alexis, vamos, que también es que yo parecía tonta, pero...

Salimos a cenar a uno de los restaurantes que había cerca del piso, nos pusimos moradas de comida y bebida mientras nos hacíamos fotos que subíamos a nuestras redes, dejando bien claro dónde estábamos y lo mucho que disfrutábamos.

—Y ahora, a tomarnos un mojito en el Bali Beach —dijo Andrea, mientras parábamos un taxi.

Allí acabamos las tres, que para ser jueves la verdad es que estaba aquello de lo más animado.

—Una cosa os digo, si se le ocurre aparecer a Alexis ahora por aquí, o cuando sea, le va a hablar su padre.

—¿Qué dices, Ari?

—Lo que oyes, Oli. No quiero saber de él, ahora mismo no. Estoy cabreada, y dolida. Unos polvos y ya, ¿eso fui? Pues hala, que se vaya con su santa madre, y culpa no tiene la mujer, fijate lo que te digo.

—Eso dices ahora, pero cuando lo veas...

—Cuando lo vea, Andrea, le van a dar un poquito por ahí mismo.

Y pasamos las horas bebiendo, y haciéndonos fotos que no dejamos de subir a las redes.

Bailando cada canción subidas en el sofá, en la arena y hasta en la mesa.

Vamos, que estábamos las tres ya de lo más contentas.

—Ariadna, ya habéis bebido bastante —me giré y ahí estaba mi hermano.

—¿Qué haces aquí? —dije, con la lengua de trapo porque sí, parecía que se me había subido un poquito el alcohol.

—Venir a recogeros. Anda, vámonos.

—¿Ahora eres nuestra niñera? —le preguntó Olivia, poniéndole un dedo en el pecho, y casi se cae de lo bebida que estaba.

—Anda que, vais finas.

—Finas... Filipinas —soltó Andrea, y acabamos las tres muertas de risa.

—Madre mía, a ver, vosotras dos —nos señaló a Andrea y a mí—, quedaros aquí, que ahora vuelvo. Voy a llevar a Olivia al coche.

—Sí, señor —hasta el saludo militar le hice, y me dejé caer en el sofá.

—Se ha enfadado —dijo Andrea, cuando lo vimos irse, llevándose a Olivia en brazos.

—Lo ha mandado mi madre —aseguré—, o mi padre, que es policía y lo mismo me tiene muy vigilada.

—Estamos un poquito borrachas, Ari.

—Un poquito, sí.

—Vamos, chicas, al coche —miramos a Chus, que había vuelto y nos cogió a ambas, a cada una de un brazo.

—¿No vas a llevarnos en brazos, Chusito? —le preguntó Andrea.

—Anda, tira, que todavía te dejo en tierra.

Llegamos al coche y vimos a Olivia en el asiento del copiloto, miré a mi hermano con la ceja arqueada, pero se hizo el sueco.

Y desde que subimos a su coche, no recuerdo nada más de aquella noche.

—Dios, me va a estallar la cabeza —dije el viernes entrando en la cocina, donde estaban las chicas y... — ¿Qué haces tú aquí, Chus?

—Me quedé para controlar que no os pasara nada.

—Ha dormido en el sofá —aseguro Olivia.

—O sea, que nos hiciste de niñera anoche. Espera, ¿tanto bebimos?

—Sí hija, y porque no tenían floreros decorando que, si no, habríamos acabado hasta con el agua.

—Andrea, qué exagerada eres, madre mía —se quejó Olivia.

—¿Exagerada? Mira, en cada foto llevamos una copa diferente. Ni sé las que nos tomamos.

—¿Estabais ahogando las penas en alcohol? —preguntó mi hermano.

—¿Y tú por qué fuiste a buscarnos, si puede saberse?

—Me lo pidieron mamá y papá, estuve viendo tus redes y al ver cómo estabais...

—Madre mía, yo no vuelvo a beber —aseguró Andrea, mientras se tomaba el café.

—¿Y tú por qué no estás trabajando, Oli?

—Me quedé dormida y cuando hablé con mi jefa, me dijo que me lo cogiera como día de vacaciones. Se lo agradecí en el alma porque no podía ni moverme.

—Pues qué bien, yo no voy hoy al salón a que me arreglen.

—Tranquila, que te ponemos guapa entre Oli y yo —contestó Andrea.

Siendo ya la hora de comer, prácticamente, pues ahí que nos quedamos los cuatro, hicimos una ensalada de pasta, unos filetes y listo.

Nos tomamos café, me di una ducha y las chicas me peinaron y maquillaron.

Chus me llevó a casa, mi madre me miró con los brazos cruzados y yo la abracé besándole la mejilla.

—Vaya tres, hija, vaya tres.

—Mami, se nos fue un poquito la mano con la alegría que teníamos.

—¿Un poquito? Menos mal que estaba tu hermano en casa, si no...

—No volverá a pasar, prometido.

—Más te vale, cariño, que no quiero sustos. Anda, ve a prepararte que en nada te tienes que ir a trabajar.

Y eso hice, encerrarme en mi habitación para empezar a vestirme para el evento que tenía esa noche. No tardarían en llegar a recogerme para llevarme al que sería mi nuevo destino.

Capítulo 16



Llegó el momento de ir a trabajar, tenía todo preparado en la maleta, y, como aquella noche debía quedarme haciendo acto de presencia durante la pausa entre un desfile y otro, había escogido un vestido rojo de satén, a la altura de las rodillas, con tirantes finos, escote en v y toda la espalda al aire. Uno de esos con los que desfilé hacía un tiempo, completando el look con unas preciosas sandalias de tacón negro.

—¿Ya te vas, cariño?

—Sí —sonreí abrazando a mi madre.

—Estás guapísima, hermanita.

—Gracias, Chus.

—Si necesitas que vaya a buscarte, me llamas.

—Tranquilo, la agencia me pone transporte siempre.

—Bueno, pero que sepas que estoy aquí, siempre y para lo que necesites.

—Lo sé —lo abracé y sentí ganas de llorar, pero las aguanté como pude.

—Adiós, hija, ten cuidado.

—Adiós, papá.

Salí de casa y ahí estaba el coche que me llevaba al evento.

Acabamos en las afueras de la ciudad, en una finca grandísima que ya estaba más que lista y preparada para que empezara el desfile.

Esa noche tocaba lencería, menos mal que era verano porque anda que no íbamos a ir ligeritas de ropa las cuatro, en plan, Ángeles de Victoria Secret's.

Me puse el primer modelo de la noche, que consistía en un body tipo trikini, de encaje negro y rosa oscuro, la parte de arriba iba sujeta con una tira fina que unía ambos pechos, toda la espalda al aire y la parte de la braguita era un culotte.

La verdad es que era de lo más sexy.

Fui hasta Samuel, que silbó nada más verme.

—Vais a volver loco al personal esta noche —sonrió.

—Anda, calla y no me mires así, que me pones nerviosa.

—Mira, la tímida Ariadna salió de nuevo. Niña, súbete ahí y cómete la pasarela como tú sabes.

—¿Qué música pondrás?

—Tú escucha, que es toda de lo más sensual —me hizo un guiño.

—Vale, pero dime cuáles son, porfi —puse carita de buena.

—Mira, la primera es “Fantasy” de Black Atlass.

—La he escuchado alguna vez, me gusta.

—Pues dale, tira para la pasarela.

Y me preparé para salir.

La zona estaba iluminada tan solo con las farolas que habían colocadas estratégicamente por el recinto, la pasarela solo se iluminaría cuando nosotras fuéramos a salir, en cuanto empezara a sonar la música, y así fue.

A la melodía de la canción se le unió el sonido como si de un chasquido de dedos se tratase, y empecé a caminar con la sensualidad que requería la canción.

«Moonlight and liquor, you make me sick.

Baby, don't tell me you wanted your Kiss»

Iba concentrada en la canción, sonriendo a los presentes, caminando con sensualidad, apoyando de vez en cuando la mano en una cadera o en la otra, y, cuando acabé de hacer un giro, sentí que se me caía el mundo encima.

Como aquella primera vez que nos conocimos, ahí estaba Alexis, mirándome, hasta que lo vi apartar los ojos cuando los míos se humedecieron por las lágrimas que se agolpaban en ellos.

No estaba solo, sino que lo acompañaba Fiama, una de las modelos con la que había trabajado en alguna ocasión y que no me llevaba demasiado bien, que se dijera.

La tenía abrazada, y eso terminó de matarme. Lo peor de todo fue esa sonrisilla triunfal con la que ella me miraba.

¿Habría sabido lo nuestro? Era obvio que sí, porque no tendría sentido que estuviera en esa actitud, regodeándose de estar en los brazos de mi Alexis.

«Are you really in love with me?

And you want my company?

Are you just tryna pull this fantasy?

Your fantasy, your fantasy»

Alexis acabó su copa de un trago y no me volvió a mirar. Me sentí tan mal, que a punto estuve de salir corriendo, pero, ante todo, era una profesional y debía seguir subida en esa pasarela y darlo todo.

Con las lágrimas queriendo salir, así fue como hice el camino de vuelta, sonriendo a los presentes y fingiendo que todo estaba bien, que yo estaba bien.

Mientras desfilaban Mónica, Maca y Luz, me metí en la habitación que me habían asignado como camerino y rompí a llorar como una niña pequeña.

Me había roto por completo. Me mataba verlo con otra, abrazándola como si no hiciera unos días que me había tenido en su cama, haciéndome cuanto quiso.

¿Se podía ser más miserable que él? Presentarse aquí, con otra, para restregarme en la cara que no significué una mierda para él.

Me miré en el espejo y tenía los ojos rojos, al menos el maquillaje que me aplicaba Olivia era de ese waterproof, porque de lo contrario, tendría ahora unos churretes de rímel por la cara, que no me dejarían ni salir a desfilas.

Pero tenía que hacerlo, como decía la canción, el show debe continuar, siempre debe continuar, por muy jodida que una esté.

Me bebí una botella de agua para tranquilizarme, me puse el siguiente modelo y salí a comerme la pasarela.

—¿Cuál, toca, Samuel? —pregunté, para mentalizarme de cómo debía moverme delante de ese miserable.

—“Lie to me”, también de Black Atlass.

—Genial. Pues dale al play, que voy a brillar.

«Tell me you've never seen him now.

I don't want to know»

Caminé decidida, la pasarela se iluminó y dejé que la música me invadiera mientras me concentraba en mantener la sonrisa, hacer que los presentes miraran atentos cada movimiento y vieran bien el conjunto.

Es que me encantó, por cierto.

Sujetador y tanguita rosa con lunares blancos, los bordes con una cinta blanca y ribete negro. En el sujetador, un lazo negro en el centro del escote y otro en cada tirante. Además, unas medias blancas con la parte de arriba rosa, y mis sandalias negras.

De nuevo él, abrazando a esa mujer que me miraba con la sonrisa más perversa que le había visto en la vida.

No podía, no podía seguir haciendo como si no pasara nada, aquello me estaba matando.

Alexis ni me miraba, estaba concentrado en algún punto del recinto, pero no se atrevía a mirarme.

Continué el desfile, con la mejor de mis sonrisas y luchando porque no se me saltaran las lágrimas.

Nadie de los que me observaban sabía que por dentro llevaba una pena terrible, pero estaba aquí, caminando y seduciendo con mis gestos, miradas y sonrisas a cada uno de ellos.

«Babe I'm sorry.

If I get too honest.

But don't let them

Break your heart»

Volví al camerino y lloré de nuevo, y es que no merecía estar pasando por esto. ¿Por qué demonios había venido? ¿Para qué lo viera con otra?

No, no me merecía eso.

Tocaba salir y hacer acto de presencia, tenía por delante dos horas hasta que tuviese que desfilas de nuevo, así que me puse el vestido y fui directa a la barra.

—Una copa de vino, por favor —pedí, porque realmente la necesitaba.

Miré hacia donde estaba Alexis y la vi a ella en actitud de lo más cariñosa, como si hiciera tiempo que se conocían.

Sonreía mirándolo, mientras le acariciaba el pecho con una de sus asquerosas uñas.

—Bruja... —murmuré dando un sorbo a mi copa— Ojalá tropieces y te partas un tobillo.

—¿Qué le pasa a la chica más bonita de este lugar?

Esa voz, tan conocida para mí, fue mi salvación. En ese instante me sentí como un barco a la deriva que ve la luz del faro más cerca de lo que pensaba.

—Max... —Lo abracé y no pude evitar que se me escapara alguna lágrima.

Maximilian, Max para los amigos, era el dueño de una de las agencias de modelos más importantes del país, y, desde que le conocía hace años, no dejaba de insistir en que me fuera a trabajar para él.

A sus cuarenta años, era un hombre de lo más atractivo y muchas mujeres querían ser las afortunadas que consiguieran casarse con él, pero eso no entraba en los planes de mi queridísimo amigo.

—¡Ey! ¿Qué te pasa, bonita? —preguntó, cogiéndome la barbilla para que lo mirara.

Por suerte, al verme llorar, se pudo delante para que nadie más pudiera verme.

—Ahora mismo, me encantaría irme a casa —me secó las mejillas con sus dedos.

—¿Por qué? Aún te quedan dos pases.

—Lo sé, pero no estoy bien.

—Eso ya lo veo. Anda, vamos a una mesa y me cuentas.

Cogí mi copa de vino, Max puso la mano en mi espalda y fuimos a una mesa donde, durante hora y media, le estuve contando todo.

La noche que conocí a Alexis, que me llevó a casa, su visita sorpresa al día siguiente, que se molestara en querer estar en el evento de la semana pasada y el fin de semana que me hizo vivir a su lado y sentirme, por primera vez, especial.

—Y ahora está aquí, con otra, después de haberme ignorado toda la semana. Ni un mensaje, Max, ni una llamada.

—No me lo puedo creer.

—¿Cómo te crees que estoy yo? Si me pinchan, no sangro. Solo me quería para unos polvos y ya.

—Pues deja que te diga que, si solo te quería para eso, es que es gilipollas. Vales mucho, Ariadna.

—Parece ser que, para él, no.

Y de nuevo miré, como había estado haciendo cada poco tiempo, al lugar dónde estaban Alexis y Fiama.

Ella seguía con esa sonrisa triunfal y tonteando con él.

Volví a llorar, sin poder evitarlo, y me giré para que no me viera nadie más que Max.

—No llores, anda, que tienes los ojos a juego con el vestido —me cogió por ambas mejillas y me besó en la frente.

—Es que duele, duele verlo así con otra.

—Lo sé, bonita, pero tienes que dejar que te vea fuerte, no rota.

—Lo intento.

—No lo intentes, hazlo. Ahora vas a volver a tu camerino, te cambias para el siguiente pase y desfilas como si fueras la reina de este jodido lugar. ¿Me oyes? Y en tu último pase, te comes el mundo, no solo la pasarela. Quiero ver a la Ariadna que conozco cuando se sube a una de esas — señaló la pasarela— y no la que he visto antes.

—¿Se me ha notado?

—Para quien no te conozca, no, pero para los que sabemos cómo eres cuando estas en una de esas, sí.

—Vaya mierda, mi jefa me mata.

—Tranquila, que no te va a matar. Y, si te quiere despedir, ya sabes que conmigo no te va a faltar nunca el trabajo.

—No me lo digas dos veces, que me lío la manta a la cabeza y me voy contigo.

—A ver si te voy a tomar la palabra... —Arqueó la ceja y me hizo reír— Así me gusta, ver esa preciosa sonrisa. Por cierto, estás de un sexy en lencería, que me estaba poniendo malísimo — hizo el gesto de darme un mordisco y volví a reír.

—¡Bobo! —Le di un golpecito en el brazo.

—Pero te has reído, que es lo que quería —de nuevo, un beso en la frente.

Me acompañó por allí hasta la barra, donde se quedó y dijo que me quería ver desfilar como yo sabía.

—¿Me llevas después a casa, por favor?

—Claro que sí, bonita. Eso no se pregunta.

Pasé por delante de Alexis, a unos metros obviamente, y ni se dignó a mirarme de nuevo. Ella

sí, y sonreía con esa mirada de bruja que tenía.

Volví a salir a comerme la pasarela y el mundo.

—Preciosa, estás de lo más sensual —me dijo Samuel, cuando paré a su lado.

—Va, dime qué me vas a poner para que salga ahí —sonreí.

—“Do it for me”, de Rosenfeld. Eso es sensualidad en estado puro, chica —me hizo un guiño.

La música empezó a sonar y, con la pasarela iluminada, salí a darlo todo.

Iba a hacer caso a Max, aunque me matara ver al hombre que me había hecho sentir y vivir el placer tres días seguidos.

«Show me how

Show me how you like it done

You're all mine

I'll make you feel like you're the one»

Me había quedado parada, mirando a un lado y otro, dedicando sonrisas y miradas de lo más sensuales a los presentes, mientras jugaba con el tirante de encaje del body que llevaba.

Era negro, la parte de los pechos de encaje unida por el cuello, la espalda quedaba al aire y tenía un más que pronunciado escote.

El cuerpo era de tela y la zona de las ingles tenía los bordes también de encaje.

Cuando empezó de nuevo la música, avancé por esa pasarela disfrutando de lo que hacía, de la música que me invitaba a ser sensual, seductora, y fue lo que hice. Seducir a los presentes con cada uno de mis gestos.

Vi a Alexis, me estaba mirando, pero al cruzarse nuestras miradas, apartó los ojos de nuevo y bebió de su copa.

«Say my name

I promise I'll love you if you do it

So do it for me»

Volví al camerino, me tomé una botella de agua y me puse el último modelo con el que saldría.

Ya no quedaba nada para marcharme y dejar allí a Alexis y eso que pensé que estaba empezando entre nosotros.

—¿Lista para un final apoteósico, preciosa? —me preguntó Samuel— Joder, estás para comerte y repetir —me hizo un guiño, sacándome una sonrisa.

—Venga, dime con cual cierro.

—Con, The Weeknd y su, “High for this”.

—Pues allá vamos, a cerrar por todo lo alto.

Le hice un guiño y salí con ese último conjunto. El sujetador era precioso, y es que el tirante de la parte derecha era ancho e iba cruzado por el pecho, uniéndose al izquierdo, de modo que solo tenía un tirante.

La parte de abajo era una tanguita que apenas cubría mi zona y tenía cuatro tiras finas que lo sostenían.

La verdad es que me iba a encantar lucir ese conjunto cualquier noche con las chicas.

«You don't know what's in store

But you know what you're here for me»

Desfilé como nunca lo había hecho, fui sensual, descarada, me gané más de un aplauso y muchas sonrisas, pero inconscientemente, buscaba una en concreto que no encontré.

Alexis seguía sin mirarme, abrazando a Fiamma y ella con su sonrisa.

«Don't be scared, I'm right here»

Vi a Max y no pude ni quise evitarlo, le dediqué la mejor de mis sonrisas, le hice un guiño y le mandé un beso enorme con ambas manos.

Me giré entre aplausos y volví por aquella pasarela hasta mi camerino, pero lloré, porque me mataba tener a Alexis tan cerca y no poder hablar con él.

En cuanto me cambié, salí de allí con mi maleta y vi a Max esperándome. Alexis nos observada, lo sabía, así que miré hacia él y sí, desvió la mirada por lo que nos estaba mirando.

—Esa sí que ha sido la Ariadna que conozco —Max me besó la frente.

—Puedes... —Miré a Alexis y vi a Fiama acariciándole la mejilla mientras él seguía manteniéndola sujeta por la cintura— Max, ¿puedes abrazarme y sacarme así de aquí, por favor?

—Ariadna...

—Por favor, no puedo soportar que haya estado toda la jodida noche abrazado a ella.

—¿Prefieres que piense qué te vas con cualquier tío que se te acerca en uno de estos eventos?

—Me da igual lo que piense, yo sé lo que soy, y eso no es una mujer a la que follar y después restregarle a otra en la cara.

—Lo que hago por mi consentida, madre mía —sonrió de medio lado, me sostuvo el rostro y me besó la mejilla.

Pero, por el modo en que lo hizo, a ojos de todo aquel que nos viera, parecería que me había besado en los labios.

Me abrazó por la cintura, cogió mi maleta y me sacó de allí.

—Gracias —dije apoyando la cabeza en su pecho.

Subimos a su coche y me llevó a casa, me dio un abrazo de esos que tanto necesitamos todo el mundo en un momento de nuestra vida, y volví a darle las gracias por haber estado conmigo esa noche.

Me despedí con un beso en la mejilla, entré en casa sin hacer el más mínimo ruido y tras cambiarme y desmaquillarme, me acosté.

Lo hice llorando, porque no había pasado una noche peor que esa, en toda mi vida.

El hombre por el que creía empezar a sentir algo, estaba con otra, había jugado conmigo y estaba con otra.

Capítulo 17



Me quería morir, literalmente, fue abrir los ojos e inundarse de lágrimas y encima con Fiamma, más fuerte no podía ser la cosa.

Llegué a la cocina y estaban mis padres y hermano, rompí a llorar nada más sentarme en la mesa.

—Hija... —Se levantó mi madre para abrazarme.

—Estoy hoy tonta, no hacedme caso.

—¿Qué te pasó?

—Mamá, que soy tonta y me creí a ese hombre, eso me pasó, que parece que la vida se empeña en que nada me salga bien.

—Ay Dios, hija —entonó preocupada.

—Hija, si te hizo algo...

—Papá, no, no empecemos, él no me prometió nada y fui yo la que me creí que... Bueno, da igual, está con otra.

—Hijo de puta —esbozó mi hermano.

—Hoy me iré con las niñas a pasar el finde, creo que allí pensaré menos.

—Yo me voy contigo, no me fio de ustedes.

—¡Chus! —eso me hizo reír.

—No me pienso quedar aquí solo y pasando la separación metido en el cuarto, así que, si te aguantan a ti, me tienen que aguantar a mí, somos un paquete.

—Haz lo que quieras —negué entre lágrimas que me salían a borbotones y es que estaba tocada y hundida, de esta no salía ni a hostias.

Tras el desayuno me di una ducha y volví a mi cuarto a preparar la bolsa con mis cosas, al salir ya estaba mi hermano con la suya esperándome, nos fuimos en su coche.

—Venga hermanita, que ese desgraciado ha perdido más que tú.

—No, él ganó, tuvo de mí lo que quiso y ahora, puerta. En fin, no puedo ser más desgraciada.

—No digas eso —apretó mi rodilla.

—Joder, era tan bonito lo que estábamos viviendo, que no entiendo cómo ahora de repente me borra como si nada hubiera pasado y encima me aparece con Fiamma, con ella precisamente para que el dolor sea más grande.

—Ari, por favor, no te pongas así, de verdad. Mira yo, divorciándome y aquí estoy, dándote ánimos, cuando mi historia no es de tres días.

—Ya, pero a cada uno nos duele más lo nuestro, aunque a mí me duela lo tuyo y a ti lo mío, pero joder, me quiero morir.

—Sí hombre, anda que yo te iba a dejar que lo hicieras —se rio.

Llegamos a casa de mis amigas y Andrea nos abrió sonriente, al ver mi cara, miró a mi hermano

y luego a mí.

—¿Has tenido noticias de Alexis? —dijo apartándose para que pasáramos.

—Sí, claro que las he tenido, es más, estuvo ayer en el pase y, ¡sorpresa! —sonreí con ironía—.

Abrazado a Fiama.

—¿¿¿Fiama, con la que te llevas fatal???

—Con esa misma.

—¿Y él, al verte?

—Como si no me conociera.

—Hijo de puta...

—Bueno, esta noche vamos a celebrar que mi hermana y yo, nos quitamos escorias de al lado —dijo Chus, sentándose en la cocina.

—¿Celebrar? Para celebrar estoy yo, aunque quiero salir y beberme hasta el agua de la playa.

—Ya me veo de nuevo de canguro —dijo Chus, causándonos una risa.

—Menos mal que apareció Max, el de la agencia de modelos que siempre me quiso para estar en ella y con él, pues como que pude estar mejor dentro de lo que cabe. Me acercó a casa y todo.

—Es tan mono...

—Sí, la verdad es que es muy buena persona.

—Pues, ya sabes...

—¡Andrea! —resoplé negando. Lo que me faltaba a mí, vamos.

Chus se reía con nosotras y la verdad es que me alegraba verlo más entero que yo, el pobre también estaba pasando por un momento de lo más desagradable.

Cogí el móvil, le tiré una foto a mi dedo haciendo una peinetita y la subí al Facebook con el siguiente texto.

“No es que te desee nada malo, pero digamos que, si te estás muriendo y necesita de mi sangre, te haría esto de la imagen”

Cuando mi hermano y mi amiga leyeron lo que puse, se echaron a reír, pero a más no poder.

—Como mamá lea eso, le va a sentar mal.

—Bueno, lo mismo se ríe como ustedes.

Comenzamos a preparar la comida entre los tres, mi hermano se puso a hacer una tortilla de patatas, Andrea a empanar filetes de pollo y yo una ensalada, al rato llegó Olivia.

—Hombre, tengo en mi casa al hombre más sexy del planeta.

—Menos mal que te das cuenta —murmuró él, entre risas.

—Me di cuenta hace mucho, pero hijo, eras casado y yo soy muy respetuosa —le hizo un guiño—. ¿Y esa cara? —me preguntó a mí, y Andrea, se puso a contarle la papeleta.

Vamos, que se quedó en shock, como todos los demás y es que no era para menos, la situación había sido de lo más inesperada y vergonzosa.

—Esta noche todos al Bali Beach a ahogar las penas —dijo Olivia.

—Otra que quiere beber —murmuró mi hermano, pasando la mano por su cara.

—Por cierto, me olía algo porque vi tu estado en Facebook y supuse por dónde iban los tiros.

—Pues verás lo que voy a poner luego —advertí, sonriendo con desgana.

—A darle bien fuerte y duro, que no se merece otra cosa —dijo Olivia.

—Eso, ustedes animadla —Chus, negó riendo.

—Por supuesto, para eso estamos sus amigas —dijo Andrea, sacando la lengua y poniendo las cosas en la mesa.

Mi hermano y Olivia, no dejaron toda la comida de soltarse indirectas, es más, decían que se

iban a ir juntos a dormir la siesta, cosa que Andrea y yo, nos mirábamos diciéndonoslo todo.

Y eso hicieron, fue terminar de comer y se fueron a la habitación de Olivia, como no, Andrea y yo nos tomamos un café y se nos ocurrió la genial idea de ir andando de puntillas a escuchar detrás de la puerta.

Hablaban en voz baja y tenían la tele puesta, con lo cual nos comimos un mojón y no escuchamos nada.

Nos fuimos al salón y nos echamos cada una en un sofá, sabíamos que esos dos se iban a terminar liando, vamos que si lo sabíamos.

Le tiré una foto a mis piernas cruzadas sobre el sofá, la subí al Facebook por supuesto con la frase de la discordia.

“Tranquilidad, que cuando le llegue el Karma, no tendrá donde meterse”

Nos echamos a reír, tal y como lo vio Andrea, le entró esa risa floja que no podía controlar, hasta yo me reí a pesar del sufrimiento tan grande que estaba pasando.

Nos pasamos la tarde de cháchara y a las siete fuimos al cuarto para ver si los chicos respiraban.

Llamé a la puerta haciéndole un gesto a mi amiga de sonrisa maléfica.

—¿Qué queréis? —preguntó desde el interior Olivia, riendo.

—Saber si respiráis, ni más ni menos —grité ante la risa de Andrea.

—En un rato salimos.

—Vale, que os follén —grité escuchando la risa desde el interior.

—Capaz y todo que hayan follado.

—Capaz —me eché a reír.

Un rato después apareció por la cocina mi hermano, cualquiera diría que se estaba divorciando porque no estaba en su mejor momento, no tardó en aparecer Olivia con la misma sonrisa.

Le bromeamos un poco, pero no soltaron prenda los muy cabrones.

Llamamos para que nos trajeran pizzas, lo de cuidarse ya era para otro día, así que cenamos mientras nos íbamos duchando por turnos para salir, eso sí, en taxi, pues beber íbamos a beber los cuatro.

Capítulo 18



Y ahí que llegamos los cuatro al Bali Beach Club, nuestro rincón favorito, al menos el de nosotras.

Mi hermano pidió directamente cuatro chupitos para arrancar motores, aunque yo, iba a necesitar beber directamente a gollete de una botella. Además, nos pedimos una copa cada uno, yo un mojito que era lo que mejor me entraba, ya que al alcohol le daba poco, pero últimamente parecía que por las circunstancias me estaba aficionando.

Nos bebimos esa ronda de chupitos y otra más, yo estaba sentada junto a Andrea y en frente Olivia y mi hermano, esos coquetos que parecían que estaban comenzando un romance.

Le di el móvil a Olivia, para que nos tirara una foto a Andrea y a mí con los dedos en V y en la otra mano la copa, la subí al Facebook con el siguiente texto:

“Unas ganan y otros pierden. ¡Ley de vida!”

Fue en ese momento cuando le di a subir y mis ojos no se lo podían creer, aparecían Alexis y Fiama, sí, ellos, andando por delante de nosotros y sentándose en la mesa contigua, de manera que quedaban delante de Andrea y de mí.

Por nuestras caras mi hermano se percató.

—Es el desgraciado ese, ¿no? —Hizo el intento de levantarse y Olivia lo frenó, yo ya estaba a punto de hacerlo también.

—No merece la pena, te juro que no, esto lo va a pagar muy caro.

—Es un hijo de la gran puta —dijo Andrea en alto para que se enterara, ya que nosotros quedábamos frente a ellos y mi hermano con Olivia de espaldas.

Vi cómo nos miraron y sonreí levantando la mano, la cara de Fiama de asco era brutal. Anda y que la jodieran.

Tenía una rabia y una desilusión que no podía con ella, la decepción con Alexis era tan grande, que no habría nada en el mundo que me la quitara.

Mis amigas no dejaban de rajar, bueno yo también, los estábamos poniendo finos y, lo peor de todo, es que estaban al loro de todo.

Alexis era incapaz de mantenerme la mirada esa que yo le echaba desafiante ante los ojos de Fiama, esa que me importaba una mierda, es más, no dejaba de mirarme y yo lo hacía peor.

Seguí bebiendo hasta que...

—Si tenéis cojones paradme, dejadme a mí.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó mi hermano cuando me vio levantarme.

—Quieto ahí.

Me fui a la mesa de ellos, me apoyé en el lado con las dos manos y los miré.

—Tú, pedazo de cabrón —dije señalándolo con un dedo y con la otra mano seguía apoyada— y tú, pedazo de cabrona —la señalé a ella.

—A mí, no... —dijo ella

—A ti te digo lo que me sale de los ovarios, más que nada porque aparte de fea, imbécil y calentona, eres la come babas, así que escuchadme con las orejas, como os vuelva a ver aparecer donde yo esté, os juro que vais a salir trasquilados. Y no es una advertencia, es una amenaza.

—Yo voy dónde me dé la gana.

—Mira, pedazo de perra, no me toques la moral, además, preocúpate porque este animal — señalé a Alexis— sonría, pues créeme que no lo he conocido tan amargado en la vida más que contigo.

—Ariadna...

—¿Ariadna qué? —le dije a él, con dos cojones.

—A mi chico no le hables así.

—Le hablo como me salga de los ovarios.

—Mirad niños —se puso a mi lado Andrea—. Tú —señalo a Alexis— eres el tío con menos huevos que he conocido y tú —señaló a Fiamma—, la recoge basura más grande de este planeta, frustrada, que eres una frustrada y como os de por perseguir a Ariadna, os juro que os voy a poner bonitos en las redes y como seguidores tengo un huevo, veréis como vuestras caras con burlas se vuelven virales. Vámonos —me hizo un gesto con la cabeza—, estos dos desgraciados aburridos no nos van a joder la noche.

Miré a Alexis con asco y me tuvo que quitar la mirada, no tenía cojones de mantenérmela firme.

—No me puedes ni mirar a los ojos —le dije con asco antes de irme.

Mi hermano estaba a punto de levantarse, Olivia, lo estaba aguantado.

—Déjalos, ya han recibido su merecido —dije sentándome, negando con asco y mirando hacia Alexis, que ni gesticulaba.

Se quedaron el tiempo de tomar la copa y se marcharon dando toda una vuelta en dirección a la orilla para no pasar por delante de nosotros, muy bien que hicieron, paseo romántico a pie de mar.

Desde lejos nos pusimos a aplaudir y se giraron para mirar, peor lo hicimos pues nos pusimos hasta de pie en los sofás, las tres, mi hermano estaba sentado muerto de risa.

Los pusimos de vuelta y media mientras tomábamos las copas, la verdad es que me la había dado con queso el tío, no era ni la sombra de lo que yo pensé que era, todo lo contrario, toda la luz que pensé que tenía, ahora estaba lleno de sombras.

La verdad es que era patética su forma de actuar, nada que ver con aquel chico que no dejaba de sonreír y que me hacía llorar de la risa a carcajadas, ese que preparaba todo de forma especial y meticulosa, ese que era el mayor farsante del mundo ¡Qué asco!

Nos tomamos las copas mientras rajábamos y es que teníamos todos un cabreo monumental, nos había dejado un mal cuerpo impresionante.

De ahí nos fuimos a la casa, Olivia y mi hermano se fueron para la habitación, esos dos ya estaban en plan tortolitos, no sabía por dónde iba a salir esa historia con lo reciente de su separación, pero ya eran adultos y yo los iba a apoyar siempre.

Andrea y yo nos quedamos en el sofá charlando, la noche había sido de lo más intensa y no me podía creer nada de lo que me estaba pasando.

Me puse a llorar soltando todo lo que llevaba en mi interior y es que no era para menos, había vivido algo a la velocidad de la luz y me había estampado de la misma forma, normal, él era un perro viejo y yo por muy adulta que me sintiera solo tenía veintiséis años.

—No llores —dijo abrazándome—. No merece la pena.

—Ya, pero es que tengo un dolor en el pecho que no puedo con él.

—Lo imagino, la verdad es que no sé cómo puede jugar así con las personas, si ahora quiere estar con otra que esté, pero hacerlo de esa manera, sin haber hablado contigo y restregándotela continuamente, no lo entiendo.

—Tengo claro algo, ni, aunque volviera arrastrándose lo escucharía si quiera.

—Lo haces, y te dejo de hablar de por vida —dijo dándome un beso en la mejilla.

Nos fuimos a dormir ya que yo estaba de lo más cansada física y psicológicamente,

En la cama me abracé a la almohada y me puse a llorar como una niña pequeña sin consuelo, el dolor era insoportable, la decepción, los recuerdos, todo...

Capítulo 19



Me desperté la primera, tenía hasta ansiedad y una tristeza de esas que no se te va en ningún momento.

No había tenido ni la más mínima empatía conmigo, nada, cero patatero, era odioso el simple hecho de saber que yo había sido una marioneta para él.

Llegué a la cocina y me preparé un café, sabía que en mi estado no me ayudaría en nada, pero lo necesitaba como el comer.

Lo preparé y me fui al sofá con la taza, me puse a mirar las redes mientras lloraba viendo esos posts que la gente colgaba acerca del amor, ese en el que yo nunca había tenido suerte.

Primero me falló mi ex, alguien en quien confiaba plenamente y luego Alexis, así que imaginad que concepto podía tener yo de todo eso bonito que se decía, es que me daba hasta miedo volverme a enamorar algún día, no quería pasar por estos momentos tan feos que la vida me había regalado, esa que veía que en este aspecto había sido injusta conmigo.

Mi hermano no tardó en aparecer, al verme me dio un abrazo.

—Olvidalo, llora, patatea, pero olvidalo, no es ese hombre que te merece ni quiero para ti.

—¿Tan idiota soy?

—Sí, confías en las personas demasiado rápido, pero puedes cambiar, es injusto que te vayan haciendo daño de forma gratuita, no te lo mereces.

—Lo he amado mucho, hermano, más que a Alonso a pesar de todo el tiempo que estuve con él, pero Alexis me regaló el fin de semana más bonito de mi vida, no dejé de reír en ningún momento.

—Pues entiérralo en vida, hazte cuenta que no está ya y quédate con lo bonito, aunque ni eso se merezca ese hombre, pero llora, patatea y coge fuerzas, seguro que si esto no era para ti es porque te está por venir lo mejor.

—Voy a huir de los hombres como si tuvieran piojos —dije provocándole una risa.

—No mujer —reía—. Por mucho que huyas si está para ti, lo está y te lo toparás de frente.

—Y la cagaré de nuevo.

—No me estás entendiendo.

—¿Y a ti cómo te está tratando la vida con Olivia?

—No me tires de la lengua, estamos hablando de ti —me dio un pellizco en la mejilla.

—No le hagas daño por nada del mundo —le dije con tristeza.

—Sabes que no soy así —se levantó a hacerse un café.

Un poco después se levantaron las niñas, venían directas hacia mí y se tiraron encima comiéndome a besos y diciéndome cosas para animarme, la verdad que ellas eran también como mis hermanas, un apoyo de lo más grande.

Nos pasamos toda la mañana tiradas en el sofá, creo que no hace falta decir con quién me senté yo y con quién mi hermano, vamos, buenos eran para separarse.

Hicimos comida mexicana para comer y es que eso nos volvía loca, los fines de semana nos cuidábamos bien poco, el resto de los días como que lo hacíamos más.

Yo no dejaba de darle vueltas al tema, tenía las imágenes de él con ella en mi cabeza, rebotando y no comprendía como podía haber sido tan cruel, sí, cruel, esa era la palabra que definía a como lo había vivido, en absoluta crueldad.

Tras la comida nos fuimos a comer un helado a la playa, así aprovechamos para darnos un bañito, la verdad que ese día apretaba el sol de forma descomunal.

Mi hermano y Olivia se quedaron en el agua un rato y Andrea y yo, nos pusimos a charlar en la arena y es que sabía cómo calmarme un poco y eso que era difícil, pero era esa amiga que cuidaba mucho sus palabras para no hacerte daño, te decía lo que te tuviera que decir, pero con mucho tacto.

Después de una tarde de playa nos despedimos de las chicas dejándolas en su casa y mi hermano y yo, nos fuimos para la nuestras.

Mi madre ya estaba al tanto de todo porque me llamó estando en la playa y se lo conté.

—Hija. ¿Qué tal estás? —preguntó al verme dándome un abrazo.

—Bueno, viva que no es poco.

—No te preocupes, todo en la vida pasa, nada es permanente.

—Lo sé, pero joder mientras pasa...

—Te entiendo, cariño. Te hice para cenar pescadilla en blanco, te gusta mucho.

—Sí, gracias, al menos apetito tengo —sonreí.

—Eso es bueno.

—Preciosa —dijo mi padre acercándose a mí y abrazándome. Ahí rompí a llorar por completo y es que mi padre era tan especial, que no pude contener el derrumbarme.

Tras ese desahogo en el que me habló como siempre muy bonito, pasamos a cenar, la verdad es que sabía que mi madre la había preparado con mucho cariño y pensando en mí.

Me metí en la habitación cuando terminé de cenar y me puse a llorar de nuevo, me daba una tristeza haber tenido aquel final de esa forma y descubrir que Alexis, no era lo que pensaba y eso me partía el alma.

Capítulo 20



Después de un fin de semana para olvidar, lo que necesitaba era volver a mi rutina.

Con la ropa de deporte y lista para empezar, salí de la habitación y encontré a mi hermano en la cocina, preparando los zumos y llenando las botellas de agua.

—Aquí está mi runner favorita —me hizo un guiño.

—Al final te has aficionado a esto, ¿eh?

—Sí. Venga, vamos a quemar zapatillas.

—Qué moderno, Jesusito —reí.

—Anda, tira para la calle.

—Ay que ver, todos los hermanos preocupados porque sus hermanas pequeñas entrenen en casa y tú, echándome.

—Eres más boba... —rio.

Salimos a la calle y empezamos los estiramientos de camino al parque, donde ya sí nos pusimos a correr dando varias vueltas, incluso nos acabamos picando. Total, que se nos fue el tiempo volando y ahí estuvimos casi dos horas.

Mientras se duchaba y vestía para ir al trabajo, le puse el desayuno que tomamos juntos.

Cuando al fin me quedé sola, me di una ducha de lo más relajada, pero no pude evitar pensar en él, en Alexis.

Me había ignorado por completo durante una semana y, cuando volvía a verle, no estaba solo.

¿De qué conocía a Fiana? No lo entendía, de verdad que no, aunque tal vez fuera una de sus representadas.

Y, como no podía ser de otra manera, acabé llorando.

Me apoyé en la pared de la ducha y fui cayendo hasta quedarme sentada mientras el agua me cubría.

Abrazada a las rodillas, con las lágrimas corriendo por mis mejillas y mezclándose con el agua, pasé un buen rato mientras recordaba aquel fin de semana en el que Alexis, me había tratado como si no existiera nadie más para él.

Cerré el grifo, salí a secarme y cuando acabé de vestirme, al coger el móvil, vi que parpadeaba la luz de notificaciones.

Tres llamadas de mi ex, dos mensajes en los que me pedía verme y hablar, y varios mensajes de las niñas.

A mi ex lo ignoré, no quería saber nada de él y debería haberle quedado más que claro.

Contesté a las chicas, que me preguntaban si nos veíamos para llevarle café a mi padre y dije que sí, en cuanto dejara la casa organizada.

Me puse los cascos con música, de esa marchosa y que levanta el ánimo, y me empleé a fondo en limpiar, cocinar y demás.

Vaqueros, camiseta y mis tacones, maquillaje, una coleta alta y estaba lista para comerme el mundo.

Bueno, no tanto, pero sí que necesitaba verme bonita, además, iba dispuesta a sacarme muchas fotos con mis niñas.

—¡Vaya! Chica, qué guapa te has puesto. Y mira qué sonrisa, lo que me gusta verla —dijo Olivia, dándome un abrazo.

—Me apetecía arreglarme.

—Y bien que has hecho —Andrea se puso en pie y nos hicimos una foto—. Hala, para el Instagram, a presumir de amiga modelo.

—Venga, un desayuno para estos tres bellezones —pidió Olivia.

Estuvieron todo el tiempo diciendo tonterías, haciéndome reír y procurando no mencionar a Alexis, bastante habíamos tenido el fin de semana.

Cogimos los cafés y fuimos directas a la comisaría.

—¿Se dejaron anoche las puertas del cielo abiertas y se han escapado tres ángeles? —preguntó Fran, uno de los muchachos de mi padre, al vernos.

—Mira, uno que quiere ligar —rió Andrea.

—Si pudiera... no te me escapabas, preciosa —le hizo un guiño y, en ese momento, apareció Sergio.

—Fran, se te paga por trabajar, no por coquetear.

—Huy, huy... —Olivia, se acercó a mí murmurando— Me da que el subinspector se nos puso celosillo.

—Solo saludaba, subinspector.

—Ha trabajar, que te he dado varios expedientes.

—Sí, señor.

—Lo que yo te diga, mira qué manera de apretar los dientes.

—Olivia, que nuestra Andreita tiene loco al poli.

Reímos y en ese momento nos miraron los dos, así que nos callamos porque de lo contrario, podríamos haber salido fulminadas.

—Traemos café para el subinspector más simpático de esta comisaría —dije, dándole el suyo.

—Gracias —sonrió y volvió a mirar a Andrea—. Tu padre está en su despacho.

—Pues ahí que vamos las tres a verlo. ¡Hombre, Gerardito! —Lo abracé cuando llegó a mí.

—Más guapa no se puede estar. Tu padre va a tener que estar con el arma cerca para espantarte a los hombres.

—¡Hala, Gerardito! No le digas eso a la chiquilla, que nosotras queremos ir de boda —protestó Olivia.

—No, si con vosotras dos también va a tener faena. Que, no seréis sus hijas, pero como si lo fuerais y, con lo guapísimas que sois...

Sergio carraspeó, y su tío, que no se perdía una, lo vio mirando a Andrea, y cuando abrió los ojos como platos, supe que había entendido lo que su sobrino sentía por mi amiga.

Olivia y Andrea fueron hacia el pasillo, seguidas de Sergio, y Gerardo me llamó para que me acercara.

—A mi sobrino le gusta tu amiga.

—Ya nos hemos dado cuenta, y no creo que tardemos mucho en verlos juntos o, al menos, revueltos —le hice un guiño y él soltó una carcajada.

Corrí hacia el despacho de mi padre y me recibió con un beso y un abrazo, seguidos de esa

pregunta que sabía que iba a llegar.

—¿Cómo estás, hija?

—Bien, de verdad. Lo voy olvidando, en serio.

—Me alegro.

Nos quedamos allí un rato con ellos, sí, con los dos, puesto que Sergio se autoinvitó al despacho de mi padre y estuvimos charlando hasta que Olivia tuvo que regresar al trabajo.

—Papá, no voy a ir a comer a casa, me quedo con las niñas —dije abrazándolo.

—Me parece bien. Yo se lo digo a tu madre.

—Vale. Te quiero.

—Y yo a ti, mi niña.

Nos despedimos de Sergio, que no dejaba de mirar a Andrea con esos ojitos de querer, pero ella evitaba su mirada.

—Os veo en casa —Olivia se fue al salón a terminar su jornada y nosotras subimos a mi coche para ir al centro comercial.

Estuvimos un rato de tiendas y aprovechamos para comprar un pollo asado para la comida, Andrea no tenía ganas de cocinar y como yo iba a invadirles su casa, pues nada, las invitaba a comer.

Cuando llegamos al piso lo preparamos todo y esperamos a Olivia, que no tardo en aparecer y con el hambre de siempre. Había que joderse, con lo que comía y no sabía dónde lo metía.

Tomamos café, nos reímos, estuvimos haciendo una sesión de maquillaje doble porque Olivia, quería hacer pruebas y claro, nosotras éramos sus conejillos de indias.

Cenamoz pizza, me despedí de ellas y volví a casa.

No había hecho nada más que aparcar el coche cuando escuché mi nombre.

—¿Se puede saber qué haces aquí, Alonso? Por el amor de Dios, olvídate de una vez por todas.

—No puedo, joder, ¿es que no lo entiendes? Te quiero, Ariadna, y necesito que hablemos y solucionemos todo.

—No hay nada de lo que hablar, ya te lo he dicho muchas veces.

Me giré para marcharme, pero me sujetó de la muñeca con fuerza.

—Suéltame, me haces daño —le pedí.

—Vas a escucharme, vamos a hablar y vas a volver conmigo. ¿No entiendes que nadie va a ser como yo era contigo?

—¿Y cómo fuiste? Aparte de un cabrón que me engañó con otra durante meses.

—Eso fue un maldito error, ya te lo dije.

—Mira, si te ha dejado ella y por eso vuelves buscándome, olvídate, ¿quieres? No vamos a volver, nunca volveré contigo.

Intenté soltarme de nuevo, pero aquello era imposible. Me agarraba con fuerza y me estaba haciendo daño de verdad.

—Ariadna, no hagas que me enfade. Vamos a hablar.

—¡He dicho qué no! Y suéltame, o te juro que grito hasta que salgan mi padre y mi hermano, y acabes detenido por acosarme.

—¿Acosarte? Estoy intentando arreglar las cosas.

—¡Déjame! —grité cuando lo vi acercarse más de la cuenta, intentando besarme— ¡Suéltame, Alonso! ¡Suéltame!

—¡Eh! —escuché que gritaba un hombre a su espalda—. Te está diciendo que la sueltes.

—Alexis... —murmuré.

No me lo podía creer. ¿Qué hacía allí?

—No te metas, estoy hablando con mi novia —dijo Alonso.

—Por lo que tengo entendido, ya no es tu novia.

—¿Y tú quién coño eres?

Ni contestó, Alexis le dio un puñetazo en la cara a Alonso, momento que aproveché para soltarme y cruzar la calle corriendo.

¿Sabéis eso que dicen de que cuando estás a punto de morir, ves pasar toda tu vida delante de tus ojos, como en diapositivas? Pues eso mismo acababa de sentir yo. Además de un fortísimo golpe en la cadera, seguido de otro en la cabeza al caer al suelo.

—¡¡Ariadna!! —aquella era la voz de Alexis, me pareció tan lejana cuando la escuché.

Se me cerraron los ojos y notaba que me pesaba todo el cuerpo, quería moverme, pero era imposible.

—Ariadna, despierta —noté que me retiraba el pelo de cara, pero no me movía, o al menos no podía sentir que me tocara el cuerpo—. Ariadna, preciosa, despierta.

Sí, eso quería yo, abrir los ojos, pero no podía. Mi cuerpo estaba allí, inerte en el suelo, y yo, aun con los ojos cerrados, podía escucharlo todo.

Le oí hablar pidiendo una ambulancia, seguía diciéndome que abriera los ojos, pero, por más que lo intentaba, ellos no colaboraban.

—Te vas a poner bien, preciosa, ¿me oyes? Vas a ponerte bien.

Alexis no me dejó en ningún momento, escuché las sirenas acercarse y pronto el barullo de voces a mi alrededor hizo que desconectara buscando el silencio.

Y lo encontré, solo que una voz resonaba por encima del resto. La de Alexis.

Le dejaron acompañarme en la ambulancia, me cogía la mano mientras me hablaba, me decía que no iba a dejarme sola y que no me preocupara porque todo saldría bien.

—Mujer joven, veintiséis años, atropello. Está inconsciente, tiene hematomas múltiples y una pierna rota —fueron las palabras que escuché decir a uno de los médicos que me había atendido en la ambulancia, supuse que ya estábamos entrando en urgencias en el hospital.

Se me vino el mundo encima, tenía una pierna rota. Aquello era el fin para mí, al menos durante un tiempo, no podría volver a desfilas.

Si no trabajaba, no podría guardar el dinero para poner mi propio negocio.

Y entonces lo noté, la oscuridad en la que estaba, se apoderó de mí por completo y se hizo el silencio. Un silencio en el que tampoco pude encontrar la voz de Alexis.

Capítulo 21



Tenía un dolor de cabeza impresionante. Y no digamos de cuerpo. ¿Qué había pasado? Abrí los ojos, poco a poco, y vi que estaba en la habitación de un hospital, si es que ese olor a antiséptico lo delataba.

Miré a mi alrededor y vi mi pierna izquierda levantada y escayolada. Genial.

¿Qué mierda me había pasado?

Intenté incorporarme y fue imposible, es que me dolía todo.

—Hija —escuché la voz de mi madre y la vi acercarse— ¿Cómo estás, cariño?

—Como si me hubiera pasado un elefante por encima —murmuré.

—Bebe un poco —dijo acercándose un vaso de agua, cosa que agradecí porque tenía la boca seca.

—Mamá, ¿qué ha pasado?

—¿No te acuerdas, hija?

—No... —Cerré los ojos y empecé a ver algunos retazos— No lo sé.

—Anoche te atropelló un coche antes de que llegaras a casa.

—Claro, con razón me duele todo.

—¿Ya se ha despertado mi princesa? —preguntó mi padre entrando en la habitación, con un par de cafés en la mano.

—Hola, papá.

—¿Qué tal te encuentras, mi niña? —Me besó la frente.

—Me duelen hasta las pestañas. Y mi pierna... No voy a poder caminar en una temporada, y no digamos desfilas, ¿verdad? —Ambos negaron con la cara cargada de tristeza.

—Podría haber sido peor, cariño —mi padre me acarició la mejilla.

—Lo sé. ¿Cómo os habéis enterado?

—Nos llamó Alexis.

Miré a mi madre y entonces entendí que no lo había soñado. Él estuvo conmigo todo el tiempo.

—Por lo que nos contó, os encontró a Alonso y a ti discutiendo, cuando saliste corriendo no viste el coche que se acercaba y te atropelló. Él llamó a la ambulancia y vino contigo, nos llamó estando aquí y vinimos enseguida.

—No se ha movido de la sala de espera en toda la noche —dijo mi padre—. Y se le notaba muy afectado mientras nos contaba todo. Estás en una clínica privada a la que él viene.

—Me da igual. Dile que se marche.

—Hija.

—No, mamá, que se vaya, no quiero verlo, ni hablar con él. Podéis decirle que estoy despierta, viva, y que muchas gracias por encargarse de que me atendieran, pero que se vaya a tomar por culo.

—Hija mía, por Dios —protestó mi madre.

—Voy a decírselo —miré a mi padre y asentí.

Cuando nos dejó a solas, mi madre me estuvo pidiendo que al menos le dejara entrar y darle las gracias personalmente, pero no me convenció.

—¡Ariadna, menos mal! —gritó Olivia al verme, lanzándose sobre mí—. No me vuelvas a dar un susto así, en tu vida, ¿me oyes? Joder, pasamos el lunes de lujo en casa y por la noche estamos aquí todos en vela.

Entraron mis amigas junto a mi hermano y mi padre, y tenían una cara de susto que no podían con ella.

—¿Os habéis pasado aquí la noche vosotras también?

—Sí hija, no se han querido ir a casa —sonrió mi padre.

—Se han dormido en las sillas de la sala de espera, no te digo más —mi hermano me dio un abrazo— ¿Cómo estás, hermanita?

—Molida, me duele todo.

—Pues a descansar y que te mimen mucho —dijo Andrea.

—No puedo creer que Alonso sea el culpable de esto.

—No me atropelló él, Oli.

—Ya, pero si no hubiera ido a molestar, estaríamos ahora comiendo tan tranquilas en casa.

—¿Qué hora es?

—Casi las dos del mediodía.

—Y, ¿se puede saber qué hacéis aquí? Deberíais estar trabajando.

—A ver, hija, te recuerdo que yo soy el inspector de la policía y no pasa nada si me ausento un día. Tu madre ha pedido permiso, tu hermano también, y Olivia se fue, pero ha llegado hace un rato.

—Si es que... no puedo quererlos más, todos aquí preocupados por mí.

—Había alguien más que lo estaba —escuché decir a mi hermano.

—Pues muy bien, pero ya se habrá quedado tranquilo. Estoy perfectamente así que puede volver con su amiguita.

—Ay, señor —murmuró mi madre.

Mi padre la abrazó y se despidieron un momento, iban a comer algo a la cafetería, allí me quedé con mis amigas y mi hermano.

—Tengo hambre —dije—, me comería un buen filete con patatas.

—Pues me da que tienes pescado y verduras, eso sí, todo hervido —contestó Olivia, poniendo una cara de asquito que no podía con ella.

—Vamos, hombre, me matan de hambre. ¿Cuándo puedo irme a casa?

—El médico dijo que te darán el alta esta tarde, así que, hasta la noche, comiendo aquí —rio mi hermano.

—Reza, hermanito —dije con retintín, señalándolo con el dedo—, reza para que no tengas que pisar un hospital en la vida, que la comida de aquí no está tan rica como la de mamá, ni como la mía.

—Hija, qué susceptible te has levantado —protestó Andrea.

—Serán los calmantes, que se le han acabado. Voy a avisar al médico —rio mi hermano.

—¡Ni te muevas! Mira, como me vuelvan a dormir, te enteras.

—Anda, tranquila que no voy a ningún sitio. Bueno, sí, a ver si te traen algo de comer.

—Sí, que se le empieza a caer la baba. Me da que nos está viendo como a tres chuletones con

piernas —dijo Olivia, y acabamos todos riendo a carcajadas.

—Ay, por Dios, que me duele hasta reírme.

—Pues no fuerces, anda. Por cierto... ¿Me deja alguien un bolígrafo para firmarle la escayola? —preguntó Andrea.

—¡No, espera! Mejor unos rotuladores de colores —Olivia empezó a aplaudir y todo, dando saltitos como una niña pequeña—. Jesusito, ve a por unos al chino de la esquina, anda, por favor —hasta morritos que le puso la loca de mi amiga a mi hermano.

—Vaya tres... Ahora vuelvo —le dio un golpecito en la nariz y salió de la habitación.

—A ver, desembucha. ¿Os habéis acostado? —pregunté.

—¡No! ¡Qué dices! Simplemente nos llevamos bien.

—Oli, que mi hermano no te ha tratado así de... cariñosamente, en su vida.

—Ya, lo sé, pero, a ver, la gente cambia. Es un buen amigo.

—Olivia de mis entretelas —le dijo Andrea, pasándole el brazo por el hombro—, que estás colada por ese hombre desde que tenías catorce años, y él no te ha hecho ni caso.

—Bueno, será que como se está divorciando de la arpía de Alicia, pues... necesita hablar con alguien que no sea su hermana —se justificó ella.

—Claro, claro, pero, una cosa, si esta —me señaló Andrea— o yo, le hubiéramos dicho que fuera por rotuladores, ya te puedes imaginar dónde nos habría mandado.

—Al mismo sitio al que he mandado yo a Alexis —contesté.

—Exageradas.

Poco después mi hermano entró junto a mis padres, e hicieron cambio de guardia. Vamos, que mis amigas y Chus se fueron a comer, mientras mis progenitores se quedaron para hacerme compañía.

Me trajeron la comida y me quedé con hambre, vamos que estaba deseando salir de allí y comerme una hamburguesa para la cena, o una pizza, me daba igual, pero quería que tuviera mucha grasa.

El médico entró para decirme que por la tarde podría irme, me dejó un par de muletas para que caminara ayudada de ellas.

Me entraron unas ganas de llorar terribles, recibí un mensaje de Alexis diciendo que se alegraba de que estuviera bien.

No le contesté, ¿para qué? Sería una pérdida de tiempo.

Las niñas se sentaron al lado de la cama, cogieron los rotuladores y empezaron a hacer dibujos, firmar y no sé cuántas tonterías más, mientras mis padres y Chus, las veían y reían.

—Igual que cuando erais pequeñas las tres —dijo mi hermano.

—Bueno, de eso hace siglos —contestó Olivia, poniendo los ojos en blanco.

—¿Siglos? Ni que fueras inmortal, chiquilla.

—Oye, que igual soy una vampiresa y no lo sabéis ninguno — se encogió de hombros.

—Te iba a dar yo a ti vampiresa... —murmuró mi hermano, y lo miré arqueando la ceja— Para ponerte un cuello cerca y que lo muerdas, vamos, como para arriesgarse.

—Quién sabe, igual si muerdo... quieres repetir.

La puerta se abrió y entró el médico que, al ver a mis amigas, empezó a reírse disimuladamente.

—Ríase a gusto, doctor —le dije—, con total confianza. Son como niñas.

—Ya puedes irte a casa, Ariadna. Llevas la receta de lo que tienes que tomar para el dolor aquí —me mostró una carpeta y mi madre la cogió—. Te veo en unas semanas para ver cómo va eso.

—Claro, doctor. Muchas gracias.

—Joder, cómo está médico. Creo que me estoy poniendo muy malita... —Olivia empezó a abanicarse y el resto empezamos a reír.

—Anda, deja al médico tranquilo y vamos para tu casa, enana —soltó mi hermano.

—Oye, oye, que se querrá venir conmigo, digo yo —protesté.

—Nada, las dos para su casa ahora mismo, y tú con papá y mamá a descansar.

—Ya salió la niñera otra vez. Qué aburrido, hijo mío —se quejó Olivia.

Me despedí de mis amigas con un beso y un abrazo, me vestí con la ropa de deporte que me había traído mi madre, y en media hora estaba saliendo por la puerta.

—Ariadna —me giré al escuchar la voz de Alexis.

Yo iba en silla de ruedas, me llevaba mi padre y, cuando vieron a Alexis acercarse, ambos me dejaron ahí sola.

—Hola.

—Mira, no aproveches que estoy en esta silla para contarme mentiras. ¡Mamá! —grité mirándolos a los dos, pero me ignoraron—. Tener padres para esto, de verdad, qué suplicio.

—Solo quería ver cómo estabas.

—Pues bien, muy bien. Con una pierna rota, dolorida y magullada, pero bien.

—Me alegro. Yo quería...

—No, no —levanté ambas manos—. Tú no querías nada. Mejor dicho, yo no quiero nada de ti. No me hables. Mira, te agradezco que anoche le dieras un puñetazo a mi ex —me acordé de eso poco después de despertarme, pero no se lo dije a nadie—, que llamas a la ambulancia y me trajeras, pero nada más. No tenemos nada más que hablar.

—Está bien —asintió y, tras meter las manos en los bolsillos, se fue sin decir una sola palabra más.

—Hija.

—Mamá, por favor. Vámonos a casa, quiero tomarme una pastilla, meterme en la cama y dormir.

—Claro, mi vida.

Subimos al coche de mi padre y nos marchamos a casa. El silencio que había en ese habitáculo, era de funeral total. Vamos, que mis padres no me dijeron ni “mu” por no ponerme más enfadada.

En cuanto llegamos a casa me puse el pijama, me tomé la pastilla y acabé en la cama escuchando música. Hasta que entró mi hermano con un menú del burger.

—Dios, ¡cómo te quiero, hermano!

—Anda, vamos a cenar.

Se sentó conmigo en la cama y ahí que fuimos los dos a ponernos como el Kiko con esas hamburguesas.

Le pregunté por Alicia y dijo que seguía adelante con el divorcio, que hasta no le importaba tener que darle la casa, pero quería dejarla. Se había dado cuenta de muchas cosas, pero no soltaba prenda de esas cosas.

Le intenté sonsacar de mi amiga Olivia, y me dio la espantada por respuesta.

Vamos, que fue acabarnos la cena, y darme un beso en la frente deseándome buenas noches.

Pues nada, le hice caso y cerré los ojos para dormirme, pero Alexis, no se me iba de la cabeza.

Capítulo 22



Y ahora soportar esa maldita escayola que iría atada a mi pierna por un tiempo ¡Puto agobio!

Como pude me fui a la cocina a desayunar y apareció mi hermano.

—¡Hermanita! ¿Nos vamos a correr?

—Vete a tomar por culo —sonreí con malicia—. Verás el culo que se me va a poner ahora.

—Anda ya, además tal como te quiten la escayola estoy seguro de que lo poquito que cojas lo pierdes en tres días del tunde que nos vamos a meter.

—Gracias —dije cuando puso el café en la mesa.

—Oye, muy fuerte lo de Alexis, estuve hablando con él bastante tiempo.

—¿Fuerte, qué?

—Estuvo muy preocupado y me pidió perdón por cómo actuó contigo, pero que algún día lo entenderías.

—Mira, ni, aunque me digan que lo tenían amenazado con cortarles los huevos, lo voy a creer.

—Vi en su mirada verdad.

—Mintiendo es buenísimo, hasta yo me creí que era especial para él.

—Hermana, pero podrías escucharlo al menos.

—¿Yo? ¡Ni muerta! Te juro que no lo creo y no lo voy a creer en nada y para estar así, puerta, paso de escuchar tonterías.

—¿Sabes? Yo lo detestaba, pero cuando lo vi roto y en esa esquina, dónde las lágrimas le caían por completo, te juro que eso no era fingido.

—Lloraba porque ya no va a poder follar más conmigo.

—Eres más bruta... —negó.

Estuvo desayunando conmigo hasta que se fue a trabajar, un rato después sonó el timbre de la puerta y ahí fui yo con mis muletas, eso sí, las llevaba que parecía que había entrenado con ellas.

Un chico con un ramo de flores preguntó por mí, me quedé a cuadros, le firmé la recogida y me metí hacia dentro.

Abrí la nota y era de él, sí, de Alexis.

“Espero que tengas una pronta recuperación, tienes una familia increíble y con su apoyo todo irá genial.”

Ahora opinaba hasta de mi familia. Madre mía este hombre que tenía menos límites que todas las cosas.

Llamé a la agencia y le conté lo sucedido, me quedé sorprendida al saber que tenía un seguro privado que me cubriría la baja y los días perdidos que no podría pasar por la pasarela.

Recibí un mensaje de Alexis a media mañana, cuando había terminado de preparar la pasta, sí, a mí una pierna rota no me frenaba a nada.

Alexis: *Hola, Ariadna, ¿Cómo pasaste la noche?*

Ariadna: *En una cama...*

Es que vaya preguntas, no quería que la pasara en el suelo, porque si iba en otro sentido eso a él, ni le interesaba, ni le importaba.

Alexis: *Imagino ¿Pudiste dormir?*

Ariadna: *¿Te crees que tú me quitas el sueño?*

Obvio que se refería a los dolores, pero insisto que eso no le importaba ni lo más mínimo.

Alexis: *Me gustaría poder hablar contigo personalmente.*

Ariadna: *Y a mí me gustaría comprarme un bolso Louis Vuitton, con unos zapatos a juego, pero todo no se puede tener hijo.*

Dejó de escribir, imagino que ya me dio por imposible, la verdad es que me moría por verlo, pero no, una y no más santo Tomás, que con el daño tan grande que me hizo ya tenía bastante.

Me pasé el resto de la mañana en el sofá hasta que llegaron mis padres a la hora de la comida, me riño al verla hecha, decía que ella podría haber preparado algo rápido.

—Mamá tengo una pierna rota, no todo el cuerpo —resoplé.

—Bueno, pero debes descansar.

—Estoy pensando en irme unos días a casa de las niñas, al menos con Andrea, estaré distraída.

—Yo también lo había pensado, hija, te vendrá bien.

Llamaron a la puerta y salió mi padre, escuché decir mi nombre y que recogía algo, apareció con dos bolsas gigantes de Louis Vuitton, me quedé a cuadros.

—Hija, ¿te has comprado algo de esa firma? —preguntó mi padre.

—Hija... —Mi madre se puso las manos en la boca.

—Yo no me he comprado nada y os explico que pasó —me eché a reír queriendo matar a Alexis.

Y les expliqué a mis padres, bueno, realmente les enseñé el mensaje, mi madre no podía cerrar la boca y mi padre negaba riendo.

No los abrí, esperé a terminar de comer y me fui al cuarto con las dos bolsas gigantes, bueno, me las llevó mi padre y me dejó a solas.

Por supuesto que ya puestos tenía curiosidad y abrí la pequeña que contenía dos bolsas más, en una caja de zapatos y en otra una cajita pequeña.

Los zapatos eran unas sandalias preciosas en doradas, había tenido un gusto exquisito, la pequeña caja contenía una cartera que luego me di cuenta al abrir la otra bolsa que era a juego con el bolso, vamos, un conjunto de esos de quitar el hipo. La verdad es que se había pasado, ahí había mucho dinero invertido.

Le tiré a todo bien colocado una foto y la subí a las redes con un texto por supuesto.

“Fiama, va por ti”

Así tal cual, sin temblarme el pulso a la hora de enviarlo.

Mi amiga Andrea no tardó en llamarme tal como vio mi post, cuando se lo conté se quedó a cuadros y riéndose por mi osadía de poner eso en las redes sociales y dirigido a ella.

Le comenté que me quería ir a su casa y no tardó en coger su coche y venir a por mí.

Cuando llegó yo ya estaba en el salón esperándola con mi maleta preparada, llevaba hasta el portátil.

Me despedí de mis padres y me fui con ella, Olivia estaba por ahí con mi hermano. Había que joderse con los dos tortolitos.

Olivia y Chus, llegaron a la hora de la cena con unos Kebab para los cuatro.

—Una cosa, lo de ustedes ya es un poco descarado —dije cuando nos sentamos a cenar.

—Hermana, solo salimos a comprar la cena.
—Claro, desde las seis de la tarde a las nueve de la noche. ¿Qué pasa, que os equivocasteis y terminasteis en Cuenca?
—Para ir a Cuenca tenemos mi habitación —dijo Olivia, sonriendo con ironía.
—Una cosita, en vista de que voy a estar jodida entre quince y cuarenta y cinco días, había pensado que podríamos buscar ideas para una coja como yo.
—Qué te estés quietecita, por ejemplo.
—Chus, qué te den —le hice una peineta.
En ese momento me llegó un mensaje de Alexis.
Alexis: *Me gustaría quedar mañana para hablar...*
—Chicas esta mañana me dijo algo así y le dije lo de Luis Vuitton, este es tonto. ¿Qué quiere que le pida ahora, un Mercedes? —me eché a reír.
—Deberías al menos escucharlo.
—Andrea, que me torturó con esa tía, que me clavó dos puñales traperos en la espalda, que la abrazaba ante mis ojos sin el más mínimo de escrúpulos.
—¿Y si tenía una razón para ello?
—¡Chus! De verdad no entiendo cómo se os pasa por la cabeza el simple hecho de algo así.
—Hermana, solo es hablar.
—Me está sentando mal la cena por vuestra culpa.
—Dejadla ya, por favor —dijo Olivia.
—Una que piensa —la aplaudí ante la risa de todos.
Terminamos de cenar y decidimos ver una película, lo que me reí fue poco y eso que era antigua, pero estuve a carcajadas todo el tiempo, hasta que me fui a dormir, claro.
Ahí me derrumbé y comencé a llorar, yo amaba a Alexis, por mucho que lo detestara, lo amaba.

Capítulo 23



Desperté y me encontré en el salón una nota de Andrea, diciendo que había ido a recoger un paquete a correos, así que me preparé un café y me senté junto a la ventana para ver el ir y venir de la gente.

Llamaron a la puerta y era un mensajero con un paquete para mí, cosa que me extrañó porque por norma general y normal debía ser entregado en mi casa, no en la de mis amigas.

Entré y me senté en el sofá para abrir la caja y dentro había una orquídea con un sobre que no tarde en abrir, supe inmediatamente que era de Alexis.

“Ariadna:

Me costó decidirme a escribirte esta carta, pero es la única manera que tengo para hacerlo de forma tranquila y de mi puño y letra, no a través de la frialdad de un mensaje por móvil.

Sé que no merezco ni siquiera que la leas, soy consciente de ello, pero también sé que debía de escribirla y dejarme llevar por la necesidad de hacerlo.

Fui un canalla, un cerdo, un cabrón en permitir ciertas cosas que ni te merecías ni yo quería hacer, pero me vi en la obligación de hacerlas, sí, aunque ante tus ojos y tu corazón nada esté justificado.

Estoy a punto de irme del país, aquí me siento desolado, triste, lleno de dolor, sé que no te debe de importar, pero en cierto modo debo desahogarme.

Te debo una explicación, tómalo así, aunque no la quieras ni la necesites, pero te la debo, hablar desde la calma, desde la verdad, sin tapujos, sin mentiras, todo lo que sentí y siento por ti es de corazón, pero hay ciertos temas que desconoces.

He pensado algo, ya sé que lo que yo piense es insignificante, que no tiene valor, es más, repito que te entiendo en absolutamente todo.

Te propongo algo a pesar de tu negativa, te recojo en casa de tus amigas el viernes, pasado mañana, a las once de la mañana estaré en la puerta, vente conmigo el fin de semana dónde podamos hablar y conozcas mi verdadera historia, esa que pocas personas saben y que te pienso explicar y documentar.

Juro que no te pondré una mano encima, no me atrevería ni tengo derecho, solo necesito que me escuches, me comprendas, aunque no justifique lo que me vi en la obligación de hacer.

Estaré ahí esperándote, si no apareces lo comprenderé y ahora sí me iré a vivir una temporada fuera para arreglar mi vida, esa que, aunque no lo creas está patas arriba y llena de dolor.

No fuiste para mí solo sexo, fuiste una de las cosas más bonitas que me pasó en la vida, fuiste todo aquello que jamás tuve y sentí.

En tus manos está darme la oportunidad de que conozcas la realidad que jamás me atreví a contar o, todo lo contrario, sacarme del todo de tu vida. Si es lo segundo, cuídate mucho, no

permitas que nadie robe tu preciosa sonrisa, no le des el poder a nadie de llenar tu rostro de lágrimas, ni siquiera a mí, no te lo mereces.

Tienes una familia encantadora, tu padre es un buen hombre que me escuchó y aunque no le conté todo, le prometí que algún día lo haría, pero entendió que mi error iba más allá de mis actos.

Mi mundo se paró cuando te atropelló el coche, pensé que ahí se acababa también mi vida, no podía soportar el dolor de que algo malo te pasara.

Contigo me sentí padre, amante, hombre, niño, esa diferencia de edad me causaron muchos sentimientos y todos buenos, no sabes lo que me dolió ser el culpable de tus lágrimas, esas que sé que has derramado todos estos días por mi culpa.

Piénsalo, haz lo que te dicte tu corazón, no tienes la obligación de venir conmigo, pero si hay una mínima probabilidad, sopésala.

Sea cual sea tu decisión, siempre te llevaré en mi corazón.

Alexis.”

Tres veces la leí llorando a mares, no lo creía, eso era lo peor, es que no había una razón en el mundo que pudiera justificar sus actos, su humillación, porque eso hizo, humillarme sin importarle siquiera el dolor que estaba causándome.

Andrea llegó y le enseñé la carta.

—Vengo de tomar café con él.

—¿Qué dices? —Aquello me cayó como un jarro de agua fría.

—No sé lo que lo llevó a hacer eso, pero te puedo asegurar que vi en sus ojos y en sus palabras sinceridad, te lo digo de corazón.

—Yo también las vi cuando pasé el fin de semana con él y mira luego, no me lo creo.

—Deberías de darle la oportunidad...

—No se la voy a dar, ¿sabes?, pienso que le salió rana con Fiama y ahora viene a mí como un cordero degollado.

—No seas cruel.

—¡Ni tú cínica! ¿O no viste en todas mis narices lo que hizo?

—Relájate, por favor.

—No voy a ir, lo tengo muy claro, de corazón, no iré.

—Se irá fuera.

—Mejor para mí, así no me lo cruzaré en ningún desfile de la mano de otra.

—Estás siendo injusta.

—Lo que me faltaba por escuchar, de verdad.

—Solo lo tienes que dejar que se explique.

—Dime una razón que justifique lo que me hizo, si me la dices, iré con él.

—Pero Ari...

—Ni Ari, ni nada —me levanté con las muletas y fui a prepararme otro café.

Me tiré toda la mañana en silencio, contestaba a Andrea con monosílabos, no me parecía justo que la persona que me debería de apoyar se pusiera de su lado, lo mismo que Olivia y mi hermano cuando llegaron a comer.

Al final me enfrenté a todos y me pasé el día sin hablarles, es más, les pedí que no lo hicieran, ese día no quería escuchar a nadie. Al final iba a resultar que la bruja de la película iba a ser yo ¿Estaban todos locos?

Esa noche tal y como cené, me acosté, necesitaba dormir, cerrar los ojos y olvidarme de todo

eso que tanto daño me había hecho.

Por la mañana desayuné con Andrea y ya le hablé de mejor humor, la quería demasiado y no pensaba tratarla como no me gustaría que lo hicieran conmigo.

Intentó animarme de mil maneras, no me nombró a Alexis en ningún momento, cosa que agradecí, al igual que mi hermano y Olivia, cuando regresaron de sus respectivos trabajos.

Por la noche en la cama le di vueltas a todo, claro que me iría con él y con los ojos cerrado, pero, por otro lado, era consciente del dolor tan grande al que me había sometido y quién lo hace una vez, lo hace más veces. Así que, ahí estaba, con la cabeza como un bombo y llorando sin consuelo.

Capítulo 24



Me levanté antes que todos, es más, desayuné con Olivia y con mi hermano antes de que se fueran a correr, cosa que Chus bromeó diciendo que trabajaba más por mi culpa al no irnos a correr.

Me quedé sola en la cocina cuando se marcharon los tortolitos, es que Chus ya se había instalado en la casa como yo, eso parecía un piso de estudiantes.

Andrea seguía durmiendo, estaba con un poco de dolor de tripa por el periodo. Yo estaba dando vueltas a mi cabeza, faltaba una hora para que viniera Alexis y yo no quería ir, pero, por otro lado, me moría de ganas. Lloraba pensando en que se podía marchar a vivir fuera y eso me mataba, aunque no lo quisiera admitir, me mataba lentamente.

Mi amiga se levantó y me pilló llorando, me abrazó, me miró y le dije lo que menos esperaba.

—Voy a ir.

—Claro que sí, cariño, el dolor está, pero al menos escúchalo para intentar comprender las cosas.

Me ayudó a preparar la bolsa y cuando vi por la ventana que estaba ahí, salí con las muletas y la bolsa en el hombro.

Se bajó corriendo del coche al verme.

—Hola —dijo con una sonrisa llena de tristeza y cogiendo mi bolsa del hombro.

—Hola, Alexis —respondí seria y triste, tenerlo tan cerca, caía mi mundo.

Me abrió la puerta del copiloto, me ayudó a subir y se montó, arrancó y fuimos hasta su casa, en silencio, nada se habló durante el trayecto.

Me ayudó a sentarme en la terraza, en el balancín y me puso una silla delante para que descansara la pierna.

Apareció con un par de refrescos y se sentó a mi lado.

—No entiendo que para escucharte tenga que pasar el fin de semana contigo —murmuré, mirando mi escayola.

—No sé ni por dónde voy a empezar...

—Por donde quieras, me da igual, la verdad.

—Nada de lo que pasó entre nosotros fue mentira...

—Ni verdad.

—Sí que lo era, Ariadna.

—¿Me has traído para discutir si lo era o no?

—Metí la pata hace tres años...

—Y yo, ¿qué tengo que ver?

—Nada, pero rebotó sobre ti.

—¡Suerte la mía!

—Hace tres años me lie con una de mis representadas...

—¿Una nada más? ¡Eso no es nada! —contesté con ironía.

—El problema vino luego, ella estaba casada con un hombre muy poderoso.

—Así que eres un rompe matrimonios.

—Cuando estuve con ella no supe quién era, la conocí en un desfile en Australia, donde pasamos diez días y ella iba sola.

—Bueno, ¿lo disfrutaste? No entiendo a qué viene ahora contarme tus polvos.

—Se quedó embarazada...

—¿De ti? —pregunté en modo cotilla y alucinando.

—Sí, se demostró cuando nació el niño que era mío, pero su marido le dio los apellidos y me amenazó diciéndome que, si me acercaba o hacía intento de reclamarlo, me iba a hundir la vida.

—¿Y qué tiene que ver Fiama?

—Es la hermana de Tatiana, la madre de mi hijo...

—La leche, te las vas tirando de la misma sangre...

—No, no me acosté con Fiama, el problema es más grave.

—¿Sabes? No sé si quiero seguir escuchando más —estaba por dentro que me comía.

—Tatiana me permitía ver a mi hijo a escondidas de su marido y me chantajeaba, me acostaba con ella a cambio de verlo, soy un cerdo lo sé, pero no podía vivir sin ver a mi hijo.

—Todo esto me está dando más asco aún...

—Tatiana se enteró de que estabas conmigo y habló con la hermana que, por cierto, me enteré de que os llevabais mal y la puso ahí para joder lo nuestro. Me dijo que, o aparecía con ella ante tus ojos o no volvía a ver más a mi hijo.

—¿Estáis todos locos? ¿Qué pasa que no te puedes ir a luchar a un juzgado y tienes que joderme a mí con los errores del pasado?

—Su marido es uno de los mayores jueces del país, me iban a tener dando volteretas años, me iban a joder vivo —se le cayeron las lágrimas.

—Pues te diré algo, lo siento mucho por ti, pero yo de lo que hiciste no tengo culpa y, mucho menos, nada que decir, bueno sí, entiendo que se quiera mucho a un hijo, pero el daño que me has hecho fue demasiado grande.

—Lo sé, te juro que lo sé y por eso tomé la determinación de con todo el dolor de mi alma dejar atrás esa historia y renunciar a lo que más amo en el mundo que es Emmanuel, mi hijo. Ni siquiera mis padres conocen esta historia que tanto lloré a solas.

—No sé qué decir, siento que te esté pasando esto, pero no tenías derecho a meterme en medio de algo que sabías que me iba a perjudicar si esa mujer no quiere que estés con nadie y tú se lo has estado permitiendo.

—Lo sé, pero me enamoré de ti en el momento que se cruzaron nuestras miradas en aquel desfile.

—¿En el último? —dije con segundas por el día que apareció con Fiama.

—Ese fui el canalla más grande del mundo por acceder, me arrepentiré el resto de mi vida.

—Mira, te voy a ser muy sincera, puedo hasta entenderte un poco, pero si no eres capaz de luchar por tu hijo no lo harás jamás por mí y ahora... necesito irme a mi casa.

—No lo hagas por favor.

—Sí —me sequé las lágrimas—. No puedo quedarme, no sé si me hizo bien o mal todo esto, pero no pretendas que te dé dos golpes en la espalda y haga como si nada pasara.

—Ariadna...

Llamé un taxi mientras él se derrumbaba llorando, más o menos como yo, así que cogí mi bolsa, mis muletas y salí de allí con el corazón roto. Claro que lo amaba, pero él tenía atrás una historia muy complicada y me metió en ella, en vez de haberme dicho la verdad o contado de las intenciones de estas, no pensó ni un momento en mí por mucho que dijera.

Me fui a mi casa, ni siquiera a casa de mis amigas, mis padres llegaron a la vez mía, les pedí que no me hablaran en ese momento, que necesitaba estar sola en mi cuarto y ellos al verme tan triste lo comprendieron.

Me eché en la cama a llorar, había silenciado el móvil, lo dejé en un cajón metido, no quería escuchar nada más, había sido demasiado. Un hijo con una mujer que le iba a joder la vida y él, con los pocos cojones de haber hecho algo para que no me rebotara. No sé si fue por la información, pero salí de allí con más rabia de la que ya tenía.

Capítulo 25



Dormir, lo que se dice dormir, había dormido lo justo y creo que fue gracias a las pastillas que me habían recetado para el dolor de la pierna.

Estaba en la cama, tumbada mirando al techo que era la única postura en la que podía estar, y pensando en Alexis.

En todo lo que me había contado, y seguía alucinando.

Era padre, por el amor de Dios, y no se lo había contado a nadie. Lo de Fiana resultó ser una jugarreta que querían hacerme a mí, todo porque la madre de ese niño le había chantajeado.

Por Dios, ¿hasta dónde llegaba la maldad de Fiana para acceder a semejante petición? Ir colgada del brazo de un hombre, que no le interesa lo más mínimo, solo por hacerme daño a mí.

Joder, que no me llevara bien con ella no debería ser motivo para que me hiciera tanto daño. Bueno, vale, tal vez sí, pues por desgracia, el mundo está lleno de gente podrida por dentro y sin sentimientos.

Como la tal... Fabiana, Mariana o como fuera que se llamara la loca que había tenido un hijo con mi Alexis.

No, nada de mi Alexis, ese hombre ya no era nada mío y nunca lo sería.

Un par de golpes en mi puerta me hicieron mirar hacia esta cuando se abrió y vi a mi hermano metiendo la cabeza.

—Buenos días. ¿Cómo está la hermana más guapa del mundo?

—Con ganas de morir.

—¿Qué dices? Anda, levanta el culo de esa cama.

—¿Qué hora es?

—Para ti, las once y media de la mañana.

—¿Qué? Joder, no sabía que era tan tarde —vamos, que al parecer sí que había dormido, después de todo. El milagroso efecto de las pastillas.

—Vamos, arriba, que te vienes conmigo a casa de las chicas.

—¿Tú es que ya vives allí, o qué? —Me senté apoyando la espalda en el cabecero.

—Casi, al final les pago un alquiler —se sentó en la cama.

—No es mala idea, les vendría bien, que a mí siempre me dicen que me mude con ellas.

—No sé por qué no lo haces, si pasas mucho tiempo allí.

—Estoy mejor aquí, así papá y mamá no nos echan de menos a los dos. Oye, ¿cómo sabías que estaba en casa?

—Me llamó mamá cuando llegasteis ayer, se extrañó al verte y, claro, le tuve que decir que habías ido con...

—Ni se te ocurra nombrarlo —le señalé con el dedo.

—Hija, que es un hombre normal y corriente, no Voldemort, por Dios —rio.

—Para mí, como si le queréis llamar Satanás, no descarto que sea familia suya.

—Qué mala eres, hermana. Venga, levanta y a la ducha.

—¡Claro! Como es tan fácil ducharse sola con esto puesto —señalé la escayola.

—Quieres que te ayude a bañarte, ¿cómo cuándo eras pequeña?

—¿Quieres que te dé con la escayola en la pierna derecha y así vamos a juego?

—Qué agresiva. ¿Qué pastillas te han recetado? —Cogió la caja y se la quitó de las manos.

Acabamos los dos riendo y me abrazó mientras me besaba la frente— Voy a avisar a mamá para que te ayude, mientras te hago un desayuno rico, rico y luego nos vamos.

—Vale —Chus se levantó y, cuando estaba a punto de salir, lo llamé—. Gracias, por ser mi hermano, por... todo.

—No hay de qué, ya te pasaré la factura de mis servicios.

—¡Serás! —Le tiré un cojín, pero cerró la puerta.

Después de la ducha y coger mi bolsa con ropa, salí a la cocina y ahí estaba mi hermano, esperándome con el desayuno.

Se tomó un café conmigo y nos despedimos de mis padres, que me habían dejado mi espacio y no preguntaron qué había pasado el día anterior para que volviera a casa y hoy me marchara de nuevo.

En el camino Chus no dijo nada en referencia a Alexis, pero bien sabía yo que tenía que contarles todo, no podía quedarme con eso dentro y comerme la cabeza, no era sano.

En cuando entramos en el piso de las chicas, Andrea me dio un abrazo y me llevó al sofá, mientras mi hermano llevaba mi bolsa a la habitación.

—Huele a paella —dije mirando a mi amiga.

—Sí, está terminándose de hacer.

—Tengo que hablar con vosotros, pero mejor cuando esté Oli —dije cuando se sentó mi hermano.

—Sin problema, no creo que tarde en venir, dijo que iba a pedirle a su jefa salir antes.

—Este pasa mucho tiempo aquí —le dije a Andrea, señalando a mi hermano—, plantearos pedirle un alquiler, o que os llene la nevera de vez en cuando.

—No, si me da a mí que llenar, llena, pero no la nevera.

—¿Decíais? —preguntó mi hermano, como si no fuera con él la cosa.

—Nada, hijo, que sigas viendo la tele. Anda ponme unas patatas, aceitunas, jamón, no sé, algo, que soy una visita y, además, impedida —arqueé la ceja.

—Lo que tiene que hacer uno por las hermanas...

Fue a la cocina y poco después volvió con una bandeja bien surtida. No había hecho más que sentarse cuando llegó Olivia.

—¿Cómo está mi reina? Aquí le traigo su trono —sonrió mientras empujaba una silla de ruedas.

—¿De dónde carajos has sacado eso, niña? —pregunté riendo, poniéndome en pie y caminando con las muletas.

—La he conseguido por ahí —dijo mirando a los otros dos—, es para que puedas moverte mejor por la casa y por la de tus padres cuando vuelvas, claro. Las muletas deben ser un coñazo.

—Por Dios, que ahora voy a ser como el pobre niño de Juego de Tronos —me senté y ellos rieron—. Bueno, mira, al menos voy más cómoda.

—¿Qué habéis sacado? —preguntó Olivia.

—Un aperitivo, preciosa, que mi hermana quería comer.

Los miré girando la cabeza como en cámara lenta, y es que me sorprendió que la llamara así.

Miré a Andrea y, al unísono, murmuramos un “preciosa” en silencio.

Nos sentamos y me abrí a ellos, les conté todo lo que me había dicho Alexis y ahí acabamos los cuatro llorando y sorprendidos. Hasta mi hermano, que para verlo llorar a él... había que echar una instancia, como para hacer papeleos en el ayuntamiento.

—No me lo puedo creer, qué mala es la gente —dijo Olivia, secándose las mejillas.

—Desde luego, la manera en la que jugó Alexis conmigo.

—Me refería a esa tal... como se llame.

—¿Perdona? O sea, yo soy la víctima, ¿vale? —Me llevé la mano al pecho.

—Ari, está chantajeando a Alexis para que vea a su hijo —contestó Andrea.

—Sí, sí, y lo siento por él, pero, ¿y el modo tan rastrero en el que me trató accediendo a semejante bajeza? Vamos a ver, que para ver a su hijo tuvo que restregarme en las narices que estaba con otra, y me hizo pasar los peores días de mi vida, no lo olvidemos.

—Hermanita, ese hombre estaba hecho mierda cuando hablé con él, la noche que te atropellaron.

—Hecha mierda estaba yo, y sigo estando. Me mintió, no me contó nada desde un principio, que, por cierto, podría haberlo hecho, ¿eh? Mira, preciosa —intenté imitar la voz masculina lo más que pude—, tengo un hijo y la zorra de su madre me chantajea para poder verlo, me la tengo que follar, lo digo por si no quieres involucrarte conmigo, no vaya a ser que se entere que me follo a una cría y me la juegue.

—No busques trabajo como imitadora, no vales para eso —dijo Andrea.

—Vete a la mierda —reí.

—Ari, solo digo que, si no sintiera nada por ti...

—No, ¿me oyes? —Miré a mi hermano y empecé a llorar, le señalé con el dedo—. No intentes convencerme, por favor. Si sintiera algo por mí, lucharía. Pero, si ni siquiera lo hace por su hijo, qué puedo esperar yo, ¿eh? Nada, Chus, nada en absoluto.

—Pobre hombre, se lo están haciendo pasar mal y tú no le apoyas.

—Espera. ¿Qué? ¿Cómo quieres que le apoye, Oli? No, es que... estoy flipando —me levanté, cogí las muletas y empecé a caminar por el salón—. Que no le apoyo, dice. ¡Toma ya! No, si encima estáis todos de su parte y a mí que me jodan. ¡Pues nada! Perfecto. ¿Sois mis amigas y mi hermano, o suyos?

—Ari, siéntate que no debes tener la pierna tanto tiempo apoyada.

—¡Ah, mira! Eso sí le preocupa a mi querido hermano.

—Hija, es que nos da pena Alexis.

—Andrea, a mí también me parece una putada que le esté chantajeando la madre de su hijo para poder verlo, pero, ¡por Dios, que se la sigue follando! Muy mal no creo que lo pase.

—Mira, vamos a olvidarnos del tema...

Pero yo no podía olvidarlo, me había utilizado un hombre por el que sentía algo bonito y, ahora, la mala a ojos de los míos, era yo. Había que joderse.

Pasé del tema, me olvidé de Alexis y comí con los míos, aunque me molestaba que estuvieran más de parte de ese hombre al que apenas conocían, que de la mía.

Por la tarde estuvimos viendo viejas películas, comiendo helado, pasteles, chucherías y, para cenar, mi hermano fue a por hamburguesas.

Las lágrimas quedaron olvidadas durante unas horas, y las risas fueron mis fieles compañeras.

Me acosté antes que los demás, y es que, entre la pierna, la silla de ruedas y las pastillas, estaba agotada y necesitaba descansar.

Veríamos qué sorpresas me deparaba el nuevo amanecer del día siguiente.

Capítulo 26



Me levanté agobiada por el día anterior, aunque también reconozco que me reí mucho. Me senté en la silla de ruedas y fui a la cocina, todos seguían durmiendo.

Andrea se levantó primera y se puso a desayunar conmigo.

—No me hables de Alexis —le pedí cuando en ese momento sonó el timbre de la puerta y ella se levantó para abrir.

—Tranquila —dijo pidiéndome un segundo para ver quién era.

Lo escuché desde la cocina y solté el aire, era él.

Entró con mi amiga que cogió su café y nos dejó a solas.

—Perdona que me cuele así, pero no me podía marchar sin despedirme —murmuró mirándome con tristeza.

—¿Te vas?

—Sí, mañana, aquí ahora mismo no me queda nada, lo he perdido todo, se me quitaron las ganas de luchar por mi hijo y por todo, no me encuentro bien, estoy muy perdido. Desde fuera gestionaré los representados que llevo desde aquí, allí tengo más, además hay algunos a la vista para fichar.

—¿Quieres un café?

—Sí, tranquila me lo hago yo —dijo estirando la mano para que no me levantara.

En ese momento creo que se me había bajado la tensión, pues que me dijera que se iba de forma inmediata me había sentado como un jarro de agua fría.

Se sentó frente a mí con cara de agotamiento.

—No sabes cómo siento lo que te hice pasar, solo quiero que sepas que, si pudiera dar marcha atrás, lo hacía, me arrepentiré toda la vida.

—Bueno, pasó —dije con tristeza—. Es verdad que me hiciste mucho daño, es algo que no se olvida tan fácil. No te odio, entiendo que la desesperación puede llevar a hacer muchas cosas, pero jamás comprenderé porque no te tomaste tu tiempo antes de hacerlo —se me cayeron las lágrimas.

—No llores por mí, no me lo merezco.

—Es rabia.

—Si algún día me necesitas, solo tienes que llamarme y tardaré lo menos posible en estar aquí, no lo dudes.

—No digas nada más, por favor —murmuré llorando y con un nudo en la garganta impresionante.

—Está bien. Prométeme que te cuidarás mucho.

—No te preocupes ¿Dónde te vas?

—A Miami.

—Aquí al ladito —bromeé.

—Diez horitas de vuelo —sonrió con tristeza—. Gracias por haberme recibido.

—No te abrí, lo hizo Andrea —volví a sonreír entre lágrimas.

—Tienes razón, pero no me has echado...

—Hay una parte de mí que te comprende, me da mucha pena también como terminó todo, pero a pesar de saber en la situación que te encontrabas, yo no te hubiera expuesto y eso es algo que no me lo saco de dentro.

—Fui un insensato y un cobarde, te comprendo a la perfección.

—Tranquilo, de corazón te deseo que seas muy feliz.

—No lo seré, demasiados errores en mi vida, pero bueno, voy con la esperanza de intentar comenzar una nueva vida desde la tranquilidad y lejos de todas mis cagadas.

—En Miami con esa playa y ese clima, seguro que te irá bien —dije y vi cómo se secaba las lágrimas.

—¿Me vas a dar un abrazo antes de irme?

—Claro.

Me levanté y él me ayudó, rompimos a llorar abrazados mientras besaba repetidamente mi mejilla.

—Ya sabes, cualquier cosa puedes llamarme, por muy lejos que me encuentre, siempre estaré para ti.

—Gracias.

Se marchó y volví a sentarme, me puse las manos en la cara y rompí a llorar.

—Eres idiota —dijo Andrea, entrando—. Lo escuché todo y, de verdad, dejar ir de esa manera a alguien que te demostró que renuncia a todo, hasta a su hijo por ti.

—No me digas nada, por favor —me fui hacia el cuarto.

Me eché sobre la cama y comencé a llorar como si no hubiera un mañana, le pedí a mi hermano que me llevara a casa cuando lo escuché levantarse.

Mis amigas estaban en silencio, Andrea le contaría todo a Olivia y mi hermano.

—Chicas, otro día nos vemos, ahora necesito estar sola.

Las dos afirmaron con tristeza, mi hermano me llevó hasta la casa donde mis padres del tirón me abrazaron, rompí a llorar, pero les pedí que no me dijeran nada.

Quería estar sola, necesitaba sentir esa sensación de que nada ni nadie intervinieran en mis ideas, es más, quería vivir este momento yo y solo yo, la única que me había metido en esto.

Por un lado, me daba mucha pena, hasta ahí entendía a mis amigas, pero por otro yo era una persona muy leal, ya me pudieran estar matando que, a las personas que amo, no sería capaz de jugársela ni hacerle pasar por el mal trago que me llevó a mí.

A la hora de la comida mi madre casi a modo de súplica me pidió que fuera a la cocina y eso hice, comí con ellos, mi hermano no estaba, volvió a la casa de las chicas y es que ahí se estaba mascando el romance del año, se habían vuelto inseparables.

—Hija, no voy a entrar en nada, pero me pregunto si eres capaz de dejar escapar aquello que te hace feliz —dijo mi padre con tristeza.

—No lo voy a frenar, no lo voy a hacer, lo primero porque no estoy preparada para estar a su lado y recordar lo que un día me hizo, se lo echaría en cara constantemente y no seríamos felices. Por otro lado, su historia es muy fuerte y creo que jamás nos dejarían ser felices.

—Te puedes arrepentir, cariño.

—Mamá, lo sé, seguramente lo haga, pero tengo ese demonio aún de ellos dos abrazados y aparecer también por la playa con esa frialdad, fue muy fuerte.

—Te entendemos, hija, es solo que sabemos que estás mal.

—Saldré de esta como lo hice de Alonso.

—Está bien —murmuró mi padre, con esa tristeza que tenía contagiada yo a todo el mundo.

Me pasé toda la tarde en mi cuarto escuchando música, lágrima tras lágrima, sintiendo asco por como la vida me había tratado en el amor, recordando por momentos ese fin de semana junto a él, pero a la vez se me venían los recuerdos con ella. Esto, era una tortura.

El lunes por la mañana vino a verme Andrea, todos estaban trabajando y se coló por sorpresa, lo agradecí, necesitaba un abrazo y parecía que ella me había caído del cielo.

—Vengo de estar con Alexis, ya se iba para el aeropuerto ya que tiene que hacer escala —fue decir eso y me eché a llorar—. Me pidió que te diera esto, dice que se lo guardó como recuerdo del fin de semana en el barco, de aquella botella que no podías descorchar —no me lo podía creer, era el tapón de corcho al que le dibujé un corazón y que él, sin yo saberlo lo había guardado, me derrumbé por completo.

—Me duele mucho, amiga, me duele en el alma, pero tengo un demonio dentro que me costará sacar, lo pasé muy mal con lo que me hizo con Fiama.

—Lo sé, bonita.

—¿Cómo estaba él?

—Destrozado, diciendo que aquí en España había perdido a las personas que más amaba, su hijo y tú, que ya no le quedaba más que dolor, que se iba por no amanecer aquí cada día teniéndoo tan cerca y a la vez tan lejos.

—Me da mucha pena, pero bueno, no tengo culpa de la historia con la hermana de Fiama y, menos, me merecía que me usaran para hacerme daño.

—Te entiendo, bonita —echó mi pelo hacia atrás.

Estuvo toda la mañana conmigo e incluso se quedó a comer con nosotros cuando mis padres llegaron.

Me animaron a irme al piso de ellas, pero no, no tenía ganas, solo quería estar tranquila en mi habitación con mi historia y con todo lo que me había pasado. Era hora de encontrarme a mí misma y es que estaba muy perdida.

Los siguientes días los pasé igual, cada mañana venía Andrea y se quedaba conmigo hasta la hora de la comida, luego se marchaba, alguna que otra noche apareció Chus con Olivia a cenar, no decían que eran pareja, pero tontos no éramos, además él ya se había hecho su sitio en el piso de las chicas y de ahí no se movía.

Cada día aguantaba un dolor increíble y es que no se me pasaba nada, perdí hasta peso. El viernes de esa semana me fui con las chicas y mi hermano al piso hasta el domingo. Olivia y Chus, salieron el sábado por la noche, todo lo contrario, a Andrea y a mí, que nos quedamos viendo pelis en el sofá, sabía que ella no me quería dejar sola con mi estado de ánimo y el lastre de mi pierna.

El domingo por la noche me volví a casa, siempre lo mismo, por las mañanas venía Andrea y comía con nosotros, algunas noches aparecía Chus y Olivia y el viernes me iba yo para su casa para volver el domingo.

El lunes, dos semanas después de que se hubiera marchado Alexis, por fin me quitaron la escayola, ahora tenía que ir, poco a poco, y no apoyar mucho la pierna, pero al menos iba progresando, eso fue un alivio para mí.

Ni que decir que las pasarelas no las iba a tocar en un buen tiempo...

Capítulo 27



La vida era una tómbola, de eso no tenía, duda, pero es que, joder, con las papeletas que tocaban algunas veces.

La pierna no iba mal, poco a poco, comenzaba a poder caminar sin las muletas, pero poco tiempo porque me cansaba, al menos con la rehabilitación todo iba bien.

Por otro lado, estaba mi rutina diaria, y es que seguía viviendo entre semana con mis padres y pasando los fines de semana en el piso de mis amigas, y con mi hermano. Ese hombre se había acoplado allí de maravilla, y entre él y Olivia, al final acabaría pasando algo, se veía a leguas, o al menos eso esperaba yo, a mí me haría muy feliz, la verdad.

No salía a correr, eso era forzar demasiado por el momento, pero no había mañana que no me tomara un café con las chicas como hacíamos antes, y llevarles después uno a mi padre a la comisaría y a Sergio, por supuesto, ese inspector se había convertido uno más del grupito mañanero.

Andrea me mandó un mensaje para decirme que estaba esperándome fuera, así que cogí el bolso y salí de casa.

—Mira qué guapa va mi rubia —sonrió cuando me subí a su coche.

—Sí, es que la muleta es un complemento que se lleva mucho ahora —bromeé.

—Habría que tunearla.

—Claro, le pones unas cintas de raso bonitas alrededor del palo, y una moñita donde apoyo el brazo. Anda que...

Reímos y llegamos a la cafetería donde ya nos esperaba Olivia. Estaba distraída mirando el móvil y con una sonrisa de oreja a oreja que, sin duda alguna, me daba a entender que estaba hablando con mi hermano.

—¡Te pillé! —dije poniéndole los brazos en los hombros.

—¡Hija de tu santa madre! ¡Qué susto me has dado! —Se llevó la mano al pecho.

—¿Con quién hablabas que tenías esa sonrisa de quinceañera?

—Con nadie —dejó el móvil en la mesa.

—Sí, sí, con nadie dice. Chiquilla, que las paredes del piso son muy finas —contestó Andrea.

—Huy, cuenta, cuenta, ¿qué se escucha?

—Nada, ¿qué se va a escuchar? Esta que es una exagerada —protestó Olivia.

—Mujer, que, si estáis juntos mi hermano y tú, yo seré más feliz que todas las cosas, de verdad que sí.

—Anda, deja de cotillear. ¿Cómo está esa pierna?

—Mejor, la verdad, pero ya quiero soltar la muleta.

—Poco a poco.

Desayunamos y, como venía siendo habitual, cogimos dos cafés y fuimos a comisaría.

En cuanto Gerardo me vio, me dio un abrazo que casi me ahoga.

—Me alegro de verte tan guapa como siempre. Esa muleta en nada la sueltas, ya verás.

—Eso espero, porque si no, me va a dar algo.

—Hombre, si están aquí las tres muchachas más simpáticas de toda la ciudad.

—Sergio, que te traemos el café, no hace falta que nos hagas la pelota.

—Menos mal. Aunque, lo de que sois simpáticas, no es peloteo. ¿Qué tal estás, Andrea?

—Bien.

Y ahí que fue mi amiga, andando más rápida que el Correcaminos por el pasillo hasta el despacho de mi padre.

—Esta mujer, se pone nerviosa cada vez que el subinspector está cerca.

—Aquí hay tomate, Oli, te lo digo yo.

Entramos al despacho y mi padre nos recibió como si acabaran de llegar sus ángeles de la guarda.

—Estoy agotado, tenemos un caso entre manos que... me tiene loco.

—Papá, tienes que tomártelo con calma. Espera, esa de las fotos es Fiamma —cogí la foto que tenía en la mesa y me quedé loca— ¿La estás investigando?

Mi padre y Sergio se miraron sin entender nada, pero imaginad mi cara y la de las chicas, que entendíamos menos todavía.

—¿De qué la conoces?

—Ella es una de las modelos con la que he tenido que trabajar alguna vez, y es con la que Alexis... —el simple hecho de pronunciar su nombre, me ponía con un mal cuerpo increíble— ¿Qué pasa con esta mujer, papá?

—¿Qué relación tiene con este juez, hija? ¿Lo sabes?

Me enseñó la foto de un hombre de unos cincuenta años, pero no tenía ni la menor idea de quién era.

Entonces vi otra en la que estaban ese hombre, con Fiamma, otra mujer y un niño pequeño.

—Papá, creo que esa puede ser la hermana de Fiamma, este juez...

—Espera... ¿La madre del hijo de Alexis? —preguntó Olivia.

—La misma.

—No me jodas.

—¿Quién es Alexis? —preguntó Sergio, y entre las chicas, mi padre y yo, le pusimos al tanto de quién era y, en caso de ser esa la hermana de Fiamma, ese sería el juez que había evitado que Alexis viera a su hijo—. Pues, señoritas, voy a investigar a ver si esta mujer es la hermana, te voy contando, Fernando.

—Sí, por favor, porque en ese caso, la investigación toma un nuevo giro para mí.

—Vale, nos vemos chicas.

—Huy, descuida, en un par de días nos tienes aquí.

—Eso espero —dijo sonriendo, pero mirando a Andrea.

—Papá, ¿qué pasa con ese juez? —pregunté, cuando se marchó Sergio.

—Hija, no puedo contarte nada, es un caso abierto, estamos investigando y...

—Vale, vale, lo entiendo.

—Te prometo que, en cuanto pueda contarte algo, lo haré.

Asentí, nos despedimos y salimos de la comisaría. Olivia volvió al trabajo, Andrea me dejó en casa y, mientras se hacía la pasta para la comida, me metí en mi cuenta de Facebook y miré la de Alexis.

Sí, estaba en Miami, en aquel lugar al que había dicho que se marchaba a empezar de cero.

Había estado subiendo fotos de la playa, de algún amanecer, no ponía ningún texto, pero yo sabía, o al menos lo pensaba, que muchas de esas fotos eran expresamente para que yo las viera.

Se le veía a él también en algunas, en actos a los que acudía con sus diferentes representados.

Y nunca, jamás, posaba abrazando a una mujer, eso me extrañaba.

En alguna ocasión se me pasó por la cabeza llamarlo, preguntarle cómo estaba, incluso mandarle un mensaje, pero enseguida descartaba esa absurda idea.

¿Qué iba a decirle? No podía confesar que seguía pensando en él, que lloraba cada noche y que querría verlo. Aunque tampoco quería hacerlo, si le viera una sola vez... sería doloroso.

En ese momento vi que acababa de subir una foto nueva, salía él, de espaldas a la cámara, sentado en la playa, mirando al horizonte, acompañada de una frase.

“La vida es una sucesión de lecciones que uno debe vivir para entender. Ralph Waldo Emerson”

Dejé el teléfono en el sofá y empecé a llorar.

Solo había sido un fin de semana con él, y dos días antes de eso, cinco días a su lado y me había hecho sentir mucho más que Alonso en meses.

Bien es cierto eso que dicen que no es necesario llevar mucho tiempo con una persona para que sientas algo grande.

Cuando escuché la puerta me sequé las lágrimas, fui a la cocina y ahí esperé a mis padres.

—Qué bien huele esa pasta —dijo mi padre.

—Gratinada, como al señor inspector le gusta —sonreí.

—Has llorado —arqueó la ceja.

—No es nada.

—Cariño, no me gusta verte así.

—Lo sé, mamá, pero tranquila que estoy bien.

Comimos y me fui a la habitación, allí pasé el resto del día, llorando, escuchando música y viendo a Alexis en las fotos.

No salí ni a cenar, no tenía ganas, solo quería estar sola.

Dos días después seguía igual, llorando cada vez que recordaba a Alexis.

Las niñas me obligaron a irme esa noche al piso, era miércoles y decían que íbamos a ver una peli que estrenaban cenando pizza y helado.

—Hermanita, la peli es de miedo, así que ya sabes, aquí está tu héroe —me hizo un guiño.

—No me asusto, ya lo sabes. Anda, tú tira para allá con tu novia —lo dejé caer, a ver si alguno decía algo, porque esperaba que lo negasen, pero no dijeron ni pío.

Chus, se sentó en el sofá con Oli a su lado y le pasó el brazo por los hombros. Miré a Andrea, que comía pizza tan tranquila como si aquello fuera lo más normal.

—A ver, ¿me he pedido algo? —pregunté.

—La peli como no la pongamos ya —contestó Olivia.

—Digo de... esto, sea lo que sea que haya entre vosotros.

—No, no te has perdido nada. Venga, come y calla.

—Joder, cómo se nota que es el mayor —protestó Andrea.

Sí, vi la película, pero no le quité ojo a mi hermano ni a mi amiga en ningún momento, y es que esos dos... tenían un rollo y no querían hacérselo saber. No entendía el motivo, pero bueno.

A ver, mi hermano estaba tramitando el divorcio de la arpía de Alicia, no tardaría mucho en que fuera oficial, por lo que no veía inconveniente a que nos contaran si había algo entre ellos.

Joder, que se conocían de toda la vida, y si mi hermano no se había dado cuenta antes de que Olivia estaba coladita por él, es que era tonto.

Después de la peli estuvimos viendo otra, aún era temprano así que ahora tocaba una comedia.

Me dolía todo de reír, pero eso era lo que necesitaba, reírme y no pensar en nada.

Aunque era inevitable que Alexis, se apoderara de mis pensamientos en más de una ocasión.

—Me voy a la cama —dije levantándome del sofá.

—Si no ha acabado aún —contestó mi hermano.

—Ya, bueno, es que estoy un poco cansada.

—Vale, pues descansa.

Me puse el pijama y en cuanto me metí en la cama, ya estaba con el móvil en la mano.

No podía evitarlo, necesitaba ver si subía más fotos.

Alexis se había ido a Miami Beach, a la zona en la que asesinaron a Versace.

Subía muchas fotos, pero me había dado cuenta que la que nunca faltaba era la de por la mañana cuando desayunaba, siempre en el mismo lugar.

Cerré los ojos con el móvil en el pecho y las manos cruzadas sobre él, ¿y si lo llamaba?

Solo para saber cómo estaba, interesándome por él, solo para decirle que yo estaba bien, mucho mejor de la pierna...

No, mala idea, si quisiera saber cómo estaba yo, me habría llamado él, o al menos habría mandado un mensaje y no lo había hecho.

Estaba lejos, en el otro lado del mundo, haciendo su vida, lo mismo que debería estar haciendo yo, pero era incapaz.

¿Por qué no podía dejar de pensar en él? ¿Por qué no conseguía sacarlo de mi cabeza?

Si pude hacerlo con Alonso y fueron años juntos, ¿qué me costaba hacerlo con Alexis y superarlo?

Me recosté en la cama, dejé el móvil en la mesita, me abracé a la almohada y, como cada noche desde que Alexis salió de ese piso, empecé a llorar.

Lo echaba de menos, esa era la pura verdad, echaba de menos al hombre con el que había cruzado una mirada aquella noche mientras desfilaba y sentí una conexión tremenda.

Quería verlo, quería escuchar su voz, sentirlo, poder tocarle, pero no merecía ni siquiera eso, porque lo dejé marcharse sin pedirle que se quedara y luchara por mí, por su hijo.

Su hijo... ¿Dónde acabaría la investigación de mi padre sobre ese juez? No había vuelto a saber nada de ese tema, así que ya tenía algo que hacer al día siguiente, ir con las niñas a comisaría a ver a mi padre, pues no había ido en esos días a visitarlo.

Tenía que conseguir que me dijera algo, que me contaran él o Sergio, si ese juez era quien yo creía que era.

Si ese fuera el caso, tal vez Alexis tendría una oportunidad de recuperar a su hijo. No sabía por qué le investigaban, ni si su mujer o Fiama, tendrían algo que ver con eso, pero. Si estaba en mi mano ayudar a Alexis, lo haría.

Si con eso conseguía al menos recuperar a su hijo, habría merecido la pena.

Capítulo 28



—¡Buenos días! —grité al entrar en la cocina.

—Hostia, ¿tú, despierta tan pronto? —preguntó mi hermano.

—Hombre, pues claro, para desayunar con vosotros.

—Venga, pues siéntate que ahí van unas tostadas y el café —dijo Olivia.

—Andrea, luego nos vamos con esta petarda a tomar café y a ver a mi padre.

—Eso está hecho.

—Lo que os gusta ir a la comisaría, ¿tanto os pone un tío de informe?

—Sí —contestamos las tres al unísono, y acabamos riendo a carcajadas.

—No sé para qué pregunto.

—Anda, que tú en traje estás que cruje, bobo —contestó Olivia.

—Sí, sí, ahora. Es bueno saber que soy segunda opción. Si es que tendría que haber seguido los pasos de mi padre.

—Tan contento que se habría puesto el señor Fernando, ya te lo digo yo, hermano.

—Me voy, que me tenéis contento.

Y como si de un acto reflejo se tratara, le dio un piquito a Olivia, como si Andrea y yo no estuviéramos ahí delante.

Nosotras no dijimos nada, le vimos marcharse y en cuanto cerró la puerta, miramos a nuestra a miga.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté.

—El qué.

—Sí, tú disimula, cabrita, pero te ha dado un pico en los labios que lo he visto yo con estos dos ojitos —dije señalándome los.

—Pues eso, ya está.

—Huy, huy, que estos dos en la cama no juegan al parchís precisamente, —escuché a Andrea.

—No, me da que son más de jugar a los médicos.

—Ya vale, ¿eh? Solo ha sido un pico de nada, por el amor de Dios.

—Sí, pero esta es su hermana y no le ha dicho, ni ahí te quedas.

—Andrea, que me dejes ya.

Olivia cogió sus cosas y salió del piso.

—Vaya dos, esos han follado y no sueltan prenda.

—Bueno, mi hermano estaba divorciándose, igual por eso no quieren contar todavía nada.

—Pues cuando lo cuenten, te juro que les hago la ola y el baile del sapito.

—Estás fatal —reí.

Pasamos la mañana limpiando un poco la casa y luego fuimos a hacer la compra, dejamos la comida lista y salimos para ir a ver a mi padre.

—Cafelito para mis niñas —dijo Olivia, cuando llegamos, que ya tenía los cafés en la mesa.

—Así me gusta, llegar y no tener que esperar que me sirvan —contestó Andrea.

Me sonó el móvil y, no sé por qué, quise que fuera Alexis, pero no, era uno de esos mensajes de publicidad de mi compañía telefónica.

—Ari, deberías llamarle tú —miré a Olivia y se encogió de hombros.

—No, no debería. Él está allí y...

—Sí, y tú aquí, y estáis los dos hechos una mierda.

—¿Sabes algo de él, Andrea?

—No, pero vamos que me lo imagino. Tal como se fue.

—Sigo mirando en su Facebook. Sube todos los días una foto del mismo sitio en el que desayuna, y algunas de la playa.

—Y, si sigues mirando eso, ¿por qué no lo llamas?

—Porque no, dijo que le llamara si le necesitaba, pero es que no le necesito.

—No, claro que no. Venga, a otra con ese cuento, guapita.

—Andrea, es cierto, no lo necesito. A ver, lo llamo y, ¿qué le digo?

—Hola, cómo estás, te echo de menos, ¿por ejemplo?

—No, no. No puedo decirle eso.

—Pues ves a verlo y se lo dejas claro, sin palabras, pero con actos.

—Olivia, si no soy capaz de llamarlo, ¿cómo coño quieres que vaya a verlo?

—¿En avión? —Levantó ambas manos como diciendo que eso era obvio, pero es que no sabía si ir, era la mejor idea.

—Vamos a ver a mi padre —me puse en pie.

—Eso, ella evadiendo hablar del tema.

—Igual que tú, Olivia, igual que tú.

Entramos en comisaría y fuimos directas al despacho de mi padre, allí estaba Sergio hablando con él, del caso del juez.

—Hola, chicas —sonrió el subinspector—. Me estáis malcriando con tanto café.

—Eso es porque nos caes bien, si no, te habríamos dado el segundo con veneno.

—¡Ari! —rio Olivia.

—Esta hija mía, no puede tener más guasita.

—Papá, ¿sabéis ya si esa mujer es la hermana de Fiama?

—Sí, hija, es ella.

—Dios mío. ¿En qué lío anda metida? Por Dios, papá, ese niño ese el hijo de Alexis.

Cogí la foto en la que se veía al niño y no pude evitar sonreír. Era guapísimo, se parecía un montón a su padre.

—Hija, estamos en una investigación abierta, no puedo contarte nada, pero, si puedo ayudar a ese hombre, ten por seguro que lo haré dentro de mis posibilidades.

—Vale, pero cuando puedas decirme por qué le estáis investigando...

—Lo haré, dame unos días, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Andrea salió para ir al baño y Sergio lo hizo poco después con el móvil en la mano, no regresaron ninguno de los dos, cuando nos despedimos de mi padre, Olivia y yo salimos. En el pasillo estaba Sergio, muy cerca de Andrea, con una mano en la pared, mientras ella estaba ahí apoyada.

—Andrea, nos vamos.

—Sí.

Se alejó de Sergio como si fuera un caldero en llamas, vamos, que le faltó correr. Él, en cambio, tenía una medio sonrisilla en los labios de lo más pícara.

—Lo que yo te digo, que aquí hay tomate, Ari —murmuró Olivia.

Mientras ella volvía al trabajo, nosotras regresamos al piso, no saqué el tema Sergio en ningún momento, quería esperar a que estuviéramos las tres para que Andrea, nos contara qué se traían entre manos el subinspector y ella.

—Aquí llegan los tortolitos —sonreí al ver a mi hermano y Olivia entrar en el piso.

—Qué perra te ha dado, Ari, de verdad —se quejó mi amiga.

—Perra ninguna, lo que veo. No estoy ciega, ni soy tonta, así que, cuando queráis decirme que estáis juntos, lo hacéis.

Mientras comíamos no dije ni esta boca es mía, pero en el café...

—Bueno, Andreita, desembucha. ¿Qué tienes con el subinspector?

—Eso, que esta mañana os vimos muy juntitos —dijo Olivia.

—Nada, me acorraló y ya.

—Un hombre no te acorrala, si no está interesado en algo —contestó mi hermano.

—Ahí le has dado, Chus —le señalé.

—No vais a parar hasta que hable, ¿verdad? —preguntó Andrea, y nosotras dos asentimos— Joder. Vale, a ver... ¿Os acordáis del evento ese al que fui hace tres años?

—Hija, has ido a tantos, que he perdido la cuenta.

—El de Madrid, Oli —volteó los ojos—, el que os dije que me había gustado un tío y que pasó algo.

—¡Hostia! No me digas que Sergio es el empotrador del hotel —me incorporé sorprendida, porque eso era lo que menos me esperaba.

—El mismo —Andrea se apoyó en el respaldo del sofá con los ojos cerrados y soltó el aire.

—Madre mía, sí que da vueltas la vida, sí —murmuró Olivia.

—Y se te ha removido todo, como si lo viera.

—Ari, no es que se me haya removido todo, es que me pongo nerviosa cada vez que estamos juntos.

—Chica, nerviosa no sé —intervino Olivia—, pero que saltan chispas, ya te digo yo que sí. Vosotros tenéis feeling, de eso no hay duda.

—Deduzco que él también te ha recordado.

—Pues, aunque parezca mentira, sí, y, no solo eso.

—Habla, que me tienes en ascuas —pidió mi hermano.

—Tú eres un cotilla.

—Andrea, vivo con tres mujeres, ¿qué esperabas? Venga, qué más hay entre el poli empotrador y tú.

—Dice que durante este tiempo ha estado viendo mis redes y eso, que quería hablarme, pero que al final nunca se decidió. Y...

—¿Y? —preguntamos los tres.

—Quiere que quedemos para cenar, que nos conozcamos más y eso.

—Ya estás llamando a ese hombre y quedando con él. Si es sobrino de mi Gerardito —sonreí—, es buena persona. Además, te mira con unos ojitos...

—Ari, no sé si...

—Mira, Andrea, recuerdo bien la semana que pasaste después de volver de ese viaje. Te gustó

ese hombre, estuviste hecha polvo y no tenías manera de localizarlo. Solo era un poli al que conociste en el evento de casualidad y después de una noche de charla y copas, pasó lo que pasó. Os perdisteis y ahora habéis vuelto a encontraros. No dejes pasar la oportunidad.

—Ari, podrías seguir tu propio consejo con Alexis —dijo mi hermano.

—Chus, estamos hablando de la vida de Andrea, no de la mía.

—No tengo su teléfono.

—¡Menudo problema! ¿De qué sirve ser la hija del inspector y jefe de tu poli? Anda que...

Llamé a mi padre y le pedí que me mandara por mensaje el teléfono de Sergio, se quedó un poco descolocado, así que tuve que contarle un poco por encima la historia de ese par. Empezó a reír y me dijo que por eso estaba siempre merodeando por su despacho, por si nos veía llegar.

Cuando colgué, no tardó apenas en llegarme el mensaje y le di a Andrea el número.

—Y, ahora, lo llamas.

—No, ahora no. Ya si eso...

—Ya está marcando —dijo Olivia, con el móvil de Andrea en la mano.

—¡Qué hija de...! Hola, ¿Sergio? —sonreímos al escuchar el nombre del subinspector, ella se levantó y se encerró en la habitación.

—Mírala, ahí va la quinceañera —dijo mi hermano, haciéndonos reír.

No sé el tiempo que estuvo Andrea en su habitación, pero cuando salió lo hizo con una sonrisa de oreja a oreja.

Y sí, había quedado para salir con el poli a cenar el viernes por la noche.

Acabamos el día como muchos otros, viendo películas y cenando pizza, no me dejaban sola, no querían que me encerrara a llorar como había estado haciendo desde que se fue Alexis.

Pero eso era inevitable, acabaría pasando de nuevo porque seguía sintiendo algo por ese hombre. Siendo sincera, sentía demasiado por él.

Me metí en la cama y vi su perfil de Facebook, de nuevo esa foto desayunando en aquel lugar, al final me atrevería a ir a verlo solo por conocer ese rincón desde donde él, disfrutaba de ese cielo tan bonito.

No sé la de veces que me metí en su WhatsApp para escribirle y volvía a salir porque no tenía el valor suficiente.

¿Cómo era posible que no me atreviera? Bueno, lo sabía de sobra, me daba vergüenza porque no se me ocurría nada que decirle.

Aparte de un “hola, qué tal”, ¿qué más se le dice al hombre del que estás enamorada y al que dejaste marchar?

Enamorada... Una palabra sería aquella, demasiado sería, pero tan real como la vida misma.

Estaba enamorada de Alexis y le había perdido por esa cabezonería mía de no querer saber nada de lo que tuviera que contarme y, cuando lo hizo, en vez de decirle que podía contar conmigo, dejé que se fuera.

Ahora tenía la cabeza hecha un lío, eso me pasaba.

Al menos mi padre estaba investigando a ese juez que, junto a su esposa, prohibieron a Alexis ver a su hijo. Esperaba que aquel asunto nos diera un rayito de esperanza y que él pudiera hacer algo, no sé, tal vez si encontraban demasiadas cosas en contra del juez, Alexis pudiera pedirle a la madre que le permitiera ver al niño sin necesidad de tener que acostarse con ella.

No era capaz de entenderla a ella, se queda embarazada de un hombre que no es su marido y, no contenta con darle unos apellidos que no le corresponden, y prohibir al padre que vea al niño, ¿lo chantajea pidiéndole que se acueste con ella para que pueda verlo?

No sé cómo puede haber personas con tanta maldad en su interior, de verdad que no.

Dejé el móvil en la mesita, otro día que no me atrevía a escribirle diciéndole que lo echaba de menos, que pensaba mucho él. Otro día que la noche se me haría demasiado larga hasta que consiguiera coger el sueño y dormirme.

Otro día, que no dejaba de pensar en ese, “¿y si le hubiese pedido que se quedara...?”

Capítulo 29



Llevaba dos días en casa de mis padres, me apetecía estar con ellos, ya que pasaba más tiempo con las niñas.

Además, el viernes por la noche Andrea salió con el subinspector, y dejé a Olivia y mi hermano solos, que hicieran lo que quisieran, no tenían que ser mis niñeras las veinticuatro horas, solo faltaba eso.

Era domingo y me apetecía estar en casa, en plan tranquilo, pero esos planes se fueron al traste en cuestión de cinco minutos, lo que tardé en salir de mi habitación.

—Buenos días, cariño —mi madre me abrazó y dejó un beso en mi frente.

—Buenos días.

—¿Cómo estás?

—Bien, tranquila —sonreí.

—Tu hermano dice que nos invita a comer, que tiene que contarnos algunas cosas.

—Pues qué bien, yo que pensaba quedarme en casa tranquilita.

—Anda, desayuna.

Me tomé un café y un par de tostadas, recogí la habitación, ayudé a mi madre con la casa y me di una ducha para vestirme.

¿Qué tendría que contarnos mi hermano? Anda que, si la arpía no le daba el divorcio, vaya plan. Pero bueno, confiaríamos en que sí lo hiciera, porque ya me vía yo en la puerta de su casa obligándola a firmar.

Me puse unos vaqueros pitillo, los tacones negros y una camisa blanca. Más mona yo...

—¿Estamos listos? —pregunté cuando vi a mis padres en el salón.

—Sí, hija. Vamos, a ver qué tiene que decirnos tu hermano —mi padre me besó la mejilla.

Llegamos al restaurante que le había dicho a mi madre y ahí estaban él y Olivia, esperándonos con Andrea.

—¿Qué hacéis aquí vosotras? —pregunté tras saludarlas.

—A mí me ha invitado tu hermano —contestó Andrea.

—¿Y a ti también?

—Sí —respondió Olivia, pero estaba en plan tímida, y eso me daba a mí qué pensar.

Pedimos vino, la comida y mi hermano se hacía el loco, no decía ni media palabra de lo que fuera a contarnos, todo lo contrario, hablaba del trabajo con mi padre. Para flipar.

—Bueno, aparte de que en el trabajo te va bien, ¿puede saberse qué querías contarnos, hermano? —pregunté cuando nos trajeron los segundos platos.

—Ya firmé el divorcio el viernes —sonrió.

—¡Toma ya! Hoy me emborracho, que eso hay que celebrarlo, hermano.

—No te caía bien, ¿eh?

—¿Perdona? Esa mujer cambió en cuanto os casasteis y no sé por qué, la verdad, me trataba como si no valiera nada. Tenía unos aires de grandeza, que me daban una rabia...

—Bueno, quizás en parte yo tuviera algo de culpa en eso.

—¿Tú? —pregunté.

—Sí, porque no dejaba de decirle lo orgulloso que estaba de ti, de que no quisieras que nuestros padres, o yo mismo, te ayudáramos a poner tu negocio. Ella estallaba en cuanto se hablaba de ese tema, ya sabes que entró en el hospital por los contactos de su padre.

—Sí, lo sé.

—Se creía que la atacaba a ella al decir que tú querías valerte por ti misma.

—Ya hay que ser estúpida —dijo Andrea.

—Además, había algo más —mi hermano miró a Olivia y ella se sonrojó mientras se mordía el labio.

—¿Qué más, hijo? —preguntó mi madre.

—Como me decía Ariadna en estos últimos meses, había una mujer que seguro me querría más que Alicia, y el problema es que yo lo sabía, y además a mí me gustaba un poco... demasiado.

—Madre mía, madre mía. Espera, que para esto necesito un trago —cogí mi copa y me bebí el vino del tirón, vamos que al final resultaba que a mi hermano le hacía tilín Olivia—. Venga, sigue.

—A Olivia dejé de verla como una niña cuando tenía ya los dieciocho, pero yo estaba con Alicia, pensaba que solo me sentía un poco atraído por ella, pero cuando me hablabas de que tenía un nuevo novio, me ponía enfermo. Alicia lo notaba, pero no sabía exactamente quién era la mujer.

—Joder, estoy flipando —confesé.

—Me casé porque creí que era lo mejor, pero fue un error. No me quitaba a Olivia de la cabeza, y cuando comprendí que quería ser yo quien le causara una sonrisa, y no otro, con Alicia fue todo a peor.

—Me estás dejando muerta, hermano.

—Hijo, cuando el corazón habla, no podemos hacer nada —dijo mi padre, cogiéndole la mano a mi madre.

—Lo sé, papá, por eso decidí dejarlo con Alicia, no era la mujer a la que amaba.

—O sea, que estás con Olivia de manera formal —dije, sonriendo, y él asintió— ¡Ay, por favor, qué alegría!

Me puse en pie y los abracé a los dos. Se me saltaron hasta las lágrimas, y es que mi mejor amiga, bueno, una de ellas, al fin iba a estar con el hombre que ella quería.

Anda que no le había costado tiempo estar ahora así de sonriente. Diez años enamorada de mi hermano, llorando muchas veces porque él, no la veía como mujer, sino como esa niña que jugaba con su hermana.

—Cuánto me alegro, hijo —mi madre estaba llorando tanto o más que yo, y es que bien sabía ella también lo que sentía nuestra Olivia por su hijo.

—Espero que seáis felices, hijo. Me alegra que sea esta jovencita la que vaya a estar a tu lado. Es una gran mujer —mi padre los abrazó y a ella la besó en la frente—. Bienvenida a la familia, hija.

—Gracias —contestó mi amiga llorando como una niña pequeña.

—Bueno, pues ya tenemos a los niños juntitos. ¿Vas a vivir con ellas en el piso? —le pregunté a mi hermano.

—Por el momento, hasta que encontremos uno que nos guste a los dos.

—La casa se la queda la arpía, imagino.

—No, Ari, la estamos vendiendo, con muebles y todo, Alicia se ha ido de alquiler a un piso cerca del hospital.

—Mejor, así mi amiga no tiene que entrar a la casa donde estuvo esa bruja.

—Bueno, habrá que cancelar lo que quedaba de hipoteca, y después ya miraremos algo para nosotros.

—Hijo, sabes que, si necesitáis ayuda, solo tenéis que pedirla.

—Lo sé, papá, gracias.

Al fin recibía una buena noticia, me alegraba por mi hermano y, sobre todo, por Olivia. Esos dos hacían una pareja de lo más bonita, aunque mi hermano era medio lelo y no se quiso dar cuenta antes.

Terminamos de comer y nos fuimos al Bali Beach con mis padres, decían que eso era muy moderno para ellos y no les di una colleja a cada uno, porque eran mis mayores y tenía que respetarlos.

Nos hicimos una foto las tres y la subí a mis redes con una frase.

“Como los tres mosqueteros: Una para todas, y todas para una”

Nos dieron las tantas ahí a los cuatro, pues mis padres decidieron retirarse pronto, a mí se me vino a la mente aquel sábado que Alexis, se presentó por sorpresa.

—No va a aparecer, Ari —me dijo Andrea.

—¿Quién? —Me hice la tonta, pero no coló.

—Alexis, hija, que parece que se te ha olvidado.

—No hablemos de él. A ver, cuéntanos tú, ¿qué tal con Sergio?

—Eso, ¿qué tal el empotrador del hotel?

—¡Chus! —rio Andrea.

—¿Qué? Hija, me he vuelto como vosotras, ya sabes lo que dicen, todo se pega —se encogió de hombros.

—Con Sergio, bien, cenamos, tomamos unas copas y me dejó en casa.

—A eso de las tres de la mañana —dijo Olivia.

—Tú qué estabas, ¿despierta esperando como si fueras su madre? —reí.

—No mujer, es que me levanté con ganas de hacer pis y cuando me metí en la cama, la escuché llegar.

—Vale, aceptamos barco. Entonces, ¿volverás a verlo?

—Sí, Ari, me pidió que siguiéramos viéndonos y acepté.

—Pues me alegro mucho, de verdad. Hoy me habéis hecho muy feliz los tres.

—¿Y tú? ¿No piensas ir a buscar a tu hombre?

—Chus, no opines.

—No, si no opino, solo pregunto. Pero, mira, ya que soy el mayor, te voy a decir una cosa. Te pasas los días pensando en él, a veces te quedas como en Babia cuando te hablamos porque estás ida, vamos que tu cuerpo está con nosotros, pero tienes la mente en Miami con Alexis.

—No es verdad.

—Vaya que no —dijo Olivia.

—Como sea, no voy a ir a buscarle.

—No entiendo por qué, de verdad que no, si tienes todo lo que necesitas. A ver, sabes dónde vive, dónde desayuna, y hasta la parte de la playa que más visita. Chica, eso en mi pueblo son pistas que te está dando Alexis para que lo encuentres.

—Andrea, no inventes, anda.

Me levanté y fui a la barra a por una copa.

No era verdad, no tenían razón. Yo no estaba pensando en Alexis todo el tiempo.

—¿Qué hace una chica como tú, tan solita en un lugar como este?

—¡Max! —Me lancé a sus brazos y me recibió con una sonrisa y un beso en la mejilla.

—Hola, bonita. ¿Cómo estás? Supe lo de tu pierna, lo siento mucho.

—Bueno, ya va mejor, la verdad.

—Me alegro. ¿Y con Alexis?

—Eso no va, simplemente.

—Vaya, no sé si alegrarme o no.

Me encogí de hombros, cogí mi copa, a él de la mano y lo llevé conmigo a la mesa donde estaban las chicas y mi hermano.

Chus, al verme llegar, arqueó la ceja, hasta que dije quién era y casi que lo vi respirar aliviado.

Nos sentamos y estuvimos charlando un buen rato de trabajo, ¡cómo echaba de menos las pasarelas! Pero aún me quedaba un buen tiempo hasta que pudiera volver.

Nos hicimos una foto que subí a mi Facebook con la frase “Bonitos reencuentros” y fue cuando me sacó el tema de Alexis de nuevo.

Lo puse al corriente de lo ocurrido, de lo que me contó Alexis, omitiendo lo del juez, por supuesto, y me dijo que no fuera tonta y le diera una oportunidad.

—Espera, ¿tú también te vas a poner de su parte?

—Ari, aquella noche le vi, y estaba de lo más incómodo. Vamos, que parecía que le hubieran metido un palo por el culo a ese hombre.

—Pues me habría encantado ser yo quien se lo metiera.

—¡Hala, la bruta!

—Oli, tú a callar.

—Nada, cremallera y se acabó —contestó cerrándose la boca con dos dedos, como si tuviera una cremallera.

—Ari, solo digo que, si te contó la verdad, fue porque te quiere. A ver, que no sé cómo fue lo vuestro, pero ese hombre no estaba a gusto con Fiamma.

—Claro, por eso me la restregó de nuevo aquí al día siguiente, ¿verdad?

—Lo hizo porque le estaban obligando a dejarte, pero, deja que te diga que, un hombre que quiere a su hijo, no lo deja atrás y él lo hizo. Os ha perdido a los dos, como te dijo. Bajo mi punto de vista, y, soy bastante mayor y sabio, deberías darle una oportunidad.

—No puedo, Max, sé que le echaría en cara muchas cosas...

—No lo harías, y lo sabes. Quieres a ese hombre, no hay más que ver cómo te brillan los ojos cuando hablas de él.

Negué, cogí mi copa y me fui de allí, necesitaba estar a solas unos minutos.

Caminé hasta que estuve sola por completo, lejos de todo el barullo que me rodeaba, me senté mirando al horizonte y bebí mientras me caían las lágrimas.

Todos se habían puesto de parte de Alexis, nadie parecía empatizar conmigo, pero es que yo misma no podía dejar de pensar en él.

Si hasta me estaba planteando ir a verlo, hablar con él, no sé, algo.

Pero me faltaba valor, o, tal vez, solo necesitara una señal, algo que me dijera que era el momento de dejar todo atrás y lanzarme, ir a buscarlo y pedirle que...

¿Pedirle qué? No podía llegar allí y decirle tan solo que me perdonara, no, no podía. Necesitaba algo más.

Miré al cielo, contemplé las estrellas brillar y, tras secarme las mejillas, regresé con mis amigos.

Tal vez al día siguiente lo viera todo de otra manera.

Capítulo 30



Estaba en casa de mis padres, y ese podría haber sido un martes cualquiera, salvo por un pequeño detalle...

—Buenos días, hija —me saludó mi padre cuando descolgué.

—Hola, papá. ¿Todo bien?

—Sí, sí. Es solo que me gustaría que vinieras a comisaría.

—Claro, ¿pasa algo?

—Tengo que hablarte de Alexis.

—¿Alexis?

En ese momento mi cabeza fue como una noria, girando y girando mientras pensaba en cientos de cosas que podrían haberle pasado, y ninguna de ellas buena.

—Ariadna, ¿estás ahí?

—Sí, papá, perdona. Ahora mismo voy para allá.

—Ok, te espero.

Colgué y mandé un mensaje al grupo de WhatsApp que tenía con las niñas. Por el amor de Dios, ¿qué habría pasado?

Olivia: *Tranquila, Ari, que seguro que no es nada.*

Ariadna: *Le ha pasado algo, estoy segura. ¡Dios! No me lo voy a perdonar, ni siquiera le he llamado en este tiempo...*

Andrea: *¿Te quieres tranquilizar? Espera que voy a recogerte, nos vemos en comisaría, Oli.*

Me vestí tan rápido como pude y fui a esperar a Andrea, que no tardó apenas en aparecer. Subí al coche y mi amiga condujo hasta la comisaría, donde ya estaba Olivia, esperándonos y charlando con Sergio.

—Hola, preciosa —el subinspector se acercó a Andrea, la cogió por la cintura y le dio un piquito en los labios.

—Sergio, ¿de qué quiere hablarme mi padre? Estoy de los nervios.

—Tranquila, vamos a su despacho.

Y ahí que fui, pero de tranquila nada, tenía una tensión en el cuerpo, que me costaba hasta dar el siguiente paso.

Entramos en el despacho y mi padre me pidió que me sentara y me calmara, pues me estaba viendo hasta temblar.

—¿Qué pasa con Alexis, papá?

—Hija, sabes que no podemos hablar de una investigación abierta, pero dado el caso que es...

—Papá, habla.

—Vine a investigar a ese juez, como sabes —dijo Sergio, sentándose a mi lado, y yo asentí—. Está relacionado con algunos policías corruptos, no de esta comisaría, porque han estado

desapareciendo pruebas que fueron decomisadas.

—Me he perdido, ¿qué tiene que ver con Alexis?

—Ariadna, hija, seguimos buscando más cosas en su contra, pero, con lo que tenemos de ese juez hasta ahora, creo que a Alexis le serviría para solicitar la custodia del niño.

—No creo que el juez se vaya a ir de rositas —dijo Sergio— y la mujer quedará en una posición un tanto complicada, ella es modelo también, o al menos lo era, como sea. El caso es que, siguiendo el criterio de tu padre, creo que podría hacer un poquito la vista gorda si Alexis, necesita pruebas para que le entreguen al niño.

—Ari, eso es una buena noticia —Olivia me pasó el brazo por los hombros, besándome la mejilla.

—Sí, lo es, pero no sé cómo queréis que yo...

—Muy fácil, cariño —mi padre se levantó y, tras ponerse en cuclillas frente a mí, secó las lágrimas que no sabía que estaba derramando—. Le llamas y le dices que quiero verlo y hablar con él. Todo esto sería de modo confidencial, por lo que no podría decirle a nadie que nosotros le estamos ayudando.

—No puedo llamarlo, papá, de verdad que no.

—Pero, Ari, ese hombre necesita a su padre —miré a Andrea y ella también estaba llorando.

Desde luego que Alexis se había ganado bien, no solo a mis padres y mi hermano, sino también a mis amigas.

Y su historia, esa nos había calado hondo a los dos.

—Cariño, la madre del niño estaba al tanto de los chanchullos de su marido, por lo que hemos podido averiguar. Hija —mi padre me cogió la barbilla para que lo mirara—, estamos hablando de drogas, los policías corruptos las vendían a gente de ese mundo que, por desgracia, la madre del niño conoce bien.

—¡Ay, Dios mío! Papá, esto no puede estar pasando.

—Ese niño necesita a Alexis, tanto como él al niño, y a ti también.

—No, no —me puse en pie secándome las mejillas—. Se fue, papá, no quiso luchar por su hijo así que menos iba a hacerlo por mí.

—Tan cabezona como su madre —protestó mi padre—. Ariadna, si no hablas con ese hombre ahora, te vas a arrepentir el resto de tu vida. Sé que lo quieres, cariño, y él a ti. Eso es lo que me dijeron sus ojos la noche que estuviste en esa clínica después del atropello.

Miré a mi padre y no supe ni qué contestar.

Salí del despacho prácticamente corriendo, necesitaba tomar el aire.

—Ari —me sequé las lágrimas al escuchar a Olivia.

Ella y Andrea, se sentaron conmigo en el banco y me abrazaron con fuerza. Rompí a llorar de nuevo.

—No puedo llamarlo, de verdad que no.

—Pues ves a verlo, díselo todo cara a cara. Eso será mejor.

—¿Cómo voy a presentarme allí, así, sin más?

—Pues presentándote, hija mía. Anda que...

—Olivia, que no es como ir a su apartamento, estamos hablando de coger un avión y cruzar medio mundo.

—Mira, así conoces Miami. Anda tonta, no llores más —me secó las mejillas.

—Ari, si no haces esto, puedes arrepentirte el resto de tu vida. A ver, tu padre y Sergio, se están jugando mucho para que Alexis pueda recuperar a su hijo. ¿O es que quieres que esa pobre

criatura acabe en un centro de acogida hasta que Alexis consiga recuperarlo? Pueden pasar meses, Ari, y creo que, cuanto antes ese hombre haga lo que esté en su mano por tener a su hijo, mejor. Porque no creo que la mujer del juez se libre, vamos. Esa es carne de presidio también.

—Lo sé, Andrea, pero tengo miedo.

—¿Miedo? A qué, ¿a qué Alexis te dé las gracias por ayudarlo y por volver a su vida? Ese hombre te quiere más de lo que crees, de eso no me cabe la menor duda.

—Si es que, yo también lo quiero —rompí a llorar de nuevo, tapándome la cara con ambas manos, y ellas me abrazaron.

—Pues no seas boba, deja ya de sufrir y ve a por lo que quieres.

—No es tan fácil, Andrea. Necesito pensar, de verdad que sí.

—Anda, vamos a casa y comes con nosotras —Olivia me cogió del brazo y fuimos hasta el coche de Andrea.

—¿Tú no tendrías que trabajar?

—La jefa me debía horas, así que me las he cogido. Venga, vamos a por una paella de esas ricas que tanto nos gustan.

Sonreí y me tranquilicé un poco, la verdad es que tenerlas a ellas era lo mejor que podría haberme pasado en la vida.

Cuando llegamos a casa preparamos todo y esperamos a mi hermano tomando un aperitivo.

No pude evitar entrar al Facebook de Alexis y de nuevo vi la foto del lugar en el que desayunaba cada mañana.

Seguí mirando y vi que había puesto el principio de una canción de Melendi.

“Mírame. Soy el mismo hombre del que te enamoraste. Ese que te hacía reír y era un desastre – Melendi”

Me levanté del sofá y fui a la habitación, busqué la canción y se titulaba “Mírame”, la escuché, y no pude dejar de llorar ni un momento.

¿Era posible que la hubiera puesto pensando en mí? No, no podía ser, me estaba imaginando cosas.

Vamos, que le gustaría la canción y ya está, por eso lo había puesto.

Pero, en el fondo, quería pensar que era por mí, que pensaba en mí cuando escuchaba esa canción, como yo estaba haciendo ahora mismo, las tres veces que la había oído seguidas.

Hasta que Andrea asomó la cabeza por la puerta y me levanté para ir a comer.

—Hermanita, ya me han contado las chicas un poco por encima lo de ese juez. Es muy fuerte.

—Ya, sí, una mierda todo.

—¿Has estado llorando?

—Toda la mañana —contestó Olivia.

—Es que... A ver, ¿podéis ver esto un momento?

Les enseñé el Facebook de Alexis, ese texto de la canción, y los tres me miraron como si me hubiera crecido una segunda cabeza, o me hubiera vuelto loca, que era lo más probable a esas alturas de mi vida.

—Bonita frase —contestó Olivia.

—¿Creéis que la ha podido poner pensando en mí?

—Hombre, como poder, puede, desde luego —miré a Andrea— ¿No te dijo que se había enamorado de ti desde que cruzasteis la mirada en el primer desfile? —asentí— Pues... —Señaló mi móvil y no dijo nada más.

—Hermanita, creo que deberías ir a ver a ese hombre, hablar con él de lo que sabes de la

madre de su hijo y del juez.

—¿Y si ahora es él quien no quiere verme, Chus? ¿Me dices qué hago? Porque, si me subo a un avión para ir a verlo y que me diga que puedo irme por donde fui, me da un jamacuco.

—No creo que te echara de malas formas, tonta —dijo Olivia—, estará deseando verte, seguro.

—A ver, una cosa... ¿Alguno de vosotros está hablando con él, sin que yo lo sepa?

—No —contestaron los tres al unísono, y, por mucho que me costara, pues tendría que creerlos, claro.

—No sé, dejadme pensar.

Fui a la cocina por la paella, nos sentamos a la mesa y serví un plato para cada uno.

Comimos mientras mi hermano nos contaba que había estado viendo algunos pisos que podría encajarles a él y Olivia, los había bastante cerca del trabajo de mi amiga y así no tendrían que andar madrugando mucho para poder salir con tiempo.

Ella sonreía mientras Chus le hacía carantoñas, no dejaba de cogerle la mano en ningún momento, llevársela a los labios y dejarle un beso.

Pasamos al sofá donde tomamos café y unos pasteles que había traído mi hermano, vimos una película y yo no dejaba de pensar en Alexis.

Dije que estaba cansada y me fui a la cama un rato, no me había traído ropa de casa de mis padres, pero aquí siempre tenía algo, así que podría quedarme unos días, era lo bueno de tener dos casas donde poder pasar el tiempo, que podía ir y venir siempre que quisiera.

Me puse música, cerré los ojos y me relajé tanto como pude, dejando la mente en blanco y sin pensar en nada en absoluto.

Noté peso en la cama, me giré y ahí estaba mi hermano sonriéndome.

—A cenar, que hemos preparado una pasta riquísima.

—¿Qué hora es? —pregunté frotándome los ojos.

—Hora de cenar —se encogió de hombros.

Salimos al salón y me sorprendió ver allí a Sergio.

—Hola, subinspector.

—Hola, Ariadna.

—A ver, si esto es una cena de parejitas... yo cojo mi plato y me voy a ver la televisión a la habitación.

—Tú vas a poner el culo en esa silla ahora mismo —dijo Olivia—, si no quieres que me enfade.

—Joder, que la pequeña eres tú, no yo.

—Me da igual, ahora soy tu cuñada, así que te jodes y me haces caso.

—A ver si voy a echar de menos a Alicia —arqueé la ceja.

—Ari, amiga, casi hermana, cuñada de mis amores... —Olivia se acercó y me cogió ambas mejillas entre las manos— Si vuelves a nombrar a la arpía en mi presencia, te hago magia negra y te dejo calva y fea para que no desfiles más. Pero, oye, que te quiero mucho, ¿eh?

Acabamos todos riendo, me abracé a esa loca y le di las gracias en un susurro.

Cenamos y Sergio propuso que saliéramos todos el viernes por la noche a cenar y tomar algo, quise negarme, pero no me dejaron. Decían que, o salía con ellos a divertirme una noche por las buenas, o me llevaban arrastras, aunque me sacaran de casa en pijama y con pantuflas.

Y como conocía, pero que muy bien a mis amigas y a mi hermano, acepté salir ese viernes por las buenas, pues me veía en el Bali Beach en pijama y siendo el centro de atención de todas las miradas.

Capítulo 31



Tal como habíamos quedado, esa noche de viernes estaba preparándome para salir a cenar con las chicas y sus parejas, una de ellas mi hermano.

Yo, no es que tuviera ganas, prefería quedarme en casa viendo una peli en mi habitación, pero hasta mi madre me obligó a salir, decía que era bueno que me diera el aire.

Acababa de terminar de ponerme las sandalias de tacón, cuando llamaron a la puerta.

—Hija, tu hermano y Olivia ya están aquí —dijo mi padre.

—Joder, qué puntuales —sonreí, cogiendo el bolso.

—¿Has pensado algo sobre Alexis?

—No sé qué hacer, papá —me senté en la cama y él lo hizo a mi lado—. Por un lado, quiero, pero, por el otro...

—Tienes miedo.

—Sí, mucho. ¿Y si ya no quiere verme? ¿Qué hago?

—Pues volverte para casa, pero al menos le puedes decir que tenemos pruebas contra ese juez y la madre de su hijo que podrá usar para pedir la custodia del niño.

—Papá, te juegas mucho con esto, y apenas conoces a ese hombre.

—Conozco lo suficiente de él, defendió a mi hija cuando su ex la retenía, y se quedó toda una noche esperando que despertara en la sala de aquella clínica.

—No es que me salvara de las garras de la muerte —reí.

—Como si lo hubiera hecho. Cariño, quiero a tu hermano, muchísimo, bien lo sabe Dios, pero tú, eres la niña de mis ojos. Mi mayor debilidad. Me pongo en la piel de ese hombre, en lo que ha pasado por no poder ver a su hijo, y yo me moría si me prohibieran veros. Como padre, le entiendo, pero, como hombre enamorado de su esposa, más aún. Sus ojos eran sinceros aquella noche, hasta tu hermano se dio cuenta. Si hubiera podido, se habría cambiado por ti en aquel quirófano.

—Eso no lo sabes, papá —se me estaban empezando a saltar las lágrimas.

—Claro que lo sé, mi niña, porque, si hubiera sido tu madre, yo querría cambiarme por ella. Un hombre puede ser todo lo duro por fuera como quiera, puede mostrarse de lo más distante y rudo con el resto del mundo, pero, cuando se enamora, cuando alguien se adueña de su corazón con una sola mirada, puedes asegurar que lo único que querrá hacer el resto de su vida, es proteger a la persona a la que ama. Y tú, hija mía, eres esa persona para Alexis. Junto con su hijo.

—Y, ¿por qué se fue? ¿Por qué no se quedó para demostrarnos a su hijo y a mí que estaba dispuesto a todo por protegernos?

—Precisamente por eso, porque os protegía marchándose.

—No lo entiendo —apoyé los codos en mis rodillas y me tapé la cara con las manos, estaba llorando como una niña pequeña.

—Si se quedaba, seguiría teniendo que fingir que estaba con esa mujer con la que lo viste, de ese modo te haría daño y sabría que sufrirías, pero, al marcharse, no volverías a verlo ni con ella, ni con ninguna otra que se le antojara a la madre de su hijo, por el simple hecho de que de ese modo le dejara verlo. Tuvo que separarse de su hijo, que era lo que más quería, para protegerte a ti de un daño innecesario.

Miré a mi padre y entonces lo entendí, se había ido para no tener que hacer lo que la madre de su hijo quería, que era mantenerlo lejos de mí, fingiendo que estaba con la persona que más asco me tenía.

Pero dejó a su hijo en el camino, y eso debió costarle más que perderme a mí.

—Mi niña, solo te pido que pienses bien y, si decides ir a buscar a Alexis y luchar por lo que empezó entre vosotros, tanto tu madre como yo, te apoyaremos. Igual que tu hermano y las niñas.

—Gracias, papá —lo abracé.

—Anda, ahora vete antes de que tu hermano entre como un guerrero y te saque de casa. Va a pensar que no quieres ir.

—Más que a Chus, veo así a Olivia, que es capaz de sacarme de casa cogida de la coleta.

Reímos, me besó la frente como siempre hacía y salió para que terminara de arreglarme.

Antes de irme entré en el Facebook de Alexis, sí, aquello ya era masoquismo o algo por el estilo, pero necesitaba verlo para saber que todo estaba bien.

Había subido una foto en la que se le veía a él, de perfil, pensativo, apoyado en una mesa y mirando hacia la cristalera que tenía en frente, con una frase.

“Hay decisiones que no queremos, pero debemos tomar. Son esas las que nos cambian la vida”

Y ahí sí que me di por aludida, vamos que sí lo hice. Esa decisión fue la que le llevó a dejar a su hijo, apartarse de esa personita a la que tanto quería y que le necesitaba.

Por mi culpa, ahora estaba lejos de su hijo y sin saber nada de lo que hacían la madre y el marido, por mi culpa.

De mí dependía que lo recuperara, que volviera a España y se reuniera con su pequeño Emmanuel.

Me despedí de mis padres y salí de casa para tener una noche con amigos.

—Pero qué guapa va mi hermana, esta noche te sale novio —reí ante la tontuna de Chus.

—Deja, deja, no quiero novios.

—No seas tonta, que el poli por lo visto tiene un amigo soltero que... —dijo Olivia.

—Espera, dime que no viene ese amigo.

Pero no me contestaron, se hicieron los suecos mi amiga y mi hermano.

Resoplé y me preparé para una encerrona total, porque eso era, vamos, más claro que el agua.

Llegamos al restaurante, ahí estaban Andrea y Sergio, sentados en la mesa con otro hombre, muy mono, sí todo hay que decirlo, pero no era mi Alexis.

Un momento, ¿acababa de pensar en Alexis, como mí Alexis?

Joder, se me estaba yendo la cabeza por completo.

—Al fin llegáis, ya pensábamos que nos habíais dado plantón —dijo Andrea.

—Tu amiga, que ha tardado en arreglarse.

—Perdona, guapa —levanté la mano mirando a Olivia—, pero estaba hablando con mi padre.

—Disculpe usted, señora.

—Señorita, si no te importa.

—Lo que tú digas.

Miré al hombre que estaba con Andrea y Sergio y tenía una sonrisa, pero estaba intentando no reírse.

—Te puedes reír, que así estamos siempre —le dije, y él lo hizo.

—Perdona, no pretendía reírme, pero es que sois...

—De lo más graciosas, lo sé. Soy Ariadna —le tendí la mano.

—Jorge, hermano de Sergio. Encantado de conocerte.

—¡Anda, la leche! ¿Mi Gerardito tiene otro sobrino? —pregunté.

—¿Gerardito? ¿En serio llamas así a nuestro tío?

—Pues claro, con total confianza y a él, le encanta.

—No me extraña.

Nos sentamos y pedimos la cena. Jorge resultó ser de lo más divertido y gracioso, vamos, que nos juntamos seis locos en aquel lugar, y después teníamos que ir a beber.

Jorge acababa de divorciarse y se había mudado a la ciudad, pidió el traslado de comisaría para estar con su hermano y le ofreció como a mí, salir una noche a distraerse.

—Dos corazones partíos —me dijo Jorge, mientras nos tomábamos una copa en el Bali Beach —. Igual Alejandro Sanz saca otro tema con nuestras historias.

Reí, nos hicimos una foto y, con lo que había dicho, la subí a mi Facebook.

“Dos amigos, dos corazones partíos”

Terminamos la noche los seis en casa de las niñas, bueno, quien dice la noche, dice a las seis y media de la mañana desayunando chocolate con churros.

Las parejitas se fueron a sus respectivas habitaciones, yo a la mía y Jorge se quedó en el sofá. Dormir íbamos a dormir poco, pero al menos la noche del viernes la habíamos pasado bien.

Me levanté el sábado cerca de la una de la tarde, las niñas estaban poniendo la mesa y no había ni rastro de los chicos.

—Buenos días —saludé y les di un beso a cada una.

—Buenos días, preciosa. Tu hermano y los otros dos han ido por la comida, aquí no había ganas de cocinar.

—Me parece perfecto, cuñada de mis amores.

Y los chicos llegaron con una señora mariscada, pollo y vino como para una boda.

Comimos y, mientras tomábamos el café, Olivia me dio un sobre.

—¿Y esto?

—Ábrelo, coño, que no muerde.

Lo abrí y me quedé a cuadros. Era un billete para ir a Miami. Miré a mis amigas, a mi hermano y se me empezaron a saltar las lágrimas.

—¿Y esto?

—Para que vayas por tu hombre, chica, que hay que decírtelo todo —reí con la respuesta de Andrea.

—Pero, no entiendo...

—Hermanita, lo hemos comprado nosotros tres para que te vayas a hablar con Alexis, porque, si tenemos que esperar a que te decidas a ir tú solita... ese hombre se casa con una de allí y la liamos, te tenemos deprimida hasta el día del juicio final.

—Qué exagerado eres, amor —le dijo Olivia.

—No, no exagera, que, entre que sí y que no, mira donde está la niña —rió Andrea.

—No teníais que haberos molestado, podría haberlo comprado yo.

—Claro, pero ya si eso después de Navidades, o de las rebajas de enero, o, no, para Semana

Santa, ¿verdad, maja?

—Oli, de verdad que yo...

—Tú, vas a hacer las maletas y te vas a ir, mañana domingo, al aeropuerto, subir a ese avión, e ir a por tu hombre. ¿Estamos? —Me señaló con el dedo.

Yo asentí. Sonreí mirando ese billete y, por mucho que no quisiera aceptarlo, estaba más que decidida a ir hasta Miami a buscar a Alexis.

Capítulo 32



Con mi maleta en la mano, abracé a mis padres antes de montarme en el coche de mi hermano, las chicas también me iban a acompañar al aeropuerto.

—¿Nerviosa? —me preguntó Andrea, que iba sentada detrás conmigo.

—Como un flan y ese vuelo tan largo, menos mal que no tengo que hacer escala.

—Claro, lo cogimos con tiempo —respondió mi hermano, que iba conduciendo y al loro de todo.

—Madre mía, ir a ciegas, ya hay que estar loca —murmuré negando y causando una risa en todos.

—Bueno tienes el bar donde desayuna, el edificio donde vive, lo localizas rápido y para esta noche tienes hotel.

—Sí, que raro, salgo de aquí a medio día y por la tarde hora de allí, ya estoy en Miami.

—No pienses más, además, llevas por lo menos cinco revistas que te compré.

—Sí, las llevo en la bolsa de mano, me pondré al día de todo el cotilleo español.

—La cara que pondrá cuando te vea...

—Lo mismo está con alguien que conoció allí —resoplé nerviosa.

—Por sus estados en las redes lo dudo, así que, sin miedo, y si estuviera con alguien, pues más se perdió en la guerra.

—Ya, calla, que me da un chungo.

—Piensa en positivo, cuñada —dijo Olivia, causándome una risa.

Llegamos al aeropuerto y entregué la maleta en facturación donde me dieron la tarjeta de embarque, me acompañaron hasta el control policial y todos me abrazaron emocionados y deseándome toda la suerte del mundo.

Pasé tanto el primer control como el de inmigración, menos mal que el policía era simpático, me temblaba todo el cuerpo, parecía que llevaba drogas encima, ni siendo hija de un policía me relajaba el verlos.

Había una cola impresionante para entrar en el avión, pero aún no habían llamado a embarque, así que me compré un sándwich en el bar que había al lado y me lo comí mientras esperaba la llamada.

Cuando me monté en el avión y me senté en ventanilla, me tiré un selfi y lo subí al Facebook.

“A volar, la vida está para vivirla”

No sabía si Alexis lo vería, pero si lo hacía seguramente pensaría que iba a algún viaje con las chicas, todo menos que iba a buscarlo.

A mi lado no iba nadie y eso que el avión iba al ochenta por ciento por lo menos, pero tuve la suerte de que tres sillones eran para mí, así podía estirar la pierna que aún estaba sensible.

El vuelo despegó y miré como se iba quedando toda la ciudad en miniatura, me entró un

cosquilleo por el estómago, tremendo.

Me puse a leer revistas, pero no me fijaba ni en lo que ponían, mi mente estaba en otro lado, no podía evitar sentirme con los nervios a flor de piel.

Las azafatas comenzaron a poner la comida a todos los pasajeros, yo me había comido un sándwich, pero con los nervios que tenía era capaz de comerme lo mío y lo de todos los pasajeros de mi cabina.

Me comí aquella pasta con atún que estaba riquísima. Para ir en turista la verdad es que era un buen servicio, además del refresco, pan, mantequilla y dos solomillos con una salsa riquísima.

Me lo comí todo, madre mía, iba a llegar redonda, pero es que tenía una ansiedad que solo la podía calmar comiendo.

Me quedé muerta cuando dijeron que iban a pasar vendiendo tarjetas para conectarse al wifi del avión ¿En serio?

Le pregunté a la chica y me salía veinte euros, así que la compré, si me hubiera pedido cincuenta, también la hubiera comprado, no era lo mismo ir sin conexión en el vuelo, que pudiendo hablar con mis niñas y familia.

Cuando mis amigas me vieron conectadas y saludándolas por el grupo, se volvieron locas, además, las cabronas habían añadido a mi hermano.

Ariadna: ¡Chicasss, volando voyyy!

Olivia: ¡Ayyy que es un vuelo moderno con wifiii!

Chus: *Hermana, mira si puedes ver en el móvil la película ¡Viven! Es buenísima.*

Ariadna: *Vete a tomar por culo, hijo, ya sé de qué va, el avión que se cayó en los Andes y los pasajeros sobrevivieron comiéndose unos a otros ¡Mal palo te dé!*

Andrea: *Chus, hijo, como le dices esas cosas, que desgraciado eres. Por cierto, a ver si salís del cuarto que os vais a momificar.*

Olivia: *Dejadnos en nuestro nidito de amor.*

Andrea: *En fin, se van a quedar pegados.*

Me tuve que echar a reír con ese comentario.

Charlé un poco con ellos y ya los dejé, me puse a ver una peli, pero de las que daban en el avión, mi móvil si no era para mensajes, ni andaba, demasiado el pobre Wifi lo que hacía.

La película era una comedia, lo que me reí a carcajadas fue poco, menos mal que no era la única, se llamaba “Vacaciones”, muy fuerte la que lían.

Luego volví a hablar un rato, pero a solas con Andrea, a los tortolitos los dejé de lado.

Andrea: *Es un momento muy bonito el que vas a vivir.*

Ariadna: *Joder, que fácil lo ves todo, no hemos vuelto a hablar en un mes y en las redes no se pone tu vida, menos él, que no es de poner cosas como nosotras, todo muy cuidado, lo mismo está ya con alguien.*

Andrea: *Mira niña, que yo cuido mucho mis redes, que la loca eres tú, jajaja.*

Ariadna: *Es verdad, tienes razón señora influencer.*

Andrea: *Se va a quedar a cuadros cuando te vea.*

Ariadna: *¿Cómo crees que actuará?*

Andrea: *Me lo pregunté mil veces, como sería ese vuestro encuentro, por un lado, pienso que te abrazará y, por otro, que no entenderá que haces allí y se quedará en shock, o también que llorará.*

Ariadna: *La posibilidad de que me diga que me piro y me dé la vuelta, creo que no la añadiste.*

Andrea: *¿Te has fumado un porro?*

Ariadna: *¿Qué dices, loca?*

Andrea: *Cuando te vea estoy segura de que su corazón se le va a poner en la boca de un vuelco. Y tú, ¿qué piensas hacer?*

Ariadna: *Esperaré a que esté sentado pidiendo el desayuno y justo ahí apareceré y le preguntaré si me puedo sentar.*

Andrea: *¿Tú eres tonta?*

Ariadna: *¿Por?*

Andrea: *¿Cómo le vas a preguntar que si te puedes sentar? Llegarás y cuando te vea se levantará o se caerá de la silla, tú no preguntes nada, espera a que él reaccione.*

Ariadna: *¿Y si no reacciona?*

Andrea: *Pues dos hostias, como toda la vida, eso es mano de santo.*

Ariadna: *Madre mía, dando consejos eres la hostia.*

Y así estuvimos un par de horas, luego me puse a ver otra peli y cuando me di cuenta estaba diciéndome la azafata que teníamos que ponernos en posición, ya que íbamos a aterrizar.

Estaba como si hubiera salido de un trance, no me podía creer que me hubiera dormido todo el resto del viaje, vamos cuatro horas, ahora no sabía si tenía ganas de aterrizar o no, se me pusieron los nervios multiplicados por mil.

Lo peor de todo fue al pasar por los de inmigración, me hizo el tío un interrogatorio, hasta de cuánto dinero disponía para ver si me podía pagar los gastos de los días que iba a estar, todo porque mi billete era abierto y no sabía si me quedaba un día o un mes.

Cogí un taxi que me llevó a la dirección del hotel que estaba muy cerca de donde él vivía. Iba alucinando por aquellos coches altos y grandes, madre mía, eso no se veía en España ni de bromas.

Eso sí, el calor era agobiante, te notabas húmeda, era una sensación de lo más asfixiante.

Se notó cuando ya comenzamos a entrar por Miami Beach, que pasada, como se veía el ambiente, era alucinante.

Me dejó en la misma puerta y un chico me recibió cogiendo mi maleta y llevándome hasta recepción, donde rellené el formulario y me dieron la llave.

Las vistas de mi habitación eran a la playa, a esa calle donde se veía que era la vida y el corazón de toda esa zona tan afamada.

En la playa estaban las casetas típicas de maderas de los socorristas de las series de aquí, una pasada.

Abrí la maleta y la dejé sobre una mesa que había, no la iba a vaciar pues no sabía que pasaría al día siguiente, pues si me recibía bien, estaba segura que me iba a sacar del hotel.

Llamé a mis padres por video y les dio alegría saber que ya había llegado y estaba alojada, luego llamé a mis amigas que aplaudían emocionadas y no dejaban de repetirme que, por favor, las tuvieran informadas de todo, a cotillas no las ganaba nadie.

Empezó a oscurecer, pero aquello estaba todo alumbrado, era una preciosidad la noche allí, diferente, aquello impresionaba y se veían todos cuerpos espectaculares y de lo más bronceados.

Bajé a pasear un poco y estirar las piernas, compré un helado que me tomé mientras caminaba por el paseo marítimo que daba a la playa, ese paseito, frente a los bares.

Aquello estaba de lo más animado, estuve una horita y ya me fui al hotel, antes compré un menú de hamburguesa, patatas y refresco para subir a la habitación.

Me senté a comerlo en el quicio de la ventana, tenía como una rejita, así que para abajo no

podía caer, lo que me faltaba era matarme aquí.

Solo de pensar que pudiera pasar algo y no lo viera o no lo localizara, me ponía de lo más mala, pero bueno, tampoco iba a ser gafe hasta para eso, quería pensar que sí, que la vida esta vez me lo pondría fácil.

Capítulo 33



Me desperté muy temprano, vi que comenzaba a amanecer, fue espectacular observarlo desde la ventana.

Llamé al servicio de habitaciones del restaurante y pedí que me subieran un café con un croissant, me había levantado con un hambre impresionante y los nervios... ¡A mil!

Me subieron el desayuno y me quedé en esa ventana un buen rato, mirando como la calle comenzaba a cobrar vida y la gente salía a desayunar.

Esperé a que el móvil de Alexis se pusiera online, cosa que hizo rápido, un poco después de yo terminar de comer el croissant, veinte minutos más tarde cogí aire y salí de la habitación.

Me puse delante del bar, pero detrás de una de las palmeras del paseo de la playa, ni tres minutos y apareció él, con esas gafas de sol estilo, Tom Cruise en “Top Gun”.

Las piernas me temblaban, el corazón se me iba a salir por la boca y un perro que vino hacia mí, me hizo salir de ahí, pero pude girar sin que me viera, de todas formas, miraba para el lado y no hacia el frente.

Conseguí llegar por detrás de él, por el otro lado de la terraza y me paré ante su espalda, solté el aire y me persigné.

Anduve y lo rodeé para ponerme a un lado de él, que estaba mirando algo en el móvil. Levantó la mirada y...

Soltó la taza que tenía en sus manos sin dejar de mirarme.

—Ariadna... —murmuró perplejo y levantándose incrédulo.

—Alexis... —rompí a llorar y fue cuando él reaccionó y me abrazó.

—¿Qué haces aquí, pequeña? —dijo sin soltarme.

—Me vine de vacaciones unos días —rompí a reír entre lágrimas y él, también se rio.

—Siéntate, anda —dijo sin soltar una de mis manos.

No podía hablar, yo no dejaba de llorar entre risas y esa sonrisa tan bonita que tenía él en su cara.

—No llores y cuéntame —me acarició la mejilla en un intento de secar las lágrimas que no dejaban de caer—. ¿Con quién y cuándo has venido?

—Sola —sonreí—. Llegué ayer por la tarde.

—¿Y por qué no me llamaste?

—Sabía que desayunabas aquí y pensé en, ¿darte una sorpresa? —apreté los dientes.

—Espera que yo me aclare, perdona que esté en shock. ¿Has venido de vacaciones de verdad?

—Bueno, he venido a hablar contigo.

—Bien y, ¿dónde has pasado la noche?

—En el hotel aquel rosa.

—Vale, pero sabes que no te dejaré aquí sola, iremos ahora mismo por tus cosas y te quedas en

mi apartamento —ya sabía yo que es lo primero que me diría si me recibía bien.

—Contaba con ello —dije riendo.

—Bueno, me alegro. No sé qué decir, tengo mil preguntas y no sé por dónde comenzar.

—Sí, yo tampoco, vine con las ideas claras, pero mira — señalé mis ojos que lloraban—. Estoy ahora mismo, que no sé qué decir.

El camarero se acercó y le pedí un café, Alexis, pidió un sándwich para mí como el que él estaba tomando, lo intenté frenar, pero nada, a desayunar otra vez.

—¿Cuándo tienes el vuelo de vuelta?

—Lo traigo en abierto, en cuanto me des la patada —reí.

—Entonces no te irás en la vida —pellizco con cariño mi mejilla.

—O consigo llevarte conmigo de vuelta...

—Si es de tu mano, sí.

—Hala, a llorar más —dije entre lágrimas que ahora caían más rápidamente.

—No llores, por favor —acariciaba mi mano.

—Estoy muy nerviosa, llevo así varios días.

—Quiero que te calmes, tenemos tiempo para hablar, tranquilízate, ¿sí?

—Vale. Y tú, ¿cómo estás?

—Bueno, ahora mismo entre la felicidad y el shock.

—¿Y tu primer mes aquí? —sonreí.

—Echándote de menos cada día... —Apretó mi mano.

—Yo también te eché de menos.

—No me lo merezco...

—Sí te lo mereces, una colleja también, pero no eres mala persona.

—¿Lo dices de verdad?

—Sí. Yo por recuperar a un hijo también hubiera hecho lo que fuera, antes no lo veía así, hoy sí.

—No estuvo bien...

—Ya, pero te comprendo.

—A él también lo echo mucho de menos, pero estoy aprendiendo a aceptar que no podrá ser —dijo con tristeza.

—Todo lo contrario.

—No te entiendo...

—Mi padre tiene que hablar contigo, no sé mucho, pero me dice que tienen atado al juez por los huevos y te va a ayudar a recuperar a tu hijo.

Se echó a llorar, me partió el corazón verlo así.

—No tendré vida para pagaros esto.

—No digas eso, pero vine entre otras cosas a decirte que vuelvas y que luches por él, te lo van a poner muy fácil.

—¿Y tú?

—Yo, si quieres te ayudaré con ello —venga a llorar más, las putas lágrimas que no dejaban de caer, hasta el camarero que trajo lo mío nos miró como pensando, qué nos pasaba.

—Madre mía, la gente debe pensar que se nos murió alguien —murmuró secándose las lágrimas y causando una risa en los dos—. Tenemos mucho que hablar, pero claro que quiero, quiero muchas cosas —volvió a acariciar mi mejilla.

No hablamos más del tema, comenzamos a reír y a relajarnos, teníamos tiempo para hablar de todo.

Cuando terminamos de desayunar nos dirigimos a mi hotel, caminando me echó el brazo por el hombro y no dejaba de pegarme a él y besar mi sien.

Yo podía entregar la habitación antes de las doce o quedármela otro día, así que ni explicaciones dimos, recogimos las cosas, bajamos, entregué las llaves y nos fuimos para su apartamento.

Y vaya apartamento, con una cristalera impresionante hacia la playa, esa parte era el salón que estaba contiguo con la cocina, luego tenía una habitación impresionante con su baño y otro en el pasillo.

Dejamos mis cosas colocadas y bajamos hacia la playa, me llevaba de la mano, pero aún no nos habíamos besado en los labios, tenía ganas de hacerlo, pero yo era incapaz de dar ese paso.

Paseamos por la orilla hasta que estiramos las toallas para darnos un baño, yo llevaba una bolsa de playa grande y ahí lo tenía todo.

Nos metimos en el agua que estaba totalmente en calma, me asombró que no estaba fría como en España, estaba a una temperatura ideal.

Nos dimos mil abrazos en el agua, ¡pero no me besaba! Aquello me hacía sentir una ligera inquietud, pero creo que no quería hacerlo hasta que hablásemos relajadamente, como que le daba miedo a meter la pata y no tuviera claro que yo quería mi mundo a su lado.

Tras el baño nos sentamos un rato a charlar en la orilla, me hablaba de los lugares, las zonas, de los barrios que eran conflictivos y estaban al otro lado, pues Miami, era mucho más de lo que estábamos acostumbrado a ver en las fotografías esas impresionantes donde se denotaba solo el lujo y la vida de allí.

Luego nos fuimos a comer a un restaurante de comida cubana, me encantó el lugar con maracas, timbales, figuras gigantes con las mujeres con los turbantes y esa música de allí. El lugar tenía un encanto increíble, es como si te transportara a aquel país, además, dentro había grandes cuadros de La Habana.

Me contó que había un barrio llamado “Little Habana”, que era totalmente cubano, me comentó que me lo enseñaría en estos días.

—Quiero ver muchas cosas, para una vez que salgo de Europa —me eché a reír.

—Pues te llevaré también a un lugar que no te vas a esperar, ese sí que te impresionará.

—Me encanta, deseando estoy descubrirlo.

La comida estaba riquísima, el Congrí me encantó, además de un lechón asado que pidió y que estaba para tocarle las palmas.

Alexis volvía a tener esa sonrisa que un día tuvo a mi lado, no como cuando lo veía con esa mujer, normal, pero bueno, ni recordarlo quería.

Tras la comida nos pedimos un mojito, ya que decía que tenía que probar el de verdad y, ¡qué razón tenía!

Parecía como si el tiempo se hubiera parado, como si de repente solo fuéramos él y yo, sin el resto del mundo. Era increíble lo bonito que era volver a sentir esa complicidad en su mirada, estos momentos que nunca dejaban de impresionarme, había sido todo un acierto este lugar.

Volvimos a su apartamento sobre las cinco de la tarde, me metí en la ducha del tirón para ponerme fresquita y lo bueno es que el aire acondicionado daba una tregua al calor húmedo de la calle.

Me abracé a mí misma bajo ese chorro de agua y sonreí, estaba feliz de haber sentido que me recibía con ese cariño y arropo, no sé, fue algo muy bonito a pesar de que no me había dado ni un solo beso.

Salí fuera y estaba en la cocina preparando un par de zumos naturales.

—¿Nueva?

—Genial, me vino genial —sonreí y lo rodeé por la cintura, me salió del alma.

—Ari, por favor, que tú sola me des este abrazo —me abrazó con fuerza, frotándome la espalda.

—Estoy mimosa —murmuré sonriendo.

—He llamado a tus padres...

—¿Y eso? —pregunté preocupada.

—No he hablado aún con tu padre de nada, eso lo haremos, cara a cara, pero quería decirles que estuvieran tranquilos que te tendría muy cuidada y que gracias por apoyar tu decisión de venir.

—Seguro que hiciste llorar a mi madre —reí.

—No lo sé, pero estaba encantadora y emocionada. Tu padre me dijo que podía regresar sin miedo a nada, que esta guerra la tenía ganada.

—Seguro que sí.

—Realmente quise hablar con ellos porque verás, hay algo que no sabes —en ese momento sentí que se me bajaba la tensión— y antes de hablar contigo quería escucharlos a ellos.

—Me estás asustando.

—Ven —cogió los zumos y nos fuimos al salón, los puso sobre la mesa, se sentó en el sofá y alargó sus manos para sentarme sobre él, de lado.

—¿Me va a doler lo que me vas a decir? —pregunté preocupada.

—No lo sé, pero todo depende de la decisión que tomes, que sea cual sea, te digo ya que tus padres te apoyaran.

—Lo sé, pero dime que me estoy agobiando.

—No me puedo ir para España hasta dentro de un mes, tengo aquí varias reuniones para coger representados a las que si dejo tiradas voy a quedar profesionalmente muy mal, estoy comprometido con ellos.

—¿Y yo qué tengo que ver en la decisión? —pregunté con tristeza.

—Yo no soy nadie ahora mismo después de lo que hice para pedirte que te quedes conmigo, pero no quiero que te vayas —acaricié mi mejilla.

—No me quiero ir, quiero estar contigo —dije derramando unas lagrimillas, ya me había visto de vuelta sola.

—¿Estás segura?

—Sí —dije entre lágrimas.

—No sabes lo feliz que me haces —me abrazó echándome hacia su pecho—. Tus padres me dijeron que, si decidías quedarte, ellos sabiendo que estás conmigo se quedan tranquilo.

—No eres el ogro —reí entre lágrimas.

—¿De verdad quieres estar a mi lado sabiendo que tengo una lucha por mi hijo...?

—No sigas, por supuesto que sí, he venido porque te quiero y porque no sé vivir sin ti.

Nos miramos y fue cuando me besó, rodeándome por la cintura con sus manos y apretándome fuerte contra él, pero no un beso apasionado, fue un beso de esos que nacen en el corazón.

—Por fin me besas —dije riendo.

—No quería...

—Lo sé, pero nadie cruza medio mundo para venir a saludar, vine porque te quiero.

—¿Sabes que es lo más bonito que han hecho nunca por mí?

—No lo sabía —me reí tirándome de nuevo a su pecho.

—Pues ya lo sabes —me hizo un guiño y volvió a besarme.

—Por cierto, traigo muy poca ropa para tanto tiempo —me eché a reír—. Tendré que ir de compras uno de estos días.

—Tranquila, la avenida de atrás está llena de cientos de tiendas.

—Pero esta zona es la más cara.

—No, hay todo tipo de tiendas, pero no te preocupes por eso que te las pago yo.

—Tengo mis ahorros de la clínica —me reí.

—Lo de la clínica ya lo hablaremos, lo mismo quieres un socio —mordisqueó mi labio y sentí una felicidad increíble—. Por cierto, ¿qué te apetece cenar?

—Uf, no dejo de comer, esta noche solo una ensalada —me reí.

—Bueno, te haré la mejor ensalada del mundo, mañana ya nos vamos a la calle.

—Sí, estoy un poco cansada y prefiero que nos quedemos aquí.

—Claro.

Me bebí el rico zumo sentada en su regazo, entre besos y miradas, volvía a sentirme como aquel finde en el barco y eso me llenaba de emoción.

Estuvimos en el sofá entre besos y abrazos todo el tiempo, hasta cenamos ahí una ensalada que había preparado de lo más rica.

Nos fuimos a la cama pronto, los dos queríamos que llegara ese momento, en nuestros ojos y en las caricias se podía apreciar.

Me desnudó entre besos, me tocó como si fuera la primera vez, era una sensación de lo más bonita y excitante.

Lo hicimos mirándonos a los ojos sin dejar de besarnos, nos quedamos desnudos sin dejar de tocarnos hasta caer rendidos, los dos nos necesitábamos, era palpable.

Capítulo 34



Los ojos como un búho a las seis de la mañana, eso era el cambio de horario en el cuerpo y que aún no me acostumbraba a ello.

—Buenos días, pequeña.

—Buenos días, cariño, sigue durmiendo.

—Yo también me levanto muy temprano —se pegó a mí y me abrazó besándome en la frente.

—He pasado un poco de frío —me reí.

—¿En serio? Y, ¿por qué no bajaste el aire?

—No te quería molestar.

—No me hagas esas cosas, por favor, a mí me despiertas y lo soluciono.

—Tú es que eres muy caluroso —me reí.

—Sí, pero esta noche ten claro que no permitiré que pases frío —me besó—. En un ratito bajamos a desayunar.

—Vale —le di un fuerte beso en los labios—. Por cierto, necesito encontrar un restructurador de puntas, se me olvidó en España y ya me noto el pelo raro —hice un gesto de pena.

—Cuando desayunemos nos vamos de tiendas —me apretó la nalga.

—Vale, y, otra cosa, necesito sacar dólares, cambié muy poco dinero y no quiero solo depender de la tarjeta.

—Madre mía, cómo te levantaste —se ríó—. Ahora te doy, tengo bastante efectivo.

—No, no quiero que me des, quiero sacar de lo mío — volteé los ojos.

—Bueno, no empieces en plan niña —hizo un carraspeo.

—Es lo que soy, no tengo la culpa de que usted sea un madurito.

—Vaya, eso no te lo perdono —me tiró hacia atrás y se puso entre mis piernas, mordisqueando mi cuello y comenzando a bajar hacia mis pechos.

Me agarré a las sábanas y contraí mi cuerpo hacia atrás cuando llegó a esa zona peligrosa que encendía todos mis instintos.

Me penetró con dos dedos jalando hacia él, donde metí el primer intenso jadeo, luego fue su lengua junto con sus manos las que comenzaron a encenderme mucho más.

El orgasmo iba llegando en forma de tensión, mi cuerpo estaba al límite, aquello era brutal.

Cuando terminé no dejé que hiciera nada, me puse entre sus piernas y comencé a lamer su miembro, a mordisquearlo, echó su cuello hacia atrás y justo cuando iba a correrse me apartó para no mancharme, hasta para eso tenía tacto.

Nos fuimos al baño donde lo hicimos mientras esa agua caía sobre nosotros, me cogió en brazos apoyándome sobre la pared y madre mía, quería estar así toda mi vida.

Fuimos a la terraza a desayunar frente a ese pedazo de playa que estaba de lo más bonita, los colores eran increíbles, esa mar turquesa con ese sol que parecía diferente, todo me seguía

llamando la atención.

—¿En qué piensas?

—Si te lo digo te ríes —dije saliendo de ese pensamiento mientras tomaba el café, mirando al mar.

—Dime —me acarició la cara.

—En la de cosas que dejé en España y que son de mi día a día —me eché a reír.

—¿Cómo qué?

—Lo que te dije de las puntas, algunas prendas que uso mucho, los productos para quitarme el maquillaje —me eché a reír produciendo una risa en él.

—A ver, hemos dicho que ahora nos vamos de compras, dedicaremos todo el día a ello, ya sabes que mañana por la mañana me tendrás que esperar, tengo reunión, pero procuraré no tardar —acariciaba mi cara sonriendo.

—Mañana me bajo a desayunar sola y me ligo a algún americano —bromeé y me dio una colleja—. ¡Auch! Solo dije a uno —volteé los ojos rascándome el cuello.

—A ver si te voy a tener que dejar encerrada —carraspeó sonriendo.

—Pues me tiro por la ventana, tú verás —me reí.

—¿Quieres otra pierna rota?

—No, no, ya no me tiro, te espero siendo buena —solté una carcajada—. Por cierto, me encanta la de gente que hay patinando por el paseo.

—Te diría de hacerlo estos días, pero no me fio aún de tu pierna.

—Ya, pero vamos, me voy a quedar con las ganas.

—Haremos otras cosas —se acercó y besó mi mejilla.

Nos fuimos a pasear por la avenida que había a la espalda, llena de tiendas de firmas y tiendas más corrientes, pero todo concentrado allí.

Entré a una tienda de maquillaje y compré un poco de todo, desmaquillante en toallitas, brillos labiales, sombras, se me fue la pinza y aproveché para los restructurados de puntas.

No me dejó pagar, además, ni caso me hizo la dependienta, a la que le puse más mala cara que todas las cosas.

Salimos de allí con Alexis llevando mi bolsa, nos metimos en una tienda de ropa interior y aproveché para comprar un pack de diez braguitas, madre mía, es que eso de quedarme un mes en Miami me había cogido fuera de juego, obvio que sabéis quién pagó, ¿no? Pues el mismo.

—No pienso entrar a comprarme ropa, te lo juro, no pienso, no tienes que ir pagándolo todo.

—Tranquila, me lo voy a cobrar, tengo una sorpresa para ti.

—¿Qué sorpresa? No empieces con los misterios, que sabes que me pones de lo más nerviosa.

—No, no te lo voy a decir aún, pero te va a encantar, así que compra sin tapujos, que ya me lo cobro de lo que sabrás.

—Uf, que manera de ponerme nerviosa —me crucé de brazos resoplando y me echó su brazo por encima del hombro mientras sonreía.

—Confía en mí.

—Pues vale, te vas a enterar, me voy a pillar todo lo que me guste —reí.

—Eso quiero, así que, sin miedos —me besó la mejilla.

—Sabes que no soy así y que miro mucho por el dinero.

—Lo sé, pero tienes vía libre.

—Madre mía, el señor de los secretos —protesté causándole una risilla.

Nos metimos en varias tiendas y salí con un montón de prendas, no que las hubiera elegido yo

todas, no, el señor secretos se puso a coger para mí a su gusto y es que lo tenía exquisito. Me encantaban esas falditas y vestidos juveniles y cómodos que había elegido, íbamos de bolsas a más no poder.

Fuimos al apartamento y coloqué todo antes de irnos a comer a la calle de nuevo, no sabía adónde, pero por su cara seguro que sería otra grata sorpresa.

Esta vez fuimos en coche, él tenía uno allí de alquiler, descapotable, precioso, me encantó y hasta me tiré una foto que subí a las redes, él salía a mi lado, como lo viera Fiama le iba a dar un dolor de ovarios que ni el periodo le habría hecho tanto daño. Además, puse hasta Miami Beach, que se viera bien claro que estábamos al otro lado del mundo y juntos ¡Qué se jodiera!

Las chicas comenzaron a comentar la foto rápidamente, además que esas sí que sabían soltarlas con clase, anda que no me reí con esos comentarios.

Llegamos a un restaurante mexicano, con lo que me gustaba esa comida, además los dueños, camareros y cocineros eran de México con lo cual más tradicional imposible.

Pedimos unas fajitas, nachos y enchilada...

—No me va a caber el culo en la ropa, no me contratarán más —murmuré mientras me chupaba hasta los dedos.

—Venga, nos damos alguna noche una caminata por el paseo y lo bajamos.

—Yo quiero correr, pero aún no me fio de mi pierna.

—Poco a poco, pequeñaja.

—Poco a poco, verás el culo —me eché a reír.

—Más tengo para coger.

Me puse las botas y más, me di un lote de comer increíble, así que luego fuimos a la playa a darnos un baño y me tiré en la toalla para conseguir bajar todo aquello que había ingerido.

Nos quedamos ahí hasta que comenzó a caer el sol y fuimos a comprar unos sándwiches en un restaurante especializado en ellos y vaya si había para escoger, casi me tuve que elegir al, “pito gorgorito”.

Los subimos para la casa junto a una ensalada que compramos ahí mismo, primero nos duchamos juntos y, como no, acabamos con un calentón que nos llevó a dejarnos llevar de nuevo por la excitación del momento.

Cenamos en el salón charlando, a mí se me caían los ojos y es que me levanté muy temprano, el cambio de hora y que no habíamos parado, pues nada, me tuve que meter en la cama rápido y ligero.

Por la mañana al despertar ya no estaba él, tenía una reunión en un lugar a dos horas de Miami, así que se fue bien temprano, de todas formas, yo logré levantarme a las ocho de la mañana, al menos había durado algo más entre las sábanas.

Bajé a desayunar sola, me puse a hablar con mis amigas, mi hermano estaba trabajando y solo entró en conversación para decirme que estaba de lo más relajado sin mí, el muy capullo, pero bueno, sabía que me echaba de menos y que solo era una broma a la que le respondí diciendo que, mejor estaba yo.

Paseé un rato y hasta me di un baño, luego subí a preparar la comida, hice una pasta fría con verduras y colas de langostinos que compré antes de subir, allí lo llamaba camarones, cosa que en España los camarones eran los chiquititos, minúsculos.

Alexis apareció a las cuatro de la tarde, me dijo por teléfono que fuera comiendo, pero no le hice caso, lo esperé con la mesa puesta, además, había hecho una empanada de atún, tomate y huevo duro, que me había quedado espectacular.

Nos quedamos la tarde en el sofá abrazados y descansando un poco, luego a la noche salimos a cenar a un restaurante de comida de Puerto Rico, al final iba a probar todos los sabores del Caribe.

Comí un arroz y unos tostones que de verdad eran de lo más exquisitos, no veas como se movía mi chico por aquella ciudad latina que tanto me estaba gustando.

Capítulo 35



Dos semanas habían pasado desde que aterricé en el continente americano y las dos semanas más felices de mi vida, sin dudas.

Cada día salíamos a desayunar, o a comer por ahí, otros él se iba unas horas a reuniones, pero siempre estábamos juntos la mayor parte del tiempo haciendo cosas y enseñándome muchos rincones de Florida.

Ese día tenía una sorpresa para mí, llevaba una semana avisándome que me preparara para vivir uno de los momentos más emocionantes de mi vida y yo, bueno, yo lo quería matar de los nervios que me estaba causando.

A las seis de la tarde nos dirigimos en su coche hacia no sé dónde, su sonrisilla era lo peor que llevaba y el no saber de qué se trataba, eso sí, me hizo ir vestida elegante y con taconazos, esos que tanto esquivaba.

Cuando llegamos al lugar me quedé alucinada, era una de las pasarelas al aire libre más importantes del mundo y un cartel con mi foto como estrella invitada internacional, me eché a llorar de forma fulminante.

—¿Esto qué es?

—Lo que ves, dentro te están esperando para maquillarte, peinarte y explicarte como abres y cierras la pasarela de la mano de la firma de Gian Marcos Busteronni.

—¡No! —Me puse las manos en la cara.

—Sí, es el regalo más grande que podía conseguirte.

—No, por favor —me eché a llorar como una niña pequeña.

Entramos y rápidamente nos recibieron con mucho cariño, a Alexis lo conocían bien y respetaban, solo les faltó hacerle una reverencia.

El modisto más afamado del mundo de las pasarelas entró a saludarme y darme la bienvenida.

—Brilla y contaré contigo para la de Milán —dijo besando mi mano.

—Estoy en shock no me lo esperaba, pero te prometo que me dejaré la piel en ello.

—Estoy seguro. Además, vas con un vestido de aire flamenco y mejor que tú, nadie podría lucirlo.

—Me encanta esa temática y sí, lo llevo en las venas —sonreí.

—Luego cierras con un vestido de novia, como sabrás es un desfile variado.

—Perfecto, sin problemas —de novia, me encantaba, ante los ojos de Alexis, no podía sentirme más feliz.

Y ahí entre nervios me vi con ese vestido aflamencado que era una preciosidad, de un solo hombro, ajustado, con una falda de volantes, corta hasta la rodilla y por detrás una cola de la misma forma.

Me pusieron una flor al lado de la oreja y el pelo estirado en una preciosa coleta que terminaba

con una trenza de lo más bonita.

Y ahí salí a ritmo de la canción “Volare” con esa entrada que tenía la canción y ante todos los asistentes sentados por el jardín que aplaudían con euforia.

Cuando la canción cogió el ritmo me dejé llevar y me crucé con los ojos de Alexis, que me miraba como aquella primera vez con esos aplausos que me daban de emoción, le hice un guiño con tal descaro y soltura, que los que se dieron cuenta aplaudieron mucho más.

Iba a retirarme cuando Gian Marcos, me pidió por señas que volviera a hacer el paseílo. La gente estaba pidiéndolo a gritos y cuando me vieron volver, todo el público se vino arriba entre aplausos y sonrisas de estar disfrutando ante ese espectáculo que les estaba dando y, como no, Alexis con los ojos inundados en lágrimas de la emoción.

Terminé cuando me di cuenta que me esperaban Gian Marcos y su equipo, rompiendo en aplausos y felicitaciones, me hicieron llorar y ese diseñador me abrazó.

—Te quiero para mí, me cuestas lo que me cuestas —murmuró esas palabras que tanto en mi vida soñé de uno de los diseñadores que tanto admiraba y veía como lo más alto del mundo de la moda.

Comenzaron a prepararme para el vestido de novia, que también era de corte flamenco, tenía a todos encima consiguiendo que no me faltara ni un detalle, que todo quedara impecable.

Y una hora después salí para cerrar el desfile con la canción de la película “I say a little prayer”, una canción con la que había desfilado más veces.

Ese vestido de novia era lo más parecido a uno de flamenca, una preciosidad y me sentía segura e impresionante, eso me hizo salir y volver a meterme en el bolsillo a los allí presentes, que parecían que se iban a partir las muñecas de tanto aplaudir.

Cuando terminamos, el equipo me felicitó de nuevo y me dijeron que ya estarían en contacto con mi representante, se referían a Alexis, me hizo mucha gracia.

Precisamente Alexis cuando me vio, me abrazó y me dijo lo orgulloso que estaba de mí, me cogió en brazos delante de todo el mundo y me besó ante los aplausos más efusivos de las demás modelos.

Nos quedamos en los jardines del evento y no había manera de quitarme a la gente de encima, que se acercaban a felicitarme por el brillante desfile que les había brindado, me pedían fotos y yo me sentía la reina de aquel lugar.

—Acabas de dar el salto internacional a este mundo, pero que conste que yo seré tú representante —dijo abrazándome y yo me eché a llorar de la emoción.

—No tendré vida para agradecerte lo que me has hecho vivir esta noche.

—Te lo merecías y yo sabía que tu habías nacido para esto. Por cierto, me han pagado un buen dinero por tu trabajo, así que siéntete orgullosa, mañana te lo doy en el apartamento.

—¿Un montón de dinero?

—Tres mil dólares —carraspeó.

—¿Tres mil? —casi me ahogo.

—Ajá.

—Para ganar eso tengo que desfilas diez veces.

—Las cosas han cambiado y más, ahora.

—Me muero, pero eso a medias que sin ti no hubiera sido posible.

—De eso nada, yo me suelo llevar un veinte por ciento de mis representados, pero comprenderás a ti no te cogeré ni un duro.

—Entonces no quiero el dinero, te lo digo ya.

—Ya verás como sí —me mordisqueó el labio.

Estuvimos allí hasta altas horas, nos propusieron mil cosas, todo lo hablaba él, yo no podía concebir todo eso que me estaba pasando, había sido la noche más importante de mi vida sin duda en ese mundo.

Salimos de allí a las dos de la madrugada, directos al apartamento, yo iba como si de un sueño se tratara, mirando todas las fotos que me había hecho con su móvil y es que eran una pasada, hasta un video con el público levantado y aplaudiéndome, estaba loca por ponerlo al día siguiente en mis redes.

Llegamos a la casa y lo hicimos entre risas, felicidad y un montón de sensaciones de lo más bonitas que jamás había sentido.

Capítulo 36



Me desperté con los nervios en el estómago y me fui a la cocina sin que Alexis me escuchara, me preparé un café y miré el móvil que estaba silenciado.

¿Qué había pasado? Centenas de notificaciones, llamadas, mensajes, mis videos y fotos de la pasarela se habían vuelto virales y de repente tenía cientos de miles de seguidores en Instagram ¡Me moría!

Andrea me había llamado varias veces, así que le devolví la llamada y comenzó a gritarme.

—¡¡¡Te has viralizado!!! ¡¡¡Eres la puta ama!!!

—Estoy temblando. ¿Cómo puede ser eso?

—El diseñador te etiquetó en su página y no paras de subir, en nada te darán el verificado, hoy vas a tener mucho tráfico y encima reconocida por Gian Marcos. ¡Para cagarse!

—Me tiembla todo el cuerpo, te lo juro —dije girándome con el café y topándome con Alexis, que sonreía—. Luego te llamo que se levantó Alexis.

—No hacía falta que le colgaras —me abrazó.

—Me he hecho viral, Gian Marcos me etiquetó y...

—Lo sé todo, anoche me dijo que te subiría y supe que era el principio de tu éxito —me besaba sonriente y feliz.

—¡¡¡Me muero!!!

—No, no te vas a morir y menos, ahora —no dejaba de besarme.

Tomamos el café y nos fuimos a la cafetería, no dejábamos de mirar las redes y como aumentaba todo, hasta marcas ofreciéndome que los patrocinara.

Alexis me hizo poner el típico enlace para hablar con mi representante, o sea, su correo, él los leería y el que interesara contestaría y daría su teléfono, increíble, yo estaba que bailaba sevillanas, sentada en la silla.

Me pellizcaban, y no me lo creía...

Paseamos un poco, pero yo estaba que me daba algo, no dejaba de mirar las redes, la de privados que me entraban, las criticas tan buenas que hicieron sobre el video que estaba más que viralizado.

Los siguientes días fueron igual, los nervios a flor de piel, mis padres con una emoción que no podían con ella y no dejaban de llamarme, mi hermano, las niñas y, las de firmas que querían que le patrocinara sus productos. Era muy fuerte todo, hablaban de mí como la modelo internacional revelación de este año, hasta en los medios de comunicación salí y en revistas de primera cabecera.

A una semana de irnos y ya me estaban proponiendo mil cosas en Estados Unidos, sobre todo, en Miami y New York. Aquello era desorbitado, no se podía decir que no, a tales eventos que era el sueño de cualquier modelo y, además, las sumas tan importantes que ofrecían no eran para

despreciarlas.

Lo bueno es que todo era con vistas a partir de la siguiente temporada y para ello quedaban algunos meses, el resto de los trabajos los podía hacer desde donde estuviera, que era tirarme fotos con los productos que patrocinaría, con lo cual me daba tiempo a que nos organizáramos para la cantidad de aviones o...

—Podemos irnos para España, arreglar lo del niño cuando hable con tu padre, las temporadas fuertes pasarlas aquí, en Estados Unidos y las flojas en España —carraspeo aguantando la risa.

—¿Te imaginas? —me eché a reír.

—Lo fuerte aquí es de abril hasta septiembre, para eso quedan muchos meses, vamos cerrando y arreglando en España todo y nos venimos a finales de marzo, hasta finales de septiembre que nos volvamos a España.

—Calla que me estoy comiendo hasta las uñas. Yo, por esto que me está pasando y encima de tu mano, me voy en medio de Senegal a vivir un año —aplaudí emocionada.

—Pues como dicen tus padres: “lucha por tus sueños”.

—Mis principales sueños los puedo cumplir solo de tu mano.

—Pues no me la sueltes y te llevaré a que seas la mujer más feliz del mundo.

Y yo que estaba encantada de no soltarlo, mi vida había dado un giro de ciento ochenta grados y estaba viviendo un momento de lo más bonito e intenso. Si algo tenía claro, es que lo amaba como jamás amé a nadie.

Nos quedaban pocos días para regresar a España, estaba loca por abrazar a mi hermano, padres y mis dos loquitas, esas que lo eran todo para mí.

Por otro lado, aquí en Miami la verdad es que no me había agobiado, había disfrutado en todo momento de lo que esta ciudad aportaba y más, que yo vivía en el corazón de ella, bueno, realmente el corazón era en otro lado, el Downtown, esta zona era la de la playa, pero la más codiciada.

Con Alexis, descubrí el nivel de poder que tenía dentro del mundo del espectáculo y como se lo rifaban para que fuera el representante de muchos de ellos. Él, no cogía a cualquiera, aparte de talento quería personas con currículos impecables, que no fueran conflictivos, no tuvieran escándalos y mucho menos vicios, quería profesionales formales y no dolores de cabeza que pudieran dejar el trabajo tirado por un episodio raro.

Me sentía muy cuidada por él, he de decir que no solo era la mejor pareja y amante, era ese amigo que me comprendía, que no estaba nunca a la defensiva, todo lo contrario. Cuando le hablaba de algo, siempre estaba dispuesto a entenderme, no sé explicarlo, pero era todo aquello que me hacía sentir cómoda y feliz.

Esa tarde me fui a la peluquería, me iban a hacer unas mechas. Alexis me dejó allí y me dijo que cuando fuera acabando, lo llamara para recogerme.

Las chicas eran de lo más simpáticas, además me iban a hacer las uñas y las cejas. Por Dios, me hacía falta un poquito de cambio.

Me reí mogollón con ellas, una era cubana, una mulata preciosa y que encima era de lo más tremenda, lo que me reí con ella fue poco, se llamaba Catrina, ella fue la que me arregló uñas y cejas.

Luego estaba Lily, una joven puertorriqueña que también era preciosa, bueno, las dos eran impresionantes y tenían uno de los mejores salones de belleza de ese lugar.

Hasta una foto me pidieron para ponerla en los perfiles de sus redes del salón, vamos que aquello era algo inimaginable.

Cuando Alexis vino a por mí, lo hizo con una sonrisilla que yo, que lo conocía, no era normal.

—¿Qué te pasa a ti? —le pregunté arqueando la ceja cuando nos montamos en el coche.

—¿A mí? Qué estás preciosa y me tienes así —me hizo un guiño.

—Bueno, no solo es eso, que te conozco —reí.

—Pues no sé, será que estoy hambriento.

—Pues a mí el hambre me pone con cara de mala leche y no con esa sonrisa.

—Tú es que eres muy impaciente —acarició mi mano mientras conducía.

—Y tú muy tontito —reí acercándome a su mejilla para besarla.

Llegamos a casa, fue abrir la puerta y...

—¡Lo sabía! —Me puse las manos en la boca.

Había llenado toda la casa de pos-it con mensajes de: Te amo, te quiero, sonrío, guapa...

Y en la mesa del salón una preciosa cena decorada con corazones y velas.

—¿Me vas a pedir matrimonio? —pregunté, causándole una carcajada.

—Hoy no...

—¿Hoy no? Eso sonó a que lo tienes en mente y déjame decirte que yo me lo tendría que pensar muy seriamente —bromeé acercándome a él y besándolo.

—Todo tiene su momento —mordisqueaba mis labios.

—Así que, te has dedicado a preparar todo esto mientras yo estaba en el salón.

—Me vino perfecto dejarte allí, con el grano que eres en mi culo, no me diste oportunidad a hacerlo antes.

—¿Me has llamado grano en el culo? —saqué los mofletes y me puse las manos a cada lado de la cintura.

—Eso mismo, pero ojo, eres mi mejor grano del culo, ese que no quiero que se quite —arqueó la ceja, causándome una risa floja.

Nos sentamos a cenar tomando un vino que había comprado de exportación y era de los que me gustaba, así con sabor afrutado y fresco, estaba delicioso.

Esa sonrisilla que me decía que ahí no acababa la cosa en esta noche especial donde él, se había encargado de preparar con tanto mimo.

Y así fue, después de una cena relajada, llena de charlas, risas, coqueteos y más, nos fuimos a la habitación y al abrir la puerta...

—¡La madre qué te parió, Alexis! —me eché a reír.

Toda llena de velas que, seguro que encendió unos minutos antes cuando vino un momento al cuarto, pero lo demás estaba preparado desde esta tarde mientras yo estaba en el salón.

Sobre la mesita de noche una cesta de productos eróticos, me eché a reír y me puse nerviosa al verlos.

—¿Y esto?

—No sé, me pregunté si querías jugar —me cogió por detrás besando mi cuello.

—Veo demasiadas cosas que no sé ni para lo que sirven.

—Yo te las explicaré en la práctica —mordisqueó mi lóbulo.

—Me estás poniendo nerviosa —reí.

Me giró y comenzó a besarme con aquella sonrisilla que de verdad era mi perdición, no podía ser más perfecta y sensual, sería imposible.

Comenzó a desnudarme ahí, de pie, entre esos besos, mezcla de ternura y pasión entrelazados, con esa seguridad con la que solía tomar el control de estos momentos y me dejó caer sobre la cama para luego llenar mi cuerpo de nata, sí, de nata, para comérselo entero...

Me puso en nada como una moto, me agarré a las sábanas y disfruté de ese momento que luego pasó a masajes con unos aceites, que ya sabía yo como iban a terminar esas sábanas, listas para lavadora, pero por ese momento, como si iban para la basura.

Jugó con sus manos en mi zona íntima, con sus labios, un succionador y vibradores, consiguió volverme loca ya que me provocaba la máxima excitación, pero retrasaba el momento de que llegara al orgasmo ese que pedía a gritos y no me daba clemencia.

Me faltaba la respiración, me temblaban las piernas, el corazón se me iba a salir por la boca y las manos las tenía engarrotadas de agarrarme a las sábanas.

Cuando llegué al orgasmo, os juro que debió de enterarse todo el edificio.

Luego lo hicimos de mil maneras, me encantaba dejarme llevar por él, sabía conseguir que los dos disfrutáramos de esos momentos que tanto nos gustaban y es que él, se había convertido en mi mundo, ese que quería que me durara el resto de mi vida.

Tras hacerlo nos duchamos y cambié hasta las sábanas, las habíamos dejado bonitas entre la nata y los aceites, quería dormir fresquita y limpita.

Nos abrazamos charlando un buen rato, desnudos, pues no me dejó vestirme tras la ducha y es que como él decía, no había mejor manera que dormir abrazados y sintiendo mi piel. Era tan mono...

Capítulo 37



Si algo tenía claro es que tenía los nervios a flor de piel y no podía con ello.

Faltaban dos días para regresar a España y las ganas de abrazar a los míos, eran más que suficiente razón para estar así.

Ya habíamos hablado de que me iría a vivir a su apartamento, no nos queríamos separar y eso era más que evidente, estar este mes en Miami, nos había unido de una forma brutal.

Mis padres y amigas lo sabían, así como mi hermano, que ya se había instalado en el piso de las chicas, poco a poco, y ahí se quedó como uno más viviendo con mi cuñada, no Alicia, no, mi cuñada Olivia, mi gran amiga, esa que tanta ilusión me hacía que fuera de mi familia, aunque lo era de mucho antes, al igual que Andrea.

Volvíamos con cinco maletas, tal cual, pero no maletas normales, no, aquello parecían los baúles de la Piquer, además de una maleta de mano cada uno, vamos que comenzamos a prepararlas de manera estratégica para que entrara todo, casi a presión y sentándonos encima de ellas para que cerraran. Como les dieran por reventar, de ahí iban a salir hasta las ideas.

Dejamos afuera lo necesario para esos dos días, el resto todo guardado y sin opción a abrir porque, desde luego, para cerrarlo de nuevo sería toda una odisea.

Estaba claro de que ese mes yo me había comprado muchas cosas y él, que se vino de manera indefinida, se trajo medio armario de su casa, demasiado bien lo habíamos metido todo.

Alexis ya tenía más que organizado su trabajo y los contratos con firmas mías y de los demás representados que, por cierto, eran de lo más variopintos: actores, influencers, cantantes, modelos... Llevaba de todo, tenía una cabeza impresionante para ese tema y estaba muy codiciado.

Esos dos días los pasamos paseando, comiendo y cenando fuera, visitando lugares, todo menos quedarnos en casa, parecía que nos habían metido un cohete en el culo y necesitábamos callejear.

Fuimos a despedirnos de muchos amigos que él tenía en la ciudad, incluso comimos en casa de uno de ellos, quien una barbacoa impresionante, además había invitado a más gente con lo cual fue todo muy ameno y divertido. Me lo pasé pipa, además me tiré mucho tiempo tomando cocteles en la piscina y charlando con las chicas que había allí.

El regreso a España era en un vuelo nocturno, con lo cual a las seis de la tarde salimos hacia el aeropuerto con esa cantidad de maletas que colocamos como si fuera un Tetris en lo alto de un carro.

El coche lo entregó allí mismo, así que nos fuimos a facturar y quitarnos todos esos bártulos de encima, hasta las de mano facturamos para no cargar con nada.

Paseamos por el aeropuerto, ya que aún faltaba una hora para comenzar el embarque, así que me metí en una tienda Duty Free, que estaba libre de impuestos y tasas, así que me compré un perfume que me encantaba y unos iluminadores de rostro y, no, que no lo pagué yo, pues no había forma

humana con ese hombre.

Al final me iba de Miami con más dinero del que había venido y con un futuro increíble por delante. ¡Quién me lo iba a decir!

Increíble fue que cuando dos jóvenes me reconocieron en el aeropuerto por lo del desfile y me pararon para hacerse una foto conmigo, yo me quedé toda loca, pero feliz como la vida misma, posé con ellas y Alexis hizo varias fotos de lo más divertidas.

Las chicas se fueron encantadas diciendo que era muy simpática y amable, que se habían quedado alucinando con mi amabilidad. ¡Joder! Si es que la alucinada por todo era yo ¿Cómo no iba a estar agradecida de saber que había personas que les hacía feliz tener una foto conmigo? Hasta me dijeron que me etiquetarían en las redes y yo, más contenta que todas las cosas.

Nos montamos los primeros en el vuelo y es que esta vez no era como vine en clase turista, no, mi chico viajaba en primera clase y, joder, la diferencia era brutal, eso eran sillones que se estiraban como camas y de lo más cómodos, además, el servicio era más exclusivo.

Cuando el avión despegó fue alucinante ver Miami desde las alturas y de noche, todo el brillo de las luces y formando ese pico, tiré varias fotos que me quedaron preciosas.

Nos pusieron la cena hasta en platos de cerámica y los vasos de cristal, me quedé con la boca abierta, madre mía que poderío había en aquella primera clase.

A Alexis no se le borraba la sonrisa de su rostro al verme tan feliz con todo, no dejaba de acariciar mi mano y mirarme de esa manera que solo él sabía.

Tras la cena eché el sillón hacia atrás y me acomodé con la almohada y la mantita que nos habían dado, ya que en el avión refrescaba por los aires y me eché a dormir.

Y creo que es la vez que más rápido lo conseguí, cuando me di cuenta ya nos estaban llamando para el desayuno.

Alexis sonreía por todo lo que yo había dormido.

—Joder, es que estos sillones son muy cómodos —dije levantándome, para ir al servicio.

—Miami te dejó molida —me dio un apretón en la nalga.

—Eh, no me metas mano que te denuncio ante el comandante —bromeé, sacándole la lengua.

Desayunamos y un rato después comenzamos el descenso para, por fin, aterrizar en España, donde nos estaba esperando mis padres.

Me abrazaron de lo más emocionados y a él también, con mucho cariño y una sonrisa que denotaban que estaban felices de nuestra unión y de que volviéramos de la mano, se les notaba muy contentos por ello.

Nos iban a dejar en el apartamento de Alexis, para dejar nuestras cosas y más tarde vernos tranquilos.

Por el camino, mi padre le contó que tanto Tatiana, la madre de su hijo y su esposo, estaban en prisión a la espera de juicio y que estaban los dos inculcados con una banda de narcotráfico.

Alexis se quedó a cuadros, el caso es que iban a pasar mucho tiempo así y ahora el niño estaba con Fiamma, pero que sería muy fácil presentar una demanda de paternidad y quitárselo para tener la custodia completa.

Por supuesto que lo iba a hacer, además, Alexis, contaba con un equipo de abogados que se iban a comer con papas a esos tres energúmenos.

A mí me hacía mucha ilusión que recuperara a su hijo, eso lo haría muy feliz, es lo que necesitaba para sentirse completamente lleno.

Nos dejaron en su casa y subieron a tomar un café. Él, aprovechó para enseñarles el apartamento que, por supuesto, dejó boquiabiertos a mis padres.

Se fueron un rato después y quedamos en ir a su casa a cenar, las niñas y mi hermano también estarían para darnos la bienvenida, por supuesto no podían faltar en estos momentos.

Capítulo 38



Estaba lista para salir del apartamento de Alexis, cuando me llegó un mensaje de mi hermano, había tenido un problemilla con el coche y llegaría un poquito más tarde.

Fui hacia el salón y ahí estaba Alexis, esperándome y mirando por la ventana con las manos en los bolsillos del pantalón.

—¿En qué piensa mi querido representante? —Le rodeé la cintura.

—En que me parece mentira estar aquí de nuevo, y, además, contigo, la mujer que amo.

Se giró cogiéndome la mano y me besó. Lo abracé con fuerza y es que, para mí, el tenerlo ahí también era como un sueño.

Salimos para ir al restaurante donde habíamos quedado con todos para cenar, y durante el camino Alexis no dejó de cogerme la mano, besarla, apretarme la rodilla de manera cariñosa o pellizcarme la mejilla.

En cuanto entré en el restaurante y me vio Andrea, se lanzó a mí, abrazándome con fuerza y gritando.

—Ari, por Dios. ¡Qué eres famosa!

—Calla, loca —reí—, que nos mira todo el mundo.

—Coño, pues mejor, que sepan que eres la modelo estrella de Gian Marcos, vamos hombre. Eres la próxima Cindy Crawford, chiquilla.

—No grites, leches —reí aún más.

—Sé de una que se debe estar muriendo de envidia. Bueno, igual dos.

—¿Quiénes?

—La arpía de Alicia, y la odiosa de Fiama.

Reí negando, y es que mi amiga no tenía remedio, estaba como una cabra.

—Bienvenida de nuevo, Ariadna —Sergio me dio un abrazo de esos de afecto, de cariño, que me encantó. Era uno más de los míos.

—Muchas gracias, señor subinspector. Alexis —le cogí la mano a mi chico para que se acercara más—, él es Sergio, subinspector en la comisaría de mi padre.

—Me alegro de conocerte al fin —dijo Sergio, tendiéndole la mano.

—Igualmente. Sé lo que has hecho con Fernando y...

—Tranquilo, que somos como familia, mi chica y la tuya son más que amigas.

—Eso es cierto —dijo Andrea, abrazándome—, y estoy súper orgullosa de ti, has triunfado, Ari. Lo mereces, cariño, de verdad que sí.

—Bueno, ¿es que no me vais a dejar abrazar a mi hija? —preguntó mi padre.

—¡Ay, Fernandito mío! —gritó Andrea— Tú la viste cuando llegó, deja que la manoseé yo un rato más —seguía sin soltarme y hasta mi padre se rio a carcajadas.

Estábamos a punto de sentarnos cuando escuché el grito de mi amiga Olivia.

—¡Me muero! Ahora sí que puedo presumir de que tengo como clienta VIP a la modelo de Gian Marco. ¡Ay, qué me muero!

—Olivia... —La abracé y acabamos las dos llorando, porque ella bien sabía por todo lo que había pasado en la vida.

—No llores, leche, que soy maquilladora profesional y me mata que te destroces el maquillaje.

—Es waterproof, boba —contesté riendo, entre lágrimas.

—Cariño —Alexis me abrazó por detrás— ¿Qué te parecería tener tu propia maquilladora?

—¿Qué dices? —Miré a Olivia y estaba con la boca abierta.

—Espera, espera, que me estoy mareando —dijo mi amiga, sentándose en la silla.

—Niña, no te habrás quedado preñada de mi hermano.

—¿Qué? No, no, por Dios.

—Joder, ¿no quieres tener hijos conmigo, preciosa?

—Ay, Chus, ¡por Dios! Que me he mareado de la impresión. A ver, que yo me entere —se volvió a poner en pie, mirando a Alexis— ¿Yo podría ser su maquilladora?

—Si aceptas y estás dispuesta a viajar por el mundo con ella...

—¡Sí, sí! Hombre, por favor, eso no se duda. Yo con mi cuñada hasta el infinito y más allá.

Olivia dio un saltito y se colgó del cuello de Alexis, riendo y dándole las gracias.

—Ale, acabo de enamorarla y ya se me va a recorrer mundo. Si es que tengo mala suerte —se quejó mi hermano entre risas.

—Anda, tonto, que cuando tengas vacaciones te puedes venir conmigo.

—Claro, claro, en vacaciones y, mientras, ancha es Castilla. Que igual te sale otro novio por ahí...

—Hijo —miré a mi padre que estaba riendo a mi espalda—, si crees que esta mujer se va a enamorar de otro, es que eres tonto.

—Lleva diez años suspirando por ti, hijo —dijo mi madre—, como para dejarte ahora que te tiene.

Olivia se sonrojó, mi padre la abrazó y le dio ese beso en la frente como siempre hacía con las tres.

—Mi niña va a estar en la familia muchos años.

—Eso no lo dudes, suegro. Ya lo estaba, pero ahora más.

—Lo sé, hija, lo sé.

—Mira qué bien, ya somos las tres famosas. Venga, una foto para mi Instagram, a ver si la ven la arpía y la odiosa y se mueren de envidia —Andrea nos cogió a las dos e hizo un selfi.

En cuanto la subió empezaron a llegarle los likes y comentarios.

Yo estaba que no me lo creía, de verdad que no. Me había convertido en una modelo famosa gracias a un desfile al que fui por sorpresa, y ahora tenía toda una vida de pasarelas por delante.

Además, con mi mejor amiga al lado y con el hombre al que amaba. ¿Se podía pedir más?

Mi padre no paró de reír en toda la cena, igual que mi madre, con las locuras que decían mis amigas.

Nuestros chicos reían y negaban, ya que, hasta Andrea, dijo que en alguna ocasión querría viajar con nosotros a esos desfiles.

—Bueno, y, ¿cuándo vamos de boda? —preguntó mi madre.

—¡Mamá! —reí.

—¿Qué? Hija, sois mis tres niñas, ya tenéis todas pareja y, además, las encontrasteis a la vez. A mí me tenéis que avisar con tiempo, que no quiero repetir modelito, ¿eh?

—Mira, se nos volvió coqueta la mamá —rio Andrea.

—No, cariño, ya lo era de antes.

—Mujer, deja que disfruten de los primeros meses en pareja, ya tendrán tiempo para casarse.

—Quiero ser abuela, y a ser posible joven, a ver si me vais a dar nietos cuando tenga setenta años, que igual no estoy yo para correr detrás de ellos en el parque.

—Ah, mira, tema nietos. Eso está bien. A ver, jovencitas —nos miró mi padre—, ¿de cuántos estamos hablando? Que soy inspector y no tardaré en jubilarme, yo tengo que abrirles una cartillita a mis nietos.

—Papá, mira que eres, ¿eh? A ver si te crees que a tus nietos les va a faltar algo, que los padres ganan bien de dinerito —reí.

—Bueno, bueno, a mí no que quites la ilusión de abrirles una, ¿eh?

—Vale, no he dicho nada —simulé cerrarme la boca con una cremallera y acabaron todos riendo a carcajadas.

—Por el momento contáis con mi hijo Emmanuel, si lo aceptáis, claro —dijo Alexis.

—Eso ni se duda —contestó mi padre con una amplia sonrisa.

Esa era mi familia, la que no me había dejado sola en ningún momento, la que, cuando ni yo misma me comprendía, me entendieron a la perfección y me apoyaron y animaron a ir a por lo que quería en cada momento.

Mis padres, mi hermano y mis amigas, esos pilares importantes que me dio la vida.

Y ahora también estaban Sergio y Alexis, un buen amigo y el amor de mi vida.

Solo faltaba una personita, que esperaba llegara pronto a nuestra particular familia.

Capítulo 39



Dos meses habían pasado desde que llegamos de Miami, dos meses en los que hice varios spots en mis redes que funcionaron de maravilla.

Dos meses en los que la lucha por recuperar a su hijo había sido toda una batalla, ya que Fiama, al enterarse de los propósitos de Alexis, se puso como una energúmena a amenazarlo por redes, llamadas y mensajes, pero a este, no le tembló el pulso en ningún momento.

Se hizo las pruebas de paternidad y todo lo tenía ya el juzgado, más de cien folios que prepararon los abogados pidiendo la total tutela y custodia de su hijo.

Fiama estaba endemoniada, hasta en las redes puso que le querían quitar a su sobrino, pero vamos, no le hizo caso ni Dios y un juez tomó cartas en el asunto y le prohibió que subiera más nada, ya que atentaba contra el honor y la privacidad del menor.

Los padres de Alexis estaban locos conmigo y con mi familia a la que conoció y se volvieron uña y carne, quedaban hasta para irse a comer o cenar por ahí.

Estaba viviendo mi vida junto a él, de la forma más bonita y especial que jamás hubiera podido imaginar, y es que descubrí el ser humano que había tras esa fachada de seductor, era todo corazón y con unos valores impresionantes, a mí me trataba como un tesoro y no había un día que no dejara de sorprenderme con algo.

Ese día estábamos de los nervios, ya que era el juicio por lo del niño e incluso nos darían las medidas cautelares. Confiábamos que el expediente que habían entregado los abogados, fuera más que suficiente para esclarecer y decidir que ese niño no podía estar en mejores manos que en las de su padre.

Temíamos que le dejaran visitas con el crío, pero no le dieran la tutela completa por lo que eso nos tenía de los nervios, pero llegó el día y había que hacer frente a ello.

Me levanté esa mañana que no estaba Alexis en la cama, me lo encontré pensativo en la terraza.

—Estás nervioso —sonreí acercándome a él, y abrazándolo.

—Tengo miedo, pánico, de todo.

—Va a salir todo bien, confía —me senté a su lado para desayunar.

—Me derrumbaría por completo si no fuera así.

—Tranquilo —reí negando, yo lo tenía claro, no le podían denegar nada con todo lo que había aportado.

Llegamos al juzgado a las diez de la mañana, hablamos con los abogados que lo intentaron tranquilizar y entramos en la sala.

Fiama estaba allí liándola y la juez la mandó a callar, no tardaron en dar las medidas cautelares que comenzamos a escuchar entre nervios.

—Primero: el padre del menor está claro que es el señor Alexis, no hay duda de ello y tampoco de que fue amenazado y amedrentado para que no recurriera a exigir nada en términos judiciales.

Segundo: la madre del menor está en prisión por unos delitos que se le imputan y que la llevarán a estar mucho tiempo en la cárcel, por lo que ahora mismo no tiene ningún derecho sobre el niño. Si saliera de prisión antes de que este cumpla la mayoría de edad, tendrá que solicitar las visitas y este tribunal estudiar si se le concede o no, todo dependiendo de lo que el menor decida en ese momento ya que a los doce años podrá ser escuchado. Tercero: el menor tiene que irse de forma inmediata con el padre, con lo que pido que los técnicos encargados de ese tema hagan de forma inmediata el protocolo para que esto se haga efecto. Cuarto: tal como solicita el señor Alexis, este podrá llevarse a vivir al niño a cualquier parte del mundo sin tener que dar explicaciones y quinto... —miró a Fiama— Usted no tiene derechos en este momento sobre el niño por haber sido cómplice de la situación y paternidad de este hombre y no haber facilitado nada para que gozara de estos derechos —vi que Alexis rompía a llorar y le acaricié la espalda.

Terminó el juicio y Fiama comenzó a chillar, la policía la sacó de allí por el numerito que estaba liando, lo bueno, que ese día el menor estaba con un equipo psicológico que sería el encargado de hacer que se llevara a cabo el encuentro entre padre e hijo.

Salimos de allí entre lágrimas de emoción y agradeciendo a los abogados el impecable trabajo que había hecho. En la puerta nos esperaban sus padres, mis padres, mi hermano y las niñas. Habían pedido el día libre para estar arropándolo en ese momento. Al vernos afirmar, entendieron que todo había salido bien y comenzaron a aplaudir y abrazarlo.

Sus padres no se habían enterado de que eran abuelos hasta que regresamos de Miami, con lo cual, lo habían pasado esos dos meses fatal y llenitos de nervios, ahora sus caras eran el reflejo de la felicidad.

Su madre me abrazó...

—Hija —así me llamaba—, gracias por haber acompañado a mi hijo en estos momentos, por apoyarlo a hacer lo que debía y por estar ahí con todo ese cariño que has puesto.

—No me agradezcas nada, su felicidad es la mía y ese es su hijo, la persona que tiene que estar en primer lugar en su vida para todo.

—Es normal que mi hijo te quiera tanto, eres tan buena con él.

—No es para menos, no se merece que sea de otra forma —la besé repetidamente en la mejilla con mucho cariño.

De ahí nos fuimos a comer a un restaurante para celebrarlo, pedimos varios surtidos de carnes ibéricas a la barbacoa, con patatas y ensalada, ese día iba a pasar por alto mi dieta y es que me estaba cuidando muchísimo por el tema de mi imagen.

Miraba a mi alrededor y veía como todo se había transformado, mis chicas ya con parejas y encima Olivia, siendo mi cuñada, yo con ese hombre que un día me hizo llorar como nadie, para luego darme la mayor de la felicidad y un futuro profesional que pintaba brillante. El tema de la clínica veterinaria había quedado en un segundo plano, ahora quería seguir disfrutando de mi éxito en las pasarelas y como modelo de imagen para diferentes firmas.

Tras la comida que duró bastante, porque la sobremesa fue brindar y brindar, llamaron a Alexis para preparar la cita para el encuentro con su hijo y llevárselo. Me hizo gracia, pues preguntó si podía ir con su pareja y, por supuesto, le dijeron que sí.

A las diez de la mañana del día siguiente, llegaba aquello tan esperado, anda que no lloramos nada todos en la mesa celebrando que, por fin, iba a tener a su hijo en unas horas, esperaba que esa noche durmiera...

Nos despedimos de todos y nos fuimos al apartamento a las siete de la tarde, fue cambiarnos e irnos a la terraza a tomar un zumo y relajarnos de la intensidad de ese día que había sido de lo

más emocionante, lleno de nervios y de todo lo que nadie podía imaginar.

Alexis había habilitado una habitación para el pequeño, en el fondo sabía que de una forma u otra lo tendría, aunque fuera por temporadas, así que le preparó con mi ayuda su espacio, bueno, realmente todo lo escogí yo, que parecía que iba a dar a luz

Lo bueno era que lo iba a tener para siempre, con él nos iríamos a Estados Unidos las temporadas que hiciera falta, es más, hasta miró un colegio que había aquí privado y que era de la misma cadena que uno de allí, por lo cual podía cursar entre los dos países los estudios, aunque aún era muy pequeñito, solo tenía dos años y era más fácil moverlo.

Nos quedamos en la terraza un rato, hasta que comenzó a refrescar y es que ya era finales de octubre.

Entramos a preparar una ensalada para cenar, ya que aun estábamos llenos con la comida que habíamos tenido con todos los nuestros.

Alexis estaba en todo momento pensativo, sonreía entre esos pensamientos y es que por fin iba a poder tener a su hijo y olvidar eso que tanto daño le había causado hasta ahora y que por fin se había hecho justicia.

Capítulo 40



Entre los nervios de Alexis, los míos y los mensajes de las niñas, estábamos con el desayuno que no pasaba de la garganta y es que faltaban dos horas para ese encuentro con Emmanuel, al que nos traeríamos para casa.

Cuando salimos hacia allí, tuve que conducir yo, a Alexis le sudaban hasta las manos, ni siquiera hablaba, estaba pálido y no dejaba de echarse el pelo hacia atrás.

Llegamos y nos recibió una chica muy amable, dijo que el pequeño estaba jugando, nos comentó que era un niño al que le habían notado carencia afectiva, que abrazaba a todos con tal de le dieran un poco de cariño. Nos dijo que nos lo ganaríamos fácilmente, eso hizo llorar a Alexis y, por ende, a mí, que se me hizo un nudo en la garganta.

Más tarde pasamos a una sala donde el crío estaba jugando con un tren. Al vernos sonrió y nos hizo un gesto para que fuéramos a coger los demás trenes. Le di el lugar a su padre, para que se acercara a él y comenzaron a jugar mientras yo, intentaba por todos los medios no llorar, pero joder, es que era imposible, hasta la psicóloga me acarició la espalda.

El pequeño era precioso, se parecía un montón a Alexis, en menos de dos minutos lo tenía en su regazo, eso sí, a él lo reconocía de haberlo visto a escondidas con anterioridad.

Luego me dijo la psicóloga que me acercara.

—Hola, precioso —dije tocando con cariño su cabecita, me echó una sonrisa y se tiró a mis brazos.

Sí, me abrazó y me lo comí a besos, comencé a hacerle cosquillas, soltaba unas carcajadas tremendas y yo venga a llorar, debía pensar que estaba loca.

Estuvimos una hora con él, le dijimos si se venía con nosotros a comer a Burger King y lo entendió rápidamente, pues alzó sus bracitos para que lo lleváramos.

Nos dieron sus pertenencias, las metimos en el coche y lo sentamos en la sillita que le habíamos comprado, yo me senté detrás con él.

Me puse a jugar con un muñeco que era un dragón, yo lo sostenía en vuelo y hacía que iba para él, las carcajadas eran tremendas.

Ni que decir que sí, debió tener mucha falta de cariño, porque era darle un abrazo y él, responder con más fuerza, además, me lo comía a besos y él reía con una felicidad increíble.

Lo llevamos a comer un menú infantil y le pusimos la corona, además le venía con un muñequito que le hizo mucha ilusión.

Cuando lo llevamos a la casa y vio su habitación se puso de lo más nervioso, le habíamos puesto un montón de muñecos que le habíamos comprado y cochecitos por todas partes que se llevó al salón para jugar.

Era tan bueno, que me partía el alma que Alexis no hubiera podido disfrutar de él como se merecía, pero ahora había llegado su momento.

Eso sí, a Alexis parecía como que le daba miedo todo, me dejaba a mi actuar con él y yo le tenía que hacer señas para que jugara con el crío.

Pero eso se le fue pasando rápidamente, cogieron mucha complicidad, pero conmigo era la bomba, se tiraba todo el día persiguiéndome, era mi sombra y a mí me encantaba.

Por la noche se dormía en mis brazos, luego lo llevaba a su camita y le ponía la valla de madera delante para que no se cayera.

Se levantaba por las mañanas y se ponía a gritar mi nombre hasta que a los pocos días de repente, me llamó mamá y casi me da un chungo, me lo comí a besos de lo más emocionada.

—Aquí tu mamá, hijo, que te voy a comer otra vez—le dije, dándole muchos besos y comenzó a decir muchas veces mamá, para que siguiera así ¡Me lo comía!

A mis padres y los de Alexis, los llamaba abuelos, tenía a los cuatro como locos con el niño, mis padres lo veían como a un nieto y no dejaban de comprarle cosas, al igual que mis niñas y hermano, que ya eran sus tíos. Anda que no lo decía bien claro.

Ese invierno no lo pensábamos meter en la guardería, no nos queríamos perder ni un momento de él, lo llevábamos al parque y a corretear, aunque en la terraza le montamos una zona de juegos que en las horas que hacía un poco de sol, las aprovechaba para estar ahí fuera.

Me tenía enamorada, parecía que lo había parido yo, y es que no dejaba ni que le rozara el aire, era mi niño, mi vida, mi motor para levantarme cada mañana y echarme a reír. Siempre decía que su padre me sacaba una sonrisa, pero mi niño, las carcajadas.

Por fin veía a un Alexis completamente feliz y eso que ya lo veía así en Miami, pero nada que ver con el hombre que se había convertido ahora, hasta hacía unos bailes con el pequeño, que terminábamos todos con la música a todo volumen y bailando esas canciones infantiles que me aprendí de forma fulminante.

Ahí fue cuando nuestras vidas comenzaron a ir en un único camino, donde la paz nos llegaba de una manera muy especial y donde los sueños comenzaron a hacerse realidad, pues teníamos todo lo que habíamos deseado.

Y es que Emmanuel, llegó para poner nuestro mundo patas arriba. Ahora comprendía que habíamos vivido patas abajo, así de sencillo. Él llegó y se quedó tan ancho convirtiendo nuestras vidas en una completa fiesta donde mi niño era el protagonista.

Recordé a una amiga que adoptó un niño y me dijo que nadie sin haberlo hecho entendería que se podía amar por encima de todo, como si lo hubiera parido o más. ¡Cuánta razón tenía!

El amor de verdad no tenía por qué llevar los lazos sanguíneos ni haberlo cargado en una barriga, el amor de verdad llegaba y te arrancaba el corazón, se adueñaba de él, como lo había hecho mi niño Emmanuel, ese por el que daría mi propia vida.

Epílogo



Diez años habían pasado desde que Alexis recuperó a su hijo, nueve desde nuestra boda...

Todo había sido como un sueño, los años habían pasado de forma estrepitosa y Emmanuel, tenía ya doce preciosos años, era un niño guapísimo y de lo más feliz.

Desde que vino a vivir con nosotros, a los pocos días ya me llamaba, mamá y me daba unos abrazos que se me caía todo al suelo.

Lo mejor sucedió un año después, pues cuando su madre fue imputada por todo, le iba a caer mucho más por lo que le hizo a Alexis, por lo que llegaron a un acuerdo. Renunciaría a su hijo para siempre, yo le daría mis apellidos y a cambio, no seguía aquel proceso, pues ya con lo que tenía encima era suficiente.

Ni se lo pensó, renunció al niño por lo que Emmanuel, pasó a llevar los apellidos del padre y los míos. Ahora pasaba a ser su madre con todos los derechos y es que yo lo amaba como a un hijo.

Al siguiente año nos fuimos seis meses a Miami, para cubrir todos mis compromisos en los que salí mucho más realizada, siempre con el niño, por supuesto, a ese no lo dejábamos atrás ni para desayunar, era nuestro motor, nuestra vida.

Eso sí, después de eso regresamos y todos los compromisos los cogimos por Europa, queríamos afincarnos en España y hacer nuestra vida aquí.

Nos compramos una casa con jardín cerca de mis padres y el ático lo alquiló.

Olivia y mi hermano se casaron justo dos años después, inmediatamente se quedó embarazada, se habían comprado una casita y Andrea, se había ido a vivir con su poli, ese que la tenía loca de contenta y como ella decía, la trataba como una verdadera princesa, también se casaron unos meses después de Olivia y Chus.

Justo cuando nuestro Emmanuel cumplió los cinco años y era el niño más feliz del mundo, me quedé embarazada, sin esperarlo, yo con nuestro pequeñajo ya era más que feliz y no necesitaba más, pero se nos coló Carlota, esa bebida que hizo a su hermano el niño más feliz sobre la faz de esta tierra.

Se sentaba en el sofá para que se la pusiéramos encima y le diera el biberón, me ayuda a entretenerla cuando lloraba y le conseguía sacar carcajadas. La verdad es que mi niño era el más bueno del mundo y el mejor regalo que la vida me dio junto a su hermana Carlota.

Amaba a los dos a partes iguales, pero es que, con Emmanuel, tenía una conexión y una complicidad increíbles, era mi niño consentido. Carlota se convirtió en la consentida de papá, vamos los dos sabían tirar para cada uno cuando les convenía y yo, yo moría de amor.

Olivia se convirtió en mi maquilladora personal, dejó todo para trabajar para mí y dejarme perfecta para todos los anuncios que subía constantemente o apariciones públicas, nos habíamos convertido en personajes del corazón y del papel cuché.

Después de Carlota llegó Oriana, así que, ahí dije que me plantaba y me puse un DIU, ya estaba bien con tres y tocaba decir basta.

Lo bueno es que Alexis, trabajaba desde casa y tenía un despacho para desconectar de todo y centrarse, también contábamos con la ayuda de Isabela, una mujer italiana de cincuenta años, que venía a limpiar la casa y cocinar, era una gran ayuda.

Alexis en esos diez años no decayó en ningún momento, siempre atento a mí, cuidándome y preocupándose de que no me agobiara con nada. Él era todo, mi marido, mi amante, mi amigo, el padre de mis tres hijos.

Nos enteramos de que Tatiana había salido de la cárcel, se había separado de su marido en ese periodo y a él, le quedaban dos años más.

Tatiana se había ido a vivir fuera con su hermana Fiama, esa que ya no volvió a las pasarelas nunca más, lo que hizo fue un escándalo público dentro de ese mundo y le cerraron las puertas, por lo que no sabía de qué vivía, ni me interesaba lo más mínimo.

Además, como Tatiana renunció, no tenía ninguna manera de reclamar nada. Emmanuel, era nuestro con todas las de la ley.

¿Y qué más decir? Que volvería a desfilarse de nuevo ese día en que lo vi abrazado a Fiama, con tal de vivir luego esta historia de amor y de felicidad que la vida me había brindado y es que tenía todo lo que había podido soñar, un hombre que me quería con locura, unos hijos que eran mi vida y un futuro ligado al mundo de la moda. ¿Qué más se podía pedir?